

Colección Invierno Gélido



Minerva Gallofré

LEYENDAS
de Genuya

3

La Sombra del Bardo

Título de la serie: **Leyendas de Onhyria**
Título: 3. La Sombra del Bardo
1ª Edición
2018, Minerva Gallofré
Ilustración de portada: Diego A. Bartolomé López
ISBN: 978-84-948505-2-3
Depósito legal: M-9649-2018
Impreso en España
Editorial Tres Inviernos
www.editorialtresinviernos.com
Contacto: hola@editorialtresinviernos.com
Todos los derechos reservados

*Para Daniel, para el músico, para el bardo, para el gran jefe y
para el soldado.*

*Para todos, sin importar los nombres que hayan llevado o el color
de piel que hayan lucido o el tiempo en que vivieron o cómo fue su
destino.*

Para todos y para uno solo.

*Para todos los rostros del hombre que me ha amado a través de
los tiempos.*

Lora, la guardiana

Como siempre, Thot escribía las líneas de algunas vidas entre la vorágine caótica de su anciano escritorio. Como siempre, la tetera estaba caliente y llena, el fuego sagrado crepitaba a modo de ritmo, como un dragón que duerme, y Lora, el hada guardiana, iba de acá para allá, cargada con papiros enrollados, para colocarlos en la alta estantería cuyo final no se podía atisbar, al menos desde la planta de la acogedora casa árbol. Oía bien. Como siempre. Todo parecía seguir siendo como siempre.

El Guardián del Destino levantó la cabeza de su tarea, al menos por un minuto. Se estiró en su silla y después se hizo un nuevo nudo en la barba pelirroja, sorprendiéndose a sí mismo al encontrar enredada en ella una cucharilla de madera. Había un tarro de miel allí cerca, más vacío que lleno. Lora lo había traído del poblado y desde entonces coronaba una montaña de papiros vírgenes. El primero de ellos, obviamente pingoso y lleno de manchas, no podría ser aprovechado. Pero Thot no lo lamentó. Una cucharada de miel le iría bien, pues el día había amanecido bajo una bruma pesada y comenzaba a dolerle la parte de detrás de la cabeza. El dolor le resultaba tan interesante...

Thot destapó la miel con indecible devoción. Le parecía hermoso el color dorado de aquel manjar, le divertía su textura, su forma lenta de pegarse a la cuchara y los hilillos que dibujaba al desbordarse de ella. Hilillos que, como cabía esperar, terminaron pegados a su barba mientras se deleitaba, lamiendo con placer su capricho mundano. En ese momento, su fiel hada guardiana descendió desde lo alto de la guarida. Lora apenas había envejecido, tal vez por la magia del pacto de lealtad que la protegía de la inclemencia de la senectud. Sus alas de libélula seguían siendo ágiles y firmes, y sus orejas feéricas continuaban tersas.

—¡Oh, querida! Los *efímeros* descubristeis un tesoro al inventar la apicultura. ¿Te apetece un poco de miel?

—Ahora no, Thot. Ya he desayunado. Lo cierto es que quería enseñarte algo. Algo que he hecho.

Lora mostró sus brazos al Guardián del Destino porque en ellos cargaba con un objeto importante, más importante que ninguno de aquellos papiros y que ninguna de las plumas de Thot. Demasiado importante como para que alguien que no fuera uno de ellos dos osara siquiera tocarlo con sus manos.

—¡Maravilloso! —exclamó el viejo Elemental sin poder creer lo que veía—. ¡Es una increíble obra de artesanía! Así que esto es un código...

Lora sostenía un enorme libro de tapas oscuras encuadernado con sumo esmero. Ella misma se había encargado de coserlo para recopilar en él todos los papiros del Libro de los Eternos que Thot había comenzado a redactar tras la primera aparición de Jórak de Anshuz.

—Es mucho más práctico que todos esos papiros desperdigados, ¿no crees, querida? Estos *efímeros* son unos genios. ¡Oh, qué cosas inventan!

El Guardián del Destino sostuvo la nueva edición del Libro de los Eternos y deslizó la yema de uno de sus dedos por encima del título, pues Lora lo había grabado sobre la cubierta dando un ligero relieve a las letras. Después, Thot abrió el libro, comprobando que, en efecto, todos los papiros que había redactado sobre los Eternos figuraban allí. Además, Lora le había dejado una buena cantidad de páginas en blanco con la idea de que toda la historia, cuando terminase, pudiera estar recogida en aquel único tomo.

—Mi linda guardiana, Lora, dulce hija... —se dirigió a ella el viejo duende con una sonrisa entrañable—. Día tras día no dejo de admirar tu talento. Desde luego, estoy seguro de que, sin ti, yo no habría logrado sobrevivir ni un solo momento en este mundo terrenal.

Lora se sonrojó, sintiéndose orgullosa de su trabajo. Su vida era feliz en aquel tejo encantado junto a su amado padre adoptivo y ya no se la imaginaba de otro modo. Salía de allí siempre que le apetecía, procurando dejar sus tareas acabadas. Visitaba a sus hermanas en el poblado, acudía a las fiestas y no eran pocos los romances que mantenía con otros *féeros* de la zona, aunque no tenía planeado casarse, ni ahora ni en un futuro, y tampoco quería formar una familia. Realmente, no se podía pedir más de una vida de hada guardiana como la suya.

—Gracias, Thot —se limitó a decir ella.

Thot le acarició la mejilla. Sus ojos pequeños y brillantes no habían dejado de curvarse con la expresión de una afable sonrisa, acentuando las numerosas arrugas que convivían con sus párpados caídos.

–Voy a salir un rato –prosiguió Lora–, ¿me necesitas? ¿Quieres que te traiga algo del poblado? Voy a ir a la casa de mis hermanas.

–¡Oh, querida! No te molestes por mí. Ya has hecho demasiado.

–Está bien. ¿Quieres que guarde en su sitio el Libro de los Eternos?

Thot volvió a mirar aquel códice tan elegante. Sería mucho más cómodo escribir ahora en él.

–Creo que lo dejaré en mi escritorio, Lora, pues mucho me temo que dentro de poco voy a utilizarlo a menudo.

–¿En serio? –se sorprendió Lora, con una mezcla de esperanza y preocupación. Sentía una inmensa curiosidad por saber qué sería de los Eternos, cuáles de ellos estaban despiertos y cuándo darían señales de vida. Lo cierto es que habían pasado muchas eras, eras desalentadoras sin que Thot hablase de los ahora considerados ocho Eternos. Ni siquiera se sabía nada de Jórak. Pero, como era de esperar, Thot no podía revelar nada de aquello, tampoco a Lora. El Guardián del Destino, como cabía esperar, conocía las cosas antes que los otros y sabía más de lo que tenía permitido contar.

–Poco a poco, Lora. Todo a su tiempo. Ya los verás. Ya conocerás sus nombres. Aunque ellos tampoco lo sepan, ahora mismo les están ocurriendo cosas muy importantes, importantes para la historia de Onhyria.

De pronto, una piña de abeto explotó en la chimenea y el fuego sagrado chisporroteó, como si se sintiera molesto porque su sueño había sido interrumpido. Lora dio un respingo y Thot se rio.

–Vamos, querida –la instigó Thot con cariño–. Llegarás tarde a tu cita si no te marchas ya.

El hada guardiana también se rio y, a continuación, se alejó volando. En una de las ramas más altas de aquel tejo inexplicable Lora había establecido desde siempre sus aposentos privados, así que a ellos acudió para cambiarse la ropa y peinarse la cabellera rojiza. Ese día, sin saber por qué, le apetecía especialmente verse bella.

En la planta de abajo, y ajeno a los caprichos de su hada guardiana, Thot continuó escrutando un rato más el Libro de los Eternos. Aquello era una joya, un tesoro de la sabiduría de Onhyria que jamás debía caer en manos inadecuadas. Por el bien de todos. Por un instante cruzó su mente la idea inquietante de esconderlo con mucho empeño en algún rincón de su casa. En cambio, y puesto que Thot era un dios que confiaba en los hados y el desti-

no, se limitó tan solo a depositarlo sobre la superficie de su viejo escritorio. Eso sí, haciéndole un hueco de honor entre montones de papiros y procurando que en esa parte no quedasen restos de miel, o Lora se enfurecería.

Luego regresó al trabajo. Lora le había dejado a primera hora de la mañana unos papiros que tenía que revisar. Eran dos, estaban enrollados y se habían quedado pegados el uno al otro.

—¡Oh, maldita miel! —se lamentó el Elemental despegándolos de inmediato sin dejar de vigilar si el hada venía o no—. Lora me regañará si los ve así de sucios.

Dándose toda la prisa que podía, separó los papiros antes de que el hada guardiana regresara a la planta de abajo para despedirse de él. Luego rascó un poco con la uña en las partes por donde se habían quedado adheridos, arañando levemente su corteza. En cambio, se llevó una sorpresa al comprobar que no era miel ni cera de vela ni restos de resina. No era nada de eso lo que los había mantenido unidos. Ya le había ocurrido en otras ocasiones: papiros que se enredaban entre sí porque los *efímeros* de los que hablaban también lo hacían, de repente, aunque no se hubiesen visto jamás en la vida. Aquello sucedía cuando dos mortales se encontraban para cambiar no solo el curso de sus destinos, sino también el curso de la historia.

A Thot le entró mucha curiosidad por desenrollar de una vez los dos libros de vida que en ese momento sostenía en sus manos, pues llevaba varias eras sin escribir algún destino interesante, y aquel suceso, en verdad, se intuía prometedor. Primero eligió el que pesaba menos. Desanudó con cuidado el lazo que lo cerraba, como le había enseñado Lora. Tal y como se esperaba, pertenecía a un joven humano, pero no a un humano cualquiera. El Guardián del Destino entrecerró los ojos para enfocar bien la vista, continuó leyendo otro poco y descubrió que aquel *efímero* tenía un origen poco común.

Todavía intrigado por saber a qué mortal pertenecía el otro papiro, dejó el primero sobre su escritorio y procedió a desenrollar el segundo, también con mucho cuidado. Este pesaba bastante más. Ese hecho solía deberse a que el *efímero* en cuestión habría vivido mucho tiempo, y no sería de extrañar que se tratase de un humano viejo, o tal vez de un *féero*, pues estos eran muy longevos. Cuando por fin logró leer el nombre de aquel mortal, Thot emitió un gemido ahogado, sus manos se pusieron a temblar y su corazón latió una vez o dos menos de las que debía hacerlo, pues se detuvo. Fue el sonido de los pasos de Lora lo que devolvió el compás y la vida a su desolado pecho.

—¿Qué ocurre, Thot? —le preguntó ella, algo turbada—. ¿Va todo bien? ¿Prefieres que me quede? Tienes muy mala cara.

Así era, de hecho. La sonrisa cálida del Guardián del Destino parecía haber abandonado su curtido rostro hasta el fin de los tiempos. Enrolló el papiro con un rápido giro de manos y lo colocó sobre su mesa de trabajo. Lora no tenía que verlo. No, por nada del mundo. El destino era así, y él, un simple cronista, no poseía el poder de evitarlo, ni siquiera en favor de los seres a los que amaba. Intentó sonreír, pero tenía las manos heladas, y en un primer amago de hablar no le salió ni la voz.

Lora, por su parte, se veía muy hermosa esa mañana. Ella siempre parecía joven. Y lo era, de hecho, aunque hubiese vivido y conocido tanto.

–Querida... –susurró Thot–. Hoy... No tardes en regresar, ¿está bien?

–Bueno, no tenía pensado llegar muy tarde. Estaré aquí poco después del mediodía. Queda sopa de borrajas. No me esperes a comer. Pero no te preocupes: traeré los postres.

–Oh... No traigas nada más que tu buena suerte.

–¿Cómo dices? –le preguntó ella, que no lo había oído bien. Sin embargo, Thot no lo repitió. Fingió otra vez que todo estaba donde tenía que estar. –Lora, querida. Lleva cuidado con el fuego cuando lo alimentos: no te vayas a quemar, ¿eh? Y no olvides cerrar bien cuando te marches. Cierra bien la puerta, y cierra mejor tu corazón. Es muy importante.

El hada guardiana torció el gesto con una mueca de confusión. Las palabras de Thot a menudo eran enigmáticas, estaba acostumbrada. Aunque esa vez sonaron especialmente serias, como si le estuviese haciendo la advertencia más decisiva de su vida. Lora pensó que, quizás, era ella quien se lo estaba imaginando todo, no obstante, procuraría ser más prudente de lo habitual.

–Que tengas un buen día Thot –resolvió, acercándose a besarle la mejilla. Thot la contempló, pero no articuló ninguna de sus amables sonrisas de afecto. Y por primera vez, el hada percibió una brizna de miedo en los ojos del Guardián del Destino. Por un instante parecía como si no se fueran a volver a ver nunca jamás. En cambio, y con una rapidez que hizo que todo pareciera un simple desvarío, Thot logró sonreírle.

–Ve con cuidado, hija. Y pásatelo bien. Saluda a tus hermanas de mi parte, sí. Hace mucho frío, Lora, deberías quedarte con ellas alrededor de la lumbre.

Lora de nuevo se sintió contrariada. Thot sabía perfectamente que los *féeros*, aunque adoraban el fuego, no lo necesitaban para apaciguar el frío, pues ellos eran como las plantas y los árboles, a quienes ni siquiera la nieve puede sobrecoger. Así que ella le dijo *adiós* y se acercó a la recia corteza del

tejo. Sin ningún esfuerzo, el hada, como un espectro, la atravesó sin más para salir al exterior. Entonces, el Guardián del Destino suspiró, apoyó los codos sobre su escritorio y hundió su anciana cara entre las manos mientras una lagrimilla helada se desprendía de uno de sus ojos. Después cogió los papiros y su pluma. Tenía mucho trabajo. Se dispuso a comenzar a redactar cuando, sin querer, tiró al suelo con el brazo la cucharilla de madera. Se quedó mirándola. Permaneció así durante varios minutos, analizando la silueta de la cucharilla sobre las hojarascas del suelo mientras su cabeza trabajaba sin descanso, mientras su corazón se helaba como los brotes precoces a finales del Invierno Gélido. Así pues, se agachó, cogió la cucharilla y la dejó, taciturno y apagado, junto al tarro de miel. Se le había quitado el hambre.

El Libro de Kerión

Por muy grandes que fueran los castillos del Imperio Regio, por mucho que sus señores se comparasen a dioses y por radiantes que lucieran los colores de sus banderas, sus entrañas estaban podridas, rezumaban la peste de almas corrompidas por el poder, y las mazmorras siempre escondían el dolor peor sufrido por los *efimeros*. Pues allí dentro, debajo de todas las escaleras y de todos los pisos, de las bibliotecas, si es que las tenían, del *escriptorium* y de los grandes salones, todo castillo guardaba sus calabozos, sus sombras, sus vergüenzas, el lugar en que a los condenados se les podían arrancar los más desgarrados aullidos de sufrimiento. Aunque estos, claro, no se escuchaban más allá de los muros subterráneos. Tampoco era una excepción el gran castillo de la ciudad de Maldivia, en cuyas mazmorras un hombre castigaba a otro en la noche en que comienza nuestra historia.

Atado con cadenas oxidadas que ulceraban sus muñecas, un reo soportaba la crueldad de la tortura, tensando las mandíbulas en un intento vano por aguantar el dolor, o tal vez para no darle a sus torturadores el gusto de que lo oyeran gritar. El miserable resplandor de dos antorchas aumentaba el tamaño de su sombra, que se proyectaba en la pared que tenía detrás, pareciendo querer devorarlo en cualquier momento para arrastrarlo definitivamente hacia las tinieblas. Llevaba el torso desnudo porque le habían arrancado la camisa a tirones, tal vez buscando algo debajo de aquella tela de colores pintorescos, pues el hombre parecía una artista ambulante. Su espalda lucía un par de latigazos frescos y su pelo naranja caía húmedo sobre su rostro, pegándose a su piel con una mezcla de sangre y sudor y, quizás, alguna lágrima de rabia.

—¡Habla, maldito blasfemo! —porfiaba su juez, asestándole un nuevo golpe en la cara sin ningún tipo de compasión. Sus labios se habían fruncido

en un intento por reprimir parte de su desaforada agresividad. Los rasgos de su rostro eran más duros que el hierro de las cadenas, quizás tenían algo de salvaje, y su conjunto otorgaba al hombre cierto aspecto de lobo cruel. A ambos lados de este, dos soldados asistían con infame indiferencia a aquel espectáculo despreciable—. ¡Habla, te digo! ¿Qué sabes de ese libro?

Otro mandoble aterrizó sobre la mejilla izquierda del encarcelado y su castigador se manchó los nudillos con su sangre. Vestía una capa negra de terciopelo que casi le llegaba a las rodillas. Era obvio por la calidad de su atuendo que pertenecía a la clase noble: nada menos que un caballero, alcaide de aquellas tierras, además. Y también era obvio, por su complexión y su recia mirada oscura, que cargaba con varias guerras a sus espaldas a pesar de su relativa juventud, pues apenas rebasaba la treintena y había pocas canas en su negra cabellera. Pero su expresión ya no poseía el frescor de un hombre joven. Su expresión era hermética como aquellos malditos pasadizos que apestaban a orina de rata y que albergaban aire sucio, a veces caliente y viciado; otras, gélido y mohoso.

De pronto el artista ambulante gruñó y el alcaide detuvo su brazo, esperando alguna reacción que valiese la pena para su interrogatorio. Le levantó la cara, brusco, tirando de su barba áspera y puntiaguda, también naranja, y lo amenazó arrancando de sí mismo el gesto más hostil que logró articular, sin siquiera abrir la boca. Sin embargo, el artista no parecía intimidado. Estaba herido, fatigado, dolorido... Pero no le tenía miedo. Era muy poco habitual no temer a Úlfur Cara de Hierro. Era insólito, de hecho. Y eso, a este mismo lo enfureció sobremanera.

—Yo... —comenzó el reo, con un hilo de voz—. Yo solo estaba cantando en El Puente, no sé nada de ese libro que me dices. Ni siquiera conozco a Kerión...

Parecía convincente. Un simple juglar de la calle malherido y torturado habría despertado en cualquiera que lo mirase una compasión desmedida. Pero Úlfur no estaba tan seguro, la guerra le había enseñado a desconfiar de todos. Los ojos de aquel tipo del pelo naranja rebosaban serenidad, como si lo tuviera todo planeado, como si estuviera seguro de que iba a salir de allí sano y salvo. A Úlfur le parecieron negros, pero una chispa curiosa parecía crepitar en el fondo de sus pupilas cuando uno se los quedaba mirando mucho rato. Y Úlfur también lo vio. Durante un instante se creyó incapaz de seguir golpeándole. Aunque pronto recuperó su porte altivo y su soberbia. Pues, ¿cómo se ganaría el respeto de sus vasallos si cedía al embaucos de un juglar insignificante como aquél, que en esos momentos sangraba como un cerdo degollado?

—Te escuché tocar el laúd desde mi mesa —prosiguió el alcaide con el fin de imponerse—, ¿qué te crees? ¿Que soy idiota? Tú no eres un simple juglar callejero. Esos acordes, esas canciones sobre los mitos antiguos... Los has aprendido de algún maestro. Y los pordioseros no pueden pagarse maestros. Puede que seas capaz de engañar a la gentuza que se reúne a escucharte por las noches, pero a mí no me engañas, maldito bastardo. Sabes mucho más de lo que quieres hacerme creer...

Úlfur se prendió de furia, aunque trató de contenerse, pues durante más de una hora golpeando al preso no había conseguido sonsacarle todavía ninguna información que mereciese la pena. Cada vez que le pegaba, sonaban los cascabeles que el juglar llevaba cosidos en su ropa, y eso le irritaba aún más.

Los dedos del alcaide, rígidos como barras de acero, se desplazaron desde la barba del hombre hasta su cuello, apretándole con fuerza por debajo de las quijadas. Pero la mirada del juglar no cambiaba, y su actitud no se alejaba de la pose desafiante que comenzaba a sacar de quicio a Úlfur. Finalmente, el pelirrojo abrió la boca para decir algo y el corazón de Cara de Hierro latió un poco más deprisa, con la esperanza de escuchar alguna respuesta reveladora.

—Deliráis, mi señor... —se limitó a responder el juglar. Y por si no fuera suficiente con esta provocación, además le sonrió, guiñándole un ojo con gesto burlón. Apenas le dio tiempo a abrir el ojo de nuevo cuando Úlfur ya había estrellado su cabeza contra el recio muro del que pendían las cadenas que lo ataban.

—¡Hereje insolente! —bramó—. ¡Morirás mañana! ¡En la horca! ¡Como mueren los blasfemos!

Agarrándolo por los cabellos, Úlfur zarandó al juglar un par de veces y luego volvió a cruzarle la cara con el puño. El sonido de un hueso roto se hizo eco en la mazmorra, y el hombre del pelo naranja gimió mientras un reguero de sangre brotaba de su nariz, resbalando por encima de sus labios partidos antes de gotear sobre sus botas manchadas de barro y paja resecos.

—Pero, ¿qué está pasando, Úlfur? —clamó de pronto una voz masculina desde la puerta de la sala. Quien quiera que fuese, el juglar le dio las gracias en su interior. Luego reconoció a aquel otro caballero, a pesar de que este portaba su elegante máscara de oro sobre el rostro: era el Señor de Maldivia, Runus Demhora, el primogénito del recientemente fallecido Nuin Demhora, Señor de Sarbhork, el *mandamás*. Y eso, era bueno, o quizás menos malo.

—Runus —se dispuso a explicarle Úlfur sin mostrar un mero atisbo de arrepentimiento, secándose las manos manchadas de sangre en los pantalones—

nes—, ese hombre ha estado cantando blasfemias en contra del régimen esta noche, en El Puente. Hasta conoce el libro de Kerión. Estoy seguro de que es uno de ellos, un ignanimae. Y merece ser castigado.

Runus Dembora avanzó despacio, abandonando las sombras que no permitían a los otros más que distinguir su silueta. A pesar de los achaques de la guerra, disimulaba a la perfección la ligera cojera que le había quedado de por vida. Casi podía creerse que caminaba con armonía.

Lejos de la severidad que se podría haber esperado del cacique de tan vasto territorio, cuando la empobrecida penumbra del lugar alcanzó su cara enmascarada, el juglar descubrió para su consuelo que los ojos redondos y castaños del gran señor no habían perdido la piedad, a pesar del tiempo y de los reveses del destino. Pues Runus, como lo había sido su padre, era amado y alabado por su gente dada su generosidad. El difunto Nuín, de hecho, había aprendido de su abuelo, Argael de Anshuz, que ese era el secreto para tener al pueblo comiendo de la palma de su mano, y durante sus últimas eras de vida se había cuidado bien de transmitirlo a su primogénito, un método que casi nunca fallaba.

El Señor de Maldivia se acercó al juglar apartando suavemente de su camino a Úlfur, quien no opuso ninguna resistencia ya no solo porque su rango fuera inferior, sino porque también él mismo adoraba a Runus como jefe.

—Buen hombre, miradme —le pidió al reo, con mucha calma. Su voz, sus modales y hasta su porte eran amables, pues desprendían cierto halo de solemnidad acentuado por una brizna benévola, algo poco usual en alguien que ha mordido el campo de batalla durante la última mitad de su vida. El juglar le hizo caso. Lo miró. La sonrisa desafiante se había desvanecido de su boca y ahora al fin parecía dispuesto a guardar la compostura. Realmente, Runus era un líder peculiar.

—Buen hombre, ¿es cierto lo que dicen sobre vos?

El artista del pelo naranja dudó. Podría haber empleado esa rara chispa de sus ojos que le permitía engatusar a quien los observaba, sin embargo con Runus era innecesario. De momento. Runus era generoso y clemente. Runus le escucharía, y le creería, tal vez.

—Mi venerado señor —comenzó, bastante más adulator que con Úlfur—, yo solo estaba cantando en El Puente para ganarme el pan.

Úlfur resopló indignado y se cruzó de brazos ante tanto cinismo. Pero no intervino... aún. Confiaba en que Runus pudiese resolverlo de la manera en que él no sabía.

—¿Cómo os llamáis, juglar? —prosiguió el Señor de Maldivia en tono conciliador. El cabello le caía en ondas que bajaban hasta su nuca y se doraba de cierta manera bajo la luz del fuego.

—Mi nombre es Nox, Nox Almafuego. Aunque se me conoce como el Juglar de la Noche en todas las tabernas a las que acudo a tocar.

“Mentiroso”, pensó Úlfur frotándose con los dedos la mandíbula afeitada. Mas no hizo un solo comentario. No poseía ninguna prueba que demostrara lo contrario, pero estaba seguro de que incluso aquel nombre era falso. Y Runus se lo estaba tragando todo. Siempre creyó que ese era su único defecto: la compasión.

—Está bien, Nox. ¿Sabéis algo sobre el Libro de Kerión?

Úlfur escrutó con atención al tal Nox en cuanto Runus le hizo aquella pregunta. Necesitaba descubrir en el juglar algún indicio que le confirmase que sí conocía el paradero de aquel libro, ya fuera su respiración agitada al ponerse nervioso, ya fueran sus ojos rehuyendo los de Runus o algún ligero temblor en su magullado labio inferior...

—Mi señor —se decidió a responder Nox sin apartar su penetrante mirada de la de Runus—, sabéis de sobra que ese libro está en boca de todos. Las gentes acuden como moscas a la miel cuando les prometes que vas a hablar de él después de la cena. Y eso es bueno para mis bolsillos, señor, no lo puedo negar. Pero solo es un cuento más de mi repertorio. Pues, ¿cómo voy a saber yo algo sobre el Libro de Kerión?

—¡Miente! —explotó Úlfur hirviendo de rabia y girándose con violencia hacia el juglar—. ¡Estás mintiendo a tu señor, desvergonzado! ¡Maldito perro ingrato!

En cambio, Nox no daba la más nimia muestra de haberse puesto nervioso. Continuaba observando a Úlfur desde su posición, casi con arrogancia, provocándolo, sobre todo ahora que, bajo la protección del piadoso Runus Dembora, Úlfur no volvería a golpearle. Ante la gran impotencia que sentía, el alcaide se dirigió a su señor para darle explicaciones.

—Escúchame, Runus. Ese canalla está mintiendo como un bellaco. Yo mismo oí sus canciones en El Puente, antes de prenderlo. Sabe muchas más cosas de las que quiere contarnos.

—Úlfur, cálmate ya de una vez —le contestó Runus comenzando a impacientarse—. Es solo un juglar. Dime, sinceramente, ¿qué daño crees que puede hacer este hombre a nuestro imperio? Ya tenemos bastantes problemas, problemas importantes.

Nox los miraba a ambos con fijeza mientras discutían. Úlfur podía sentir su increpante sensación de triunfo. Pero Runus llevaba razón: no tenía pruebas, no tenía nada que demostrase que aquel juglar era un peligro público para la moral religiosa de la ciudadela.

—Sus canciones amotinan al populacho, Runus, alborotan a las masas. “El Libro de Kerión”, ha dicho claramente en la taberna, “Os voy a contar lo último que he leído en el Libro de Kerión”. Eso es de lo que hablan los Ignanimae, nuestros enemigos. ¿No te parece lo bastante peligroso?

Pero Runus no se dejaba convencer. Apreciaba a Úlfur más que a ninguno de sus hombres, más incluso que a ninguno de sus hermanos de sangre, por eso tenía que poner freno a su estricta manera de gobernar, pues unos caciques temidos tan solo despertarían el odio de sus vasallos. Además: tampoco creía que las canciones de un simple juglar de taberna tuviesen una mayor trascendencia. La mitad de la gente que las escuchaba iba medio borracha, y la otra mitad, seguro, las olvidaba al día siguiente. De nuevo, e ignorando la expresión hostil de Úlfur, se dirigió a Nox.

—Buen hombre, debéis saber que no es apropiado que habléis de esas cosas, ni siquiera en vuestras canciones. No deberíais utilizar esos temas como algo jocoso, pues los castigos que infligimos a los Ignanimae son muy duros. ¿Sois ciudadano de Maldivia?

—Sí, mi señor —respondió Nox, con naturalidad. Úlfur volvió a dudar de su palabra, pero continuó callado.

—Entonces sois conocedor de los sucesos desagradables que se han vivido aquí últimamente, sobre todo por culpa de esos rebeldes de fe que llevan por bandera el Libro de Kerión. Yo ni siquiera creo que exista tal libro.

—Yo tampoco lo creo, señor. Los juglares tan solo cantamos lo que la gente quiere oír. Hace un par de eras todas las canciones versaban sobre la conquista de Zéndelbhorck, a manos de vuestro portentoso ejército.

Runus dejó escapar una sutil sonrisa bajo su antifaz. Le enorgullecía que hablasen bien de sus soldados y caballeros, entre los cuales había luchado él mismo arriesgando en muchas ocasiones su propio pellejo. Úlfur se percató. Ese maldito juglar le estaba regalando los oídos a su señor para ganarse su benevolencia, y Runus, que a veces se comportaba como un verdadero idiota, estaba sucumbiendo a su influjo seductor.

—Nox, ahora escuchadme. Cuidaos bien de volver a cantar semejantes barbaridades. Vuestra función, la de los músicos, es entretener a los ciudadanos de los bajos fondos para hacer sus costosas vidas más agradables. Acaso transmitidles alguna enseñanza de nuestras antiguas leyendas. Pero no

imbuyáis en sus maltrechas mentes ideas descabelladas sobre dioses que no existen. ¿Lo habéis entendido?

Los ojos negros de Nox tenían a Runus atrapado en cuerpo y alma. La ligera chispa asomaba por ellos de una forma rauda. Úlfur lo había percibido, aunque cabía decir que lo creyó un desvarío, tal vez un juego de luces y sombras entre las paredes mugrientas de aquel calabozo cuyas telarañas y humedades nadie veía allí, bajo el velo de la pesada oscuridad que adornaba los tormentos de los desgraciados.

—Buen hombre —resolvió el Señor de Maldivia en tono aséptico, casi con desgana—, mis soldados estarán muy pendientes de vuestras cancioncillas, y tened por seguro que la próxima vez que esto ocurra dormiréis en los calabozos. Pero esta noche estáis de suerte: os concedo la libertad.

—¿Cómo? —protestó Úlfur, exasperado por la decisión de su superior. Nox tan solo sonrió un poco e inclinó la cabeza con sumisión hacia Runus.

—He dicho que este hombre queda libre —se reafirmó el cacique sonando autoritario e irguiendo su figura para parecer más respetable—. Soldados, ocupaos de él.

Tan pronto como les fue posible, aquellos dos soldados que habían asistido al cruento interrogatorio de Nox Almafuego corrieron a liberarlo de las cadenas que lo apresaban. Se podría decir que incluso lo hicieron con delicadeza. Úlfur volvió a resoplar, pero Runus, aunque se dio cuenta, lo ignoró deliberadamente.

Nox se palpó las malheridas muñecas en cuanto tuvo los brazos libres. Tenía la piel erosionada, le dolía la espalda como si le hubiesen arrancado cada vertebra, una por una. Por no hablar de su nariz, que en aquellos momentos seguía insensibilizada entre vagos cosquilleos que auguraban, para la mañana siguiente, terribles agujonazos de dolor. Estaba mareado y hasta se le había comenzado a nublar un poco la vista. Era evidente que su cuerpo ya luchaba por apaciguar todo el sufrimiento recibido tratando de sumirlo en un sueño profundo y reparador. Pero todavía no era momento de dormir. La noche no había terminado y aún tenía que regresar a su casa.

—¿Ese fardo de ahí es de él? —le preguntó Runus a Úlfur señalando una bolsa de cuero no demasiado grande que había en el suelo encharcado de la mazmorra. Úlfur asintió y se aproximó hasta donde estaban las pertenencias del juglar. Apoyado en la pared había también un laúd. Cogió ambas cosas y se dio la vuelta para mostrarlas a Runus.

—¿Piensas devolvérselo sin más? —inquirió Úlfur, agrio. Entonces Runus aceptó que, al menos esa vez, debía dar su brazo a torcer y permitir a su

compañero que registrara la dichosa bolsa. Así se quedaría tranquilo y comprobaría que aquel pobre diablo no llevaba oculto entre sus enseres ningún libro prohibido. Quizás así la obsesión de Úlfur por cazar a los Ignanimae disminuyese algo.

Con un leve asentimiento de Runus, Úlfur Cara de Hierro vació con brusquedad el equipaje del juglar sobre el suelo. Cayeron algunas monedas de escaso valor, una flauta de juncos, una pequeña petaca y un trapo de algodón enredado sobre sí mismo, en cuyo interior se adivinaba un objeto pesado. Úlfur lo tomó en seguida en sus manos y lo desenvolvió por uno de los extremos.

—¡Eso no es para vos! —exclamó Nox con un deje de insolencia. Úlfur, perdonándole la vida con la mirada una vez más, descubrió que aquello que guardaba el juglar con tanto celo era un trozo de pavo cocido y condimentado. Le dieron ganas de lanzárselo a la cara, pero Runus se enfadaría. Así que lo volvió a empaquetar, de mala manera, y lo depositó en el interior de la bolsa. Todo lo demás lo dejó como estaba, sobre el suelo, para que Nox se tomara al menos la molestia de recogerlo.

Por su parte, el juglar había recompuesto su camisa como mejor pudo, cubriendo su torso con los restos de tela raída que habían quedado de ella. No poseía un cuerpo fuerte, como el de un guerrero, pero era obvio que tampoco pasaba hambre, y su carne suave indicaba que no ejercía ningún oficio que requiriese demasiado esfuerzo físico. Recogió sus pertenencias, luego su laúd, y finalmente hizo una esmerada reverencia delante de Runus, arrodillándose sobre la pierna que menos le dolía.

—Mi señor —pronunció—, ni mil palabras de gratitud servirían para compensar vuestra piedad. Que la diosa bendiga todos vuestros pasos.

Los juglares de la calle no hablaban así. Los ciudadanos del otro lado del puente tampoco. Y Nox era, según había explicado, lo uno y lo otro. Úlfur continuaba preguntándose qué identidad se ocultaba tras aquel malandrín de pelo naranja y ojos de fuego mientras que Runus recibía su trato cortés como un imbécil.

—Levantaos, Nox —le indicó el Señor de Maldivia al juglar cuando este le besó el sello de oro que portaba en uno de sus dedos—. Soldados, acompañadlo hasta el portón de la fortaleza.

—¿Cómo dices? —se revolvió Úlfur—. ¿Que le acompañen al portón? Solo falta que lo sientes a comer en tu mesa.

—Úlfur, ya es suficiente —respondió Runus sin levantar la voz.

—¡No pienso callarme! ¡Ese hombre nos ha mentido! ¡Sabe mucho más de lo que crees!

—¡Úlfur, ya basta! —lo contuvo Runus haciendo un gesto contundente con la mano.

Los dos caballeros continuaron enzarzados en una discusión que, al parecer, ya habían mantenido en ocasiones anteriores. Se notaba por la forma en que se hablaban. Al fin y al cabo, llevaban juntos la mitad de sus vidas. Pero Nox, ajeno a las diferencias que pudiera haber entre ellos, se apresuró a salir de allí con los soldados, temiendo que su señor pudiese cambiar de opinión en el último momento, presa del enfado. Necesitaba marcharse de la fortaleza, o al menos subir a algún piso de esta en donde el aire fuera nuevo y en donde las grietas que había entre los sillares de la pared no se hubiesen rellenado con argamasa rancia y a golpe de agonía. Quería volver a casa. Quizás jamás lo deseó tanto como esa noche.

—¡Esa gente no es de fiar! —continuó Úlfur, ya lejos de los oídos de Nox—. ¡Estoy seguro de que los Ignanimae están detrás de todo ese asunto del Libro de Kerión! ¡Y tú acabas de liberar a uno de los suyos!

—¡Pardiez, Úlfur! —se desesperaba Runus ante la tozudez de su compañero—. ¡Abre los ojos! Sé que la muerte de tu padre te ha afectado mucho, pero, ¿en serio crees que un saltimbanqui del otro lado del puente entraña algún peligro? ¿Te has fijado en él? Parece que no te acuerdas de los monstruos contra los que hemos luchado en la batalla. Eso sí que era peligroso. Lo que te pasa es que te estás obsesionando...

Úlfur detestaba que le dijeran aquello. No era ninguna obsesión. Los Ignanimae habían asesinado a su padre, Eléus Cara de Hierro, mediante una conspiración. No, no era ninguna obsesión. Los Ignanimae vivían escondidos por Maldivia, proclamando en la clandestinidad la sabiduría de su profeta, Kerión, y planeando el amotinamiento de la muchedumbre en contra de su gobierno y el de su diosa. La auténtica diosa. Sin embargo, ni siquiera Runus lo comprendía, al parecer. Y eso todavía acrecentaba más la ira de Úlfur.

—En fin, Runus —concluyó con sarcasmo—, continúa así y acabarás lavándoles los pies a esas ratas del otro lado de la ciudad.

Runus se quedó callado y se quitó la máscara.

—¿Estáis cuestionando mi autoridad, Cara de Hierro? —espetó repentinamente el Señor de Maldivia, poniendo distancia entre su compañero y él. Úlfur se quedó sin habla. Sus ojos de color gris oscuro, tan oscuro que se veía negro, reflejaban las cejas de Runus fruncidas en un gesto de ira silenciosa. Aunque el cacique no había gritado, a Úlfur le bastó que le hablara de vos para comprender que, al fin y al cabo, aquel era su señor, a quien debía

respeto, lealtad y sumisión. A pesar de que tuviesen la misma edad. A pesar de que hubiesen dormido juntos en los campamentos militares durante las últimas doce eras. A pesar de que hubiesen compartido hambre, miseria, frío y suciedad durante las campañas.

Úlfur ya no se encontraba ante su amigo Runus, sino ante su señor feudal, que de alguna manera gozaba del carisma y la habilidad para ganarse el respeto de todos sus súbditos aunque no gritara, ni golpeará, ni torturara. Se limitó a bajar la cabeza, consciente de que había ido demasiado lejos.

—Marchaos de mi vista ahora, Cara de Hierro. Reflexionad sobre lo que ha sucedido hoy, y mañana, por la noche, os esperaré en mis aposentos para recibir vuestras disculpas.

En los calabozos no se oía nada más que el crepitar de las antorchas. El silencio mortecino de aquellos rincones de pesadilla envolvió a los dos hombres de pronto, arrojándose sobre ellos como si una avalancha de odio y crueldad contenidos largo tiempo entre aquellos muros les hubiese detenido el corazón. Y Úlfur respondió con sumisión:

—Como mandéis, mi señor.

El hogar de Nox Almafuego

Las buhardillas, que se sepa, nunca han sido los lugares más afortunados para vivir, al menos durante los días antiguos y en los barrios suburbanos. Tenían goteras, las lluvias y las nieves destrozaban sus tejados, y los vientos del invierno gélido azotaban sus muros, robando cualquier retazo de calor que se hubiese cultivado en ellas. En cambio, cuando se vive en una ciudad erigida sobre un pantano, las buhardillas pueden llegar a ser un hogar dulce y privilegiado, lejos de la húmeda piedra de los cimientos de las casas. Así era la gran ciudad de Maldivia cuando se pasaba al otro lado del puente, un puente que dividía el distrito rico del distrito pobre. A decir verdad, *pobre* sería un elogio para referirse a aquellos barrios inundados, pues en ellos se hacía hueco todo el que no tuviera otro lugar al que ir, siempre y cuando estuviera dispuesto a obedecer el férreo régimen del alcaide Úlfur Cara de Hierro.

Precisamente en una buhardilla, escondida entre las callejuelas malolientes de aquella parte de Maldivia, había una mujer despierta a pesar de que la noche estuviera tan avanzada. Su nombre era Dannu, Dannu Mirto, y a su lado dormía un bebé que había heredado la piel oscura y los cabellos negros y ondulados de su madre. Sin embargo, en aquella especie de camastro aún quedaba hueco para otro más.

—¿Dónde estás? —susurraba Dannu mientras se peinaba por cuarta vez aquella noche—. Maldita sea. ¿Dónde estás?

Su pequeño hogar era la segunda planta de la casa de los curtidores para quienes trabajaba. Hacía ya cinco eras que la conocían y, desde entonces, le alquilaban aquella buhardilla a cambio de una porción de sus horas de trabajo. A Dannu le parecía justo. Ella remendaba botas y, como pago, obtenía un puñado de monedas de cobre y un techo en donde refugiarse con su marido

y su hijo, porque las calles de Maldivia eran hostiles para los que no poseían nada.

De pronto, el bebé tosió. Se llamaba Erk. Dannu se giró a observarlo, pero el niño siguió durmiendo, ajeno a la preocupación de su joven madre. Una humilde linterna de aceite era el único punto de luz que se cernía sobre ellos en aquel momento, pues ella había cerrado los postigos de las ventanas para que entrase un poco menos de frío. Además, esa noche soplaba un viento espantoso.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —se quejó de nuevo, en voz muy baja.

A pesar de sus pocas posibilidades, Dannu había hecho de aquella buhardilla desvencijada un buen lugar donde vivir. Estaba limpia y ordenada pese a las vigas carcomidas y las tablas de madera que se habían desencajado del suelo. Algún día tendría que arreglarlas. Al margen de estos pequeños desperfectos, el hogar de Dannu poseía un brasero, un escritorio y una alacena vieja que servía como despensa para almacenar pan y mantequilla. No necesitaba cocina, pues se comía y se cenaba en la planta de abajo, con la familia de los curtidores. Adra Buitre, la mujer del curtidor, cocinaba bien y no escatimaba al servir las raciones, aunque pocas eran las veces en que podía echar a la sopa algún trozo de jamón o un muslo de gallina.

—Espero que tu padre te traiga algo —dijo Dannu mirando a su hijo. El niño rondaba su primera era de edad y a Dannu le preocupaba que no creciese bien. Afortunadamente, sus generosos pechos todavía eran, y serían por bastante tiempo, uno de los principales sustentos del crío. Este tenía la cara redonda y los muslos carnosos. De hecho, era ella la que estaba demasiado delgada.

Dannu se revolvió una vez más en la cama. Su marido no había llegado aún. Jamás tardaba tanto. Las tabernas ya estaban cerradas a esa hora, tan solo los burdeles permanecían abiertos casi hasta el amanecer. Pero su marido no era... de éstos. No. Dannu no quería siquiera imaginárselo con otra mujer más hermosa, más tentadora, más descarada...

—No seas idiota —se dijo para convencerse a sí misma—. Ya sabes que él no es así.

Pero una incómoda sensación de ansiedad se le había pegado a la boca del estómago, y con cada hora que pasaba se iba abriendo paso hacia su imparable imaginación, arrastrándola hacia sus peores tormentos. Se sintió estúpida al volver a pensar en los burdeles porque eso no era grave. En realidad, un burdel no tenía la más mínima importancia. Lo más grave era que

Maldivia era peligrosa, sobre todo para alguien como su marido, alguien que contaba cosas que no gustaban al cacique.

De repente metió los brazos por debajo de la almohada, justo en la parte en la que él solía dormir. De allí sacó un objeto poco común, un amuleto fabricado con tres trenzas de hilos de colores, entrelazadas entre sí. Lo observó a la luz de la lamparilla, comprobando que ningún cabo se había soltado, y luego se lo apretó contra el pecho. Reprimió un sollozo y se le perdió una lágrima.

—Por favor, que no le pase nada —se repetía a sí misma, susurrando—. Por favor, que no le pase nada.

Por lo menos volvió a pedirlo cinco veces más, como quien repite un mantra, y luego volvió a colocar el amuleto bajo la almohada. Pero aquello no le resultó mucho más alentador, pues no estaba muy segura de a quién le pedía algo tan grande como proteger a su marido. Porque Dannu ya no creía en los antiguos dioses ni tampoco creía en la diosa de la nueva era. Entonces, un nuevo pensamiento obsesivo cruzó su cabeza y dirigió su mirada a un bulto que había apoyado junto a la puerta. Se trataba de un fardo. El fardo, como ellos lo llamaban.

“Ten el fardo siempre listo”, le pedía su marido todos los días, “tenlo siempre preparado, por lo que pueda pasar”. Y es que en el fardo habían guardado todo lo que podrían necesitar en el caso de tener que huir corriendo de la buhardilla. Ni que decir tiene que en su interior había víveres, hierbas curativas, algunas herramientas, dos mantas de viaje y un odre que Dannu llenaba de agua limpia cada día. Por lo que pudiera pasar. Pero lo más importante se encontraba debajo del todo. Se trataba de un tesoro codiciado, de un objeto inofensivo en apariencia aunque capaz de volverse peligroso si cayera en manos inadecuadas...

En la escalerilla que conducía hasta la buhardilla desde el exterior se escuchó un crujido seco. Era una simple escalerilla de madera que les permitía subir a su casa sin tener que atravesar la planta baja, donde en esos momentos dormían los curtidores. Así todos tenían más intimidad, pero a Dannu le daba miedo por las noches. Le daba miedo que algún rufián pudiese subir allí mientras estaba sola con el niño.

Se escuchó otro crujido, y luego otro. A Dannu le desconcertaba el sonido del viento que a veces también hacía sonar la madera. Sin embargo, tenía la clara sensación de que alguien se acercaba. Tal vez habían prendido a su marido. Tal vez había llegado el día de cargarse el fardo a la espalda y salir corriendo de allí.

Se levantó de un salto. Iba vestida. Jamás se desnudaba hasta que llegaba su marido. Además, tenía enrollado en torno a los hombros y la cintura un jirón de tela que le servía para transportar a Erk, donde quiera que fuese. En apenas unos segundos era capaz de colocarse allí a su hijo y escapar con él. Se acercó a la parte de la cama en donde dormía el niño y fue a cogerlo en brazos justo cuando la frágil puerta de la buhardilla fue aporreada con poca delicadeza.

A Dannu le dio un vuelco el corazón. Iba a coger a Erk, pero fue otro impulso, también muy instintivo, el que imperó en ella. Así que alcanzó un cuchillo. Era un cuchillo que siempre dejaba sobre la alacena y que todos los días afilaba un poco. Cortaba como un colmillo de dragón. Y eso fue lo que pensó: rebanarle la garganta al primero que osara entrar en su casa.

Dannu temblaba y sentía frío y calor al mismo tiempo. No podía controlar el temblor de su brazo, ni las gotas de sudor frío resbalando por sus axilas y las palmas de sus manos, ni los agujonazos de dolor en su vientre.

—Por los dioses, Dannu... —se escuchó finalmente una voz masculina, exhausta y conocida—. ¿Quieres abrirme la puerta?

Entonces ella percibió el vago sonido de algún cascabel y se sintió idiota y ridícula. Era él, por fin.

—¿Dannu? —insistió el hombre desde afuera.

—¡Ya voy! —respondió ella de pronto, como si le hubiese costado reaccionar—. ¡Ya voy!

La mujer devolvió el cuchillo a su lugar y se apresuró a retirar los dos pestillos que custodiaban aquella puerta demacrada. Parecía una broma que aquella tabla de madera tan frágil fuera lo único que separaba la buhardilla del exterior. Cuando Dannu al fin abrió, tuvo que esforzarse para no gritar. Ante ella Nox Almafuego, el Juglar de la Noche, era incapaz de ocultar los restos de la paliza recién recibida.

—¡Kerión! —gimió Dannu al verlo—. ¡Kerión! ¿Qué te han hecho, mi vida?

El juglar del pelo naranja, Nox para algunos, Kerión para otros, entró en la buhardilla como si le persiguiera una jauría de lobos. Dannu se afanó en cerrar bien la puerta y después se acercó a él para examinarle la cara. Kerión tenía las mandíbulas hinchadas, la nariz rota, el labio partido, la piel manchada de sangre y la ropa hecha jirones. En cambio, conservaba su pequeña bolsa y su laúd. Antes de que Dannu pudiese seguir agonizando al verlo así, Kerión se rindió a su abrazo y la apretó con sus brazos, como rogándole silencio, pidiéndole que simplemente estuviera allí, para él. Ella se calló, comprendiendo que su marido estaba mucho menos grave de lo que

le había parecido. Él la acercó a su cuerpo y la olió, pues ella olía a su mujer. No a perfume, porque jamás había tenido dinero para comprarle. Pero olía a paz, si la paz se pudiera oler.

–Estaba muy preocupada –lloró–, pensé que esta vez...

–Nunca me cazarán, Dammu. Nunca me cazarán.

Kerión quería seguir abrazándola, no le apetecía dar explicaciones porque estaba demasiado cansado. Pero Dammu, muy al contrario, se separó de él y lo llevó diligentemente hacia los pies de la cama para que se sentara allí. Era necesario curar bien todas esas heridas antes de que pudieran infectarse. El juglar la obedeció sin oponer ninguna resistencia y ella acudió a la alacena y extrajo un par de botes llenos de unguento fabricado con grasa y plantas. Cuando se acercó de nuevo a su marido le hizo quitarse la camisa, y Kerión, prácticamente, solo tuvo que tirar de ella, pues aquello ya no era más que un pedazo de tela inservible.

–¿Qué ha pasado, Kerión? –le preguntó Dammu mientras le limpiaba las heridas de la cara con un trozo de paño de algodón. La inflamación del rostro del juglar había ido aumentando con el paso de la noche. Su piel blanquinosa estaba enrojecida y llena de marcas–. ¿Qué ha pasado, Kerión?

Dammu se impacientaba. Podía percibirse en su tono de voz, que se había vuelto seco, casi como de reproche. Kerión intentó sonreír con intención de apaciguarla, pero el dolor de sus encías se lo impidió.

–No quiero preocuparte, mujer...

–Soy tu mujer, exacto. Así que merezco que me cuentes la verdad.

Kerión suspiró. Podría haber estado más rápido y haberle mentido. Podría haberle dicho que había tenido lugar una pelea en la taberna, al fin y al cabo eso no era demasiado atípico por allí cerca. Sin embargo, tenía que contarle la verdad, al menos esa vez, pues lo que había sucedido podría repercutir en la seguridad de los tres.

–Me sorprendieron, Dammu. Me pillaron hablando de los Eternos.

Ella detuvo sus manos por un instante y lo miró fijamente, con la boca semiabierta. Aquello era muy grave. Desde luego.

–Explicate, Kerión... ¿Quién te prendió?

Aquella parte era la más comprometida. Dammu se asustaría, sin duda.

–Fue el propio Cara de Hierro –confirmó él. Dammu ahogó un grito de horror y dos lágrimas cruzaron sus pómulos a la vez que se llevaba una mano a la frente, con gesto de abatimiento.

–¿Cara de Hierro? –se lamentó, consciente de la trascendencia de todo aquello. Kerión asintió con la cabeza.

–Como lo oyes. Cara de Hierro estaba hoy en El Puente. Creo que lleva algunas lunas siguiéndome la pista. Es listo como una rapaz, el muy...

–¡Cara de Hierro! –repitió Dannu, sin dar crédito a sus oídos–. ¡Estamos perdidos, Kerión! ¿Él te ha hecho esto?

Kerión asintió. De nuevo su sonrisa sarcástica izó sus labios magullados como mejor pudo.

–Bueno, mujer, y todavía no has visto las marcas de los latigazos.

Dannu se llevó las manos a la boca para acallar un sollozo. Entonces se desmoronó y se dejó caer de rodillas sobre el suelo mientras lloraba y lloraba por la maldita suerte de su marido. Kerión se arrodilló junto a ella y le cogió las muñecas con delicadeza. A Dannu le gustaba la forma en que le prensaba la piel, con las yemas curtidas de sus dedos de músico.

–No te preocupes, mujer. No me descubrió por completo. No le confesé mi verdadero nombre, a pesar de la tortura. Menudo hijo de perra, qué fuerza tiene en las manos...

–No seas tonto, Kerión. Cara de Hierro es muy avisado. Aunque le hayas mentido, seguro que sospecha. Además, te ha visto la cara. ¿Dónde está tu máscara?

–Me la robó. Pero no le sirvió de nada.

–¡Kerión, por favor! ¡No seas tan activo! No creo que ni siquiera tú, con tu don, puedas persuadirlo.

–¡Oh, tendrías que haberlo visto! Fue divertido sacarlo de sus casillas –se rio el juglar. Pero a Dannu no le parecía divertido, así que este recuperó la seriedad–. Puede que no engañara a Úlfur Cara de Hierro. En cambio, engañé a un pez aún más gordo. Adivina...

Dannu no entendía nada, así que se encogió de hombros. Kerión seguía teniendo dibujada en su maltrecho rostro aquella media sonrisa socarrona.

–Runus Demhora, nuestro venerable señor feudal, se lo tragó absolutamente todo.

–¿Runus Demhora? Creía que estaba en Sarbhork... ¿Qué hace aquí?

Kerión negó con la cabeza. Parecía sentirse bastante despreocupado. Después de haber estado en las mazmorras con el monstruo de Úlfur, regresar a casa había disipado en su cabeza casi todos sus problemas.

–Yo tampoco sabía que Runus Demhora estaba aquí. Pero, en cualquier caso, fue un milagro que llegara. Si no, me habría caído la horca mañana.

Dannu siguió llorando sin hacer ruido. No entendía la manera tan jocosa en que Kerión podía explicarle todo aquello, como si su muerte no tuviera la menor importancia. Al fin y al cabo, él era así. Jamás se preocupaba demasiado

por nada, era como si mantuviese siempre una extraña fe en que todo le saldría a pedir de boca. Bueno, tenía fe y también tenía su don. —Ahora sigue contándomelo mientras te curo las heridas de la espalda —le ordenó Dannu levantándose a coger más paños y un poco de licor de las nieves que guardaban en una botella pequeña. Con ese licor se desinfectaban todas las heridas existentes.

Mas cuando se giró para ir hacia Kerión, este ya no la esperaba en el mismo lugar. El juglar se había sentado en la parte de la cama en donde dormía su hijo. Lo miraba con una devoción que pocos ojos humanos son capaces de irradiar hacia alguien.

—¡Oh, Kerión! ¿Quieres hacer el favor? —lo instigó Dannu—. Ven ahora mismo a que te ponga esto o lo lamentarás. Si se te infecta, te despertarás con fiebre.

Kerión la había escuchado. Por supuesto. Pero quería regodearse un poco más en la visión del bebé.

—Estoy mirando a mi hijo, mujer. Déjame un momento. Últimamente solo lo veo cuando duerme. Dentro de poco ya no se acordará de quién soy.

—No digas tonterías, Kerión. ¿Cómo no se va a acordar de ti?

Aunque lo cierto era que Kerión no pasaba apenas tiempo con el pequeño ni con ella. Se pasaba casi todo el día fuera de casa. Tenía que hacer cosas muy importantes, desde luego. Encabezar un levantamiento contra el régimen no era tarea fácil, en eso Dannu estaba de acuerdo y admiraba a su marido por su valentía y su capacidad de liderazgo. Pero lo echaba de menos. Demasiado. Si le hubieran preguntado a ella, quizás habría escogido una vida tranquila como la de los curtidores que vivían justo debajo de su buhardilla, con un padre de familia presente, al mando del hogar...

—Es un niño muy especial, ¿verdad, Dannu? Le he traído un poco de carne.

Dannu miró a Erk. Lo era, sí. Era su hijo. Su único hijo. Eso ya lo convertía en el niño más especial de Onhyria.

—Erk está aprendiendo a caminar —explicó ella—, hoy se ha soltado de mi mano.

—¿De veras? —se sorprendió Kerión intentando sonreír sin que le doliese la cara.

—Sí. Se ha caído un par de veces. Ha llorado, pero luego se ha levantado otra vez.

Kerión se hinchó de orgullo. Le apetecía tomar al niño en brazos, pero Dannu se enfadaría con él si lo despertaba. Y no con poca razón: luego tendría que volver a dormirlo ella.

–Erk, hijo mío –se limitó a decir el juglar–, eres sagaz y obstinado. Como tu padre, sí...

Kerión sintió las manos frías de Dannu apoyándose sobre sus hombros. Las tenía curtidas, duras, algo deformadas de tanto remendar cuero, pero sus caricias siempre eran maravillosas.

–Kerión, por favor. Deja ya al niño y ven a que te mire esa espalda. Siéntate en la silla.

Pero él no la estaba escuchando. Solo la deseaba. Dannu percibió en sus ojos negros aquella brizna de fuego capaz de encandilar a cualquiera que los mirase. En ocasiones era imposible resistirse a su voluntad. Dejó sobre el escritorio el licor de las nieves y los paños y se acercó a Kerión, despacio. –Mi vida... –susurró él cogiéndola por la cintura.

–Las heridas, Kerión –le recordó Dannu, intentando permanecer firme. Sin embargo, la tentación era muy fuerte cuando su marido estaba allí, pegado a ella, rebuscando con su boca bajo su pelo negro, lamiendo su cuello, mordisqueando su hombro izquierdo, desabrochándole la camisa mientras le desataba el jirón de cortina vieja que servía para llevar a Erk y lo dejaba caer al suelo sin más.

–Después, mujer. Después...

–Pero... –replicó ella, vagamente, en un último intento por oponerse.

–Estoy bien, Dannu. No te preocupes por mí. Estoy bien.

Entonces Kerión la llevó a la cama. Eso era lo que necesitaba: consuelo, refugio, calor, placer, amor... Necesitaba a Dannu.

Los ojos marrones

Úlfur salió del templo viejo de Maldivia. Había pasado gran parte de la tarde allí dentro. Necesitaba rezar. Era un hombre muy devoto, fiel y leal a su diosa. Él mismo había pasado doce eras en el campo de batalla por ella, por expandir su reinado, la verdadera fe, la que salvaría al mundo de caer en las sombras. Por ese motivo, cuando no se encontraba a sí mismo iba allí. Esas veces se vestía con discreción, con mucha sobriedad, de colores oscuros. Se ponía su capa negra y su antifaz de plata, el distintivo de los nobles, pues los ciudadanos de a pie los llevaban de cuero. Pero lo cierto era que, ricos o pobres, todos los habitantes de Maldivia se cubrían el rostro para salir de casa.

En las calles llovía y ya había oscurecido. No era una lluvia demasiado intensa, sino solo un poco molesta para quienes tenían que caminar a esas horas por la ciudadela. Aunque a Úlfur no le importó, pues el lugar al que se dirigía no quedaba demasiado lejos.

Dejó el templo a sus espaldas. Le daba pena que pronto fueran a cerrar aquel edificio, pues era allí donde había ido desde pequeño con su padre a consagrar su fe. Pronto ese antiguo lugar de culto quedaría a disposición privada de los sacerdotes en cuanto se inaugurase el nuevo gran templo de Maldivia, que llevaba construyéndose desde hacía casi cincuenta eras, esto es, desde que el difunto Nuin Dembora heredó de su abuelo la ciudadela.

Llegó a la plaza porticada. La lluvia había convertido los charcos en auténticos regueros de basura al mezclarse con los restos del mercado de la mañana. A esas horas y con ese clima no había nadie en la plaza, solo Úlfur, un jinete que la cruzaba en la dirección contraria y la horca, vacía. El alcaide habría dado lo que fuera porque el cuerpo de ese juglar de pelo naranja estuviera colgado allí desde primera hora de la mañana. Solía dejar a los ahorcados durante un día entero para que su visión sirviera de escarnio

y amonestación al resto de ciudadanos. Su padre, Eléus Cara de Hierro, se lo había enseñado así.

Salió de la plaza. Dos soldados a caballo se cruzaron con él, saludándole con mucho respeto cuando estuvieron a su altura. Úlfur les devolvió el saludo y continuó su camino. Aquellas calles estaban pavimentadas y en ellas los ciudadanos más acaudalados habían levantado sus lustrosos caserones. Había luces naranjas tras las ventanas y cualquiera en su sano juicio estaría metido en su casa en ese instante, disfrutando del calor del fuego y de la compañía de su familia. Úlfur no tenía familia, y el color de la lumbre le recordó una vez más al endiablado juglar blasfemo. No, no estaba loco. Tenía fuego en los ojos, estaba seguro de que lo vio.

Pronto llegó a la altura del puente colgante, un puente de madera y cuerda que dividía Maldivia en dos partes. El proyecto de echarlo abajo para construir uno de piedra, en condiciones, siempre se posponía por algún motivo.

Allí comenzaba el pantano, colonizado por los humanos que habían edificado sobre las aguas en un intento desesperado por escapar de los inhóspitos bosques del Norte para acercarse a la gran ciudadela. Las aceras pavimentadas de la zona de los ricos terminaban en la orilla del pantano para confluir todas en aquel único paso. A pesar de la lluvia, había dos barqueros esperando algún cliente en el pequeño muelle. Entonces Úlfur llamó la atención de uno de estos, haciendo un gesto con la mano, y se acercó. Él y el barquero se saludaron como se saludan los desconocidos en una noche fría. Después, Úlfur le dio al barquero tres monedas, tres espadas de cobre, y este se las guardó bajo su capa andrajosa. Lo siguiente fue preguntarle a dónde quería ir.

—Al Carcaj —pronunció, parco.

Y el barquero comenzó a remar. Los barqueros jamás hacían preguntas. Luego, Úlfur se acomodó como mejor pudo en la barcaza. Siempre que salía de la fortaleza lo hacía con Tenebra, su espada, especialmente si tenía que ir al otro lado del puente. Las gotas de lluvia salpicaban sobre la superficie del pantano y las aguas sobre las que navegaban a menudo olían mal, así que Úlfur arrugó la nariz hasta que se acostumbró al típico hedor de Maldivia. Después miró al barquero: su máscara le cubría casi toda la cara, estaba hecha de cuero gris y en otro momento lució algunos detalles de color azul, pero el tiempo los había desteñido. Por debajo de la máscara solo se veían su boca cerrada y su barba sucia.

La barca se alejaba del puente, hacia el Oeste de la ciudadela. El pantano llegaba a casi todas las callejuelas dividiéndose en canales cuando se

aproximaba al otro lado. Úlfur conocía de sobra el camino. Habría podido llegar él mismo de no haber barquero. Por aquella parte los desperdicios se amontonaban en las esquinas, siendo el festín de las ratas. Paja podrida y heces cubrían los estrechos pasos de piedra que servían para desplazarse a quienes iban a pie. Evidentemente, era más cómodo viajar en barca por allí, pero eso era algo que no todos los habitantes de Maldivia podían permitirse.

Doblaron una esquina. Había un hombre en el suelo. Un hombre demasiado quieto como para seguir vivo. Úlfur quería solucionar los problemas de su feudo, pero no sabía cómo. La única herramienta que tenía era la dureza. Fomentar las sentencias de muerte y las torturas para acabar con los malandrines que vivían por allí era su única opción. En cualquier caso, los soldados se encargarían de llevar a ese cadáver a incinerar. Pero eso sería al día siguiente. Esa tarde estaba de descanso.

Giraron a la derecha. Una mujer y dos niños recogían agua del pantano con un cubo. El alcaide se llevó las manos a la cabeza. El agua del pantano no se podía beber, ¿cómo podría conseguir que la gente lo entendiese? Había tres fuentes en la ciudadela que manaban agua pura y limpia. Los que bebían agua de pantano terminaban muriéndose. Quería cuidar de sus vasallos, aunque parecía que eso quedaba fuera de su alcance. Le dieron ganas de gritarle a esa mujer: “¡Dad agua limpia a vuestros hijos!”. Pero esa tarde estaba de descanso. No podía más.

—El Carcaj, señor —lo avisó el barquero para indicarle que el viaje había terminado.

Úlfur se levantó y saltó de la barcaza sobre la estrecha calzada. Apenas había hueco en ella para dos personas que caminasen juntas. Entonces se sacó otras tres monedas.

—Dentro de una hora te necesitaré aquí —le ordenó al barquero entregándole el dinero. Este asintió con la cabeza.

—Así será, mi señor.

Los barqueros siempre cumplían su palabra. Después, este se alejó, desahaciendo el camino que lo había llevado allí, solo que ahora regresaba con la barcaza vacía al punto de partida. Úlfur lo vio girar la esquina y luego se dirigió a la puerta de El Carcaj, que quedaba a unos pasos de él, en el fondo del estrecho callejón. Junto a la puerta del lugar, sentado sobre un tonel roto, un vagabundo tocaba la mandolina. Su grotesca máscara tenía la nariz enorme, como un tubérculo mal formado, y le faltaban trozos de cuero. Pero su melodía sonaba hermosa. Algo hermoso en medio de aquel infierno merecía ser recompensado, y por eso el alcaide le dio una espada de cobre.

El hombre de la mandolina lo reverenció con la cabeza, sin dejar de tocar, y Úlfur empujó hacia adentro la puerta de El Carcaj.

El Carcaj era una taberna como cualquier otra. No era bonita, ni estaba cuidada, ni se servía en ella ningún plato especial de la casa. Los cuencos y las copas eran de madera o de metal. Las mesas estaban limpias. El licor de las nieves era el mismo que el de la taberna de al lado. Los precios de las cenas y las comidas también eran similares a los de otros sitios. En cambio, Úlfur iba todas las semanas, por lo menos un día. O más veces si se sentía perdido.

La primera vez que fue allí era el día en que cumplía quince eras. Se juntó con cinco o seis amigotes del castillo, casi todos hijos de militares amigos de su padre. Cenaron juntos, bebieron hasta reventar y agarró su primera borrachera. A la mañana siguiente su padre, avergonzado, lo recogía en el muelle, al otro lado del puente. Cuando se recuperó de la cogorza, Eléus le dio una paliza tan grande que se pasó otros dos días tumbado en la cama, sin sentido. “¡Hay vino y zorras en el castillo!”, gritaba enfurecido su progenitor, “¡Los Cara de Hierro no nos divertimos en los suburbios!”.

Habían pasado diecisiete eras desde aquel día, aunque todavía le dolía un poco el cuerpo al recordarlo. Riéndose para sus adentros al acordarse de Eléus, buscó una mesa. Le gustaba la de la esquina, procuraba sentarse en ella cuando iba, pero esa noche estaba ocupada por tres hombres con máscaras de cuero. Le fastidió tener que elegir otra.

—Mi señor —lo saludó el tabernero con cortesía en cuanto se acercó a él—, ¿qué ponemos?

El tabernero llevaba la cara descubierta. Al fin y al cabo, El Carcaj era su casa. Le faltaba mucho pelo por la parte de encima de la cabeza, pero le crecía abundante desde la nuca y las patillas. Tenía un hoyo en la barbilla y en su sonrisa quedaba el hueco de dos dientes. Úlfur, con buenos modales pero sin perder su altivez, respondió:

—Lo de siempre, por favor.

El tabernero asintió, con naturalidad, y se retiró. Entonces el alcaide examinó todo a su alrededor. Había un juglar tocando la flauta. Otro lo acompañaba con un pandero. No tenían demasiado talento, pero su ruido hacía el silencio un poco menos agrio.

La mitad de las mesas estaba vacía. Según avanzara la noche, la taberna se llenaría un poco más. Solo un poco más. Mejor así. A Úlfur no le gustaban las aglomeraciones. Las conversaciones de los otros comensales eran bastante corrientes y todavía no había ningún cliente borracho.

—Mi señor —le dijo el tabernero poniendo sobre la mesa una jarra llena hasta arriba de cerveza. Era negra y estaba tibia.

—Muchas gracias —respondió Úlfur, como siempre, aséptico en el trato. Era conveniente que los plebeyos supieran que los nobles les quedaban por encima en la escala social, y para prevenir contratiempos convenía tratarlos siempre con distancia.

Ahora que ya estaba sentado en El Carcaj con su jarra, Úlfur se quedó en silencio y pensativo, mojado sus labios con aquella cerveza ahumada. Cuando se la tragaba, permanecía en el fondo de su lengua un agradable sabor a madera de roble.

Había dos mujeres por allí. El Carcaj no era ningún burdel, pero a veces lo frecuentaban mujeres de las calles. Una era rubia y tenía una sonrisa obscena, la otra tenía el pelo negro y los pechos de una diosa. Aunque ninguna tenía los ojos marrones.

—¡Echa un leño, que se está apagando el fuego! —le gritó el tabernero a su hermano. Úlfur salió de sus ensoñaciones. En ese momento, otro hombre muy parecido al tabernero, solo que con más pelo en la cabeza, se acercó a la chimenea y avivó las llamas con un par de troncos secos que había al lado, en una cesta de mimbre apoyada en el muro.

—¡Siempre te digo que no la dejes apurar hasta el final! —lo reprendió el tabernero.

—¿Y qué hago? —se defendía el otro—. ¿Dejo que se queme el asado?

El otro hombre le respondió, irritado. Sin embargo, la discusión entre ambos pasó a convertirse en una nube de vago rumor para Úlfur, que tenía muchas otras cosas en las que pensar. De pronto, se abrió la puerta y entró otra mujer. Úlfur levantó los ojos con el corazón ligeramente acelerado, pero aquella iba acompañada por un hombre de máscara metálica. Otro noble, sin duda. Además, aquella tampoco tenía los ojos marrones.

El alcaide ya se había acostumbrado a esa sensación de fracaso. Era así siempre que iba al Carcaj. Se sentaba creyendo que esperaba a alguien pero luego se marchaba tras haberse pasado una hora perdiendo su tiempo.

—No, está ocupada, hoy no se puede subir —le explicó el tabernero a un cliente, cruzado de brazos delante de una escalerilla. Este iba con la mujer rubia, que miraba al tabernero con gesto de desprecio. Pero el dueño de El Carcaj no parecía dispuesto a ceder, pues algún otro cliente se habría alojado esa noche en la segunda planta, alguien que pasaría la noche entera y que además pagaría desayuno. Solo un idiota rechazaría a un huésped así.

Mientras el tabernero se quitaba de la vista a aquellos dos infelices, Úlfur miró la escalerilla. Allí arriba, en la sucia buhardilla de una taberna desaliñada, se había convertido en hombre. Y había estado con ella. No tenía recuerdos nítidos, quizás sucedió mientras iba borracho. En cambio, sabía que era allí. La joven de los ojos marrones... Pero, ¿dónde estaría ella ahora? ¿Por qué nunca volvía por El Carcaj?

Al final se levantó y pagó al tabernero. Todas las veces le dejaba propina, una propina abundante.

—Mí señor, muchas gracias —solía responder el tabernero deshaciéndose en palabras de gratitud—. Volved cuando queráis.

Entonces Úlfur salió de la taberna. El tipo de la mandolina se había marchado. Ahora llovía más, pero el barquero estaba allí, como un clavo, sin protestar por las desavenencias del clima.

—De vuelta —no tuvo más que ordenar el cacique.

Y el barquero, en completo silencio, comenzó a remar para devolverlo al punto de partida, al otro lado del puente de Maldivia. Úlfur no quería llegar tarde a su cita con Runus, quien ya estaría en sus aposentos aguardando su visita, esperando sus disculpas.

Runus Dembora

—Llegas pronto —afirmó Runus abriendo la puerta de su cámara privada antes de que Úlfur la golpease con los nudillos. Este dudó de si debía marcharse y regresar más tarde, pero la cálida sonrisa de Runus le hizo saber que bromeaba—. Pasa, amigo. Estás empapado.

El aire caliente y aromático que reinaba allí dentro sentó a Úlfur como una caricia. Runus llevaba ropa cómoda e iba descalzo. Al parecer no tenía pensado salir de allí hasta el día siguiente. Tampoco llevaba la máscara puesta. Su rostro, a pesar de las inclemencias de la batalla, del hambre y la miseria que había soportado en las campañas, a pesar de las bolsas en los ojos y las marcas de cansancio crónico, era amable, parecía la obra de un escultor cuidadoso. La guerra, al fin y al cabo, se había apiadado de él en varias ocasiones.

—Siéntate junto al fuego, Úlfur. La noche hoy es fría.

—Las noches son frías, Runus —respondió el alcaide, sin demasiado ánimo, mientras se quitaba el antifaz de plata.

Runus se rio. Su risa era fresca y relajada. Luego ofreció una butaca a Úlfur y le cogió la capa y la máscara para dejarlas en el perchero de la entrada.

—¿De dónde vienes, si puede saberse? —le preguntó. Úlfur se encogió de hombros. Se quitó las botas porque tenía los pies húmedos y las dejó cerca de la lumbre. Las alfombras del suelo eran de una suavidad inconcebible. En realidad, la cámara de Runus estaba toda colmada de lujo, pues él era el verdadero dueño y señor de Maldivia. La luz llegaba tenue y rojiza; el sonido del fuego se escuchaba envolvente.

—Estuve en El Carcaj —confesó Úlfur. Apenas tenía secretos cuando se trataba de su amigo Runus, a quien, por cierto, echaba de menos. Demasiado.

—El Carcaj... —repitió el señor de Maldivia, tomando asiento cerca de su invitado. Se produjo un silencio incómodo. Runus tenía curiosidad. Úlfur estaba frustrado—. ¿Has sabido algo de ella?

Úlfur suspiró y giró la cabeza hacia otro lado. No podía soportar que nadie, ni siquiera Runus, pudiese ver algo de tristeza en su mirada sombría.

—No —resolvió—. Hoy tampoco la vi.

Runus se cruzó de brazos y se apoyó cómodamente sobre el respaldo de su butaca. Sobre la repisa de la chimenea había colgado un tapiz donde se retrataba a algún antepasado suyo, un hombre vestido de caballero. Úlfur pensaba que incluso aquel tatarabuelo desconocido desprendía el aire benévolo que también había heredado su fiel amigo, algo que, desde luego, no iba en absoluto con los Cara de Hierro.

—Úlfur, ¿no crees que deberías olvidarte ya de ella? Solo la viste una vez, ni siquiera recuerdas su nombre. Además, tú solo eras un crío desatado. Ya han pasado diecisiete eras. ¿Sabes cuántos hijos puede engendrar una mujer en ese tiempo? No querrás cargar con todo eso, ¿verdad?

Las palabras de Runus hirieron el recio corazón de Úlfur, pero este no quiso que se diera cuenta. Por ese motivo, su gesto permaneció impenetrable. No quería enfrentarse a esa verdad, aunque admitía que su amigo llevaba toda la razón.

—Sí, supongo que debería desistir, Runus. Qué insensatez la mía.

—Tendrías que casarte, amigo. Ya vas entrando en edad. Además, la guerra terminó hace dos lunas. No tienes excusa, Úlfur.

Úlfur quiso replicar, pero Runus prosiguió:

—Hay mujeres nobles de sobra aquí. En los suburbios solo te encontrarás alguna enfermedad incurable si sigues mezclándote con esas rameras.

—Yo no quiero casarme, Runus. No seas antiguo.

—¿Antiguo? —se sorprendió el señor de Maldivia—. Necesitas una mujer.

—¿Me estás diciendo que me case cuando tú ni siquiera estás comprometido?

—¡Bah! Yo tengo un imperio que dirigir. Por cierto, hablando de mujeres, ¿sabes quién llegará dentro de unos días?

Úlfur dudó. No sabía qué tenía que ver eso con él.

—Elébora de Tésel —resolvió al fin Runus, con la esperanza de que a su amigo le pareciese una gran noticia. Pero la perplejidad de Úlfur le demostró

que no era así—. ¿Es que no te alegras? Hubo algo entre vosotros una vez, ¿no es verdad?

—¡Oh, Runus! Eso pasó hace mucho tiempo, antes de que empezara la guerra. Además, solo fue una noche.

Úlfur no deseaba hablar más de aquel tema, pero Runus no tenía intención de rendirse. A pesar de todas sus virtudes, tenía el molesto defecto de intentar arreglar las vidas de los demás sin contar con su aprobación.

—Elébora sigue soltera, Úlfur.

—Pero, ¿no tenía una hija?

Runus se quedó contrariado. No recordaba ese detalle. Un detalle importante.

—Bueno, eso no significa nada. Ni siquiera se sabe quién es el padre.

Úlfur y Runus se miraron de pronto, pensando en aquello último que habían dicho. Entonces, el señor de Maldivia se rio, burlón, mientras Úlfur se apresuraba a darle una explicación.

—Tranquilo, amigo —lo cortó Runus—. Elébora ya era madre cuando intimaste con ella. Es imposible que...

—¡Menos mal!

Se rieron juntos. Hacía tiempo que Úlfur no se reía con nadie. A menudo le habría gustado que Runus pasara más tiempo en Maldivia, con él, sin embargo, aquel tenía que cuidar de otros muchos territorios.

—¿A qué se debe la visita de los Tésel, Runus? —preguntó intrigado. Al margen de su romance de juventud con Elébora, suponía que algún motivo importante los traería a ella y a su hermano hasta Maldivia, pues tenían que recorrer una vasta distancia. En ese preciso instante, la expresión distendida de Runus se tornó bastante más sensata.

—Precisamente por eso te he hecho venir a mi cámara.

—¿Cómo? —se extrañó Úlfur—. Creí que había venido a pedirte disculpas por mi comportamiento.

El Señor de Maldivia le clavó sus ojos, castaños y redondos. Albergaban generosidad, mejor dicho, la derrochaban.

—Si tocas para mí, aceptaré tus disculpas.

—¿Qué?

Runus se levantó y se acercó a un armario enorme de madera de olivo tallada, un armario tan viejo como aquel castillo. Abrió una de sus varias puertas y comenzó a rebuscar algo mientras Úlfur lo escrutaba, confuso. De pronto, Runus se giró: tenía un laúd en las manos.

—Anda. Toca para mí, amigo. Hace tiempo que no te escucho.

Úlfur aceptó el trato y cogió el laúd de Runus: era una hermosa obra de artesanía, con clavijas de oro y filigranas delicadamente talladas sobre la caja. Le sopló el polvo y se acomodó en la butaca para tocar alguna pieza. En el fondo, a él también le apetecía. Pero cuando intentó articular el primer acorde, un sonido inarmónico fue lo único que salió de sus dedos.

—Runus, esto suena como un gato en celo.

—Vaya... Debe de estar desafinado. Me lo regalaron cuando era pequeño. Y te confieso que jamás aprendí a tocarlo. Tenía la esperanza de que tú me enseñaras.

En efecto, aquel laúd estaba frío y rígido, pues nadie jamás lo había acariciado lo suficiente, así que Úlfur decidió afinarlo. Mientras lo hacía, Runus recorrió el cortinón de su ventanal: no demasiado lejos del castillo se distinguía la portentosa silueta del nuevo templo de la diosa, cuyas puertas muy pronto se abrirían a los fieles.

—¿Verdad que es increíble? —opinó Runus, sobrecogido al contemplar aquel edificio. En la oscuridad de la noche tan solo se distinguía la forma de sus cúpulas y arbotantes. Era durante el día cuando se podían apreciar sus vidrieras, sus arcos apuntados, sus cornisas llenas de estatuas talladas. —Yo mismo estoy asombrado con el resultado —añadió Úlfur—, tu padre estaría orgulloso.

Runus asintió. Su padre puso la primera piedra de aquella obra maestra con la intención de crear un nuevo imperio de fe. Ahora estaba muerto.

—Estoy ansioso por verlo terminado —dijo el alcaide, girando una de las clavijas del laúd.

—No queda mucho, amigo. Tan solo espera unos días.

Úlfur arqueó una ceja, intrigado.

—¿Cómo que unos días? Pensaba que quedaban todavía algunas lunas para que los aparejadores lo dieran por finalizado.

—Y eso es verdad, todavía faltan muchas cosas por acabar. Pero dentro de unos días la nave principal se abrirá a las gentes de Maldivia. Eses el motivo de que los Tésel estén en camino.

—Entonces, ¿vienen a la inauguración del templo?

Úlfur tocaba las cuerdas del laúd cada poco para comprobar que ya sonaba en condiciones. Esta última vez el sonido fue bastante aceptable, aunque siguió ajustando las clavijas porque le gustaban las cosas bien hechas.

—Hay más, querido amigo —le prometió Runus—. He mandado llamar a todos los alcaides de las tierras conquistadas durante la guerra, entre los cuales te incluyo, por supuesto. He decidido que os nombraré Duques, así

que vuestra investidura se hará en el nuevo templo, con la gracia y bendición de la propia diosa, ¿qué te parece?

Las manos de Úlfur se habían quedado de repente tan quietas que casi se le escurrió el laúd. Tenía la boca entreabierta de asombro y no encontraba las palabras adecuadas. Aquello era mucho más de lo que nunca había imaginado.

—¿Duques?

Runus, sonriéndole, asintió.

—Unos hombres que tan bien me han servido durante doce eras de guerra no merecen menos que eso. Creo que te quedará bien el título.

Llovía a cántaros cuando, de pronto, el estallido de un relámpago sonó muy cerca de la cámara de Runus, que ocupaba casi la parte más alta de la torre del homenaje. El Señor de Maldivia volvió a echar los cortinones porque entraba frío en la estancia y luego se aproximó a una licorera. De allí extrajo una botella redondeada y sirvió dos copas: una para su invitado y otra para él mismo.

—Runus —le preguntó Úlfur con cierto reparo—, ¿tendré que marcharme de Maldivia?

Cuando terminó de hacer la pregunta, su señor le tendió una de las dos copas. Úlfur dio un trago y la dejó sobre una mesilla. Tenía que seguir con el laúd.

—¿Acaso piensas que te voy a castigar alejándote de aquí, desterrándote a los territorios periféricos? ¡Oh, Úlfur! Que seas un cascarrabias no quiere decir que te vaya a sentenciar por ello.

Úlfur rio. No demasiado. Sus sonrisas eran breves, puntuales. Él era un hombre serio, árido.

—Serás el Duque de Maldivia, Úlfur Cara de Hierro —le reveló al fin Runus. El alcaide de nuevo se sorprendió. Desde luego, aquella noche marcaría un antes y un después en su vida.

—Pero... —dudó—. Pensé que tú te quedarías en Maldivia. Es la tierra de tus antepasados. La ciudadela más prestigiosa de todas cuantas ahora posees. —En cambio —matizó Runus—, habéis sido vosotros, los Cara de Hierro, quienes la habéis cuidado durante las últimas setenta eras. Y la habéis cuidado de maravilla.

Úlfur había terminado de afinar el laúd. Ahora ya sonaba mucho mejor, no tan bien como el suyo, pero le serviría. Comenzó a tocar sus cuerdas con mucha suavidad, ambientando el encuentro con una melodía sutil y lánguida.

—Verás, amigo mío —prosiguió el Señor de Maldivia—, cinco son los grandes núcleos que ahora mismo erigen mi imperio. Sailurk el Voraz re-

genta como nadie las inhóspitas tierras de Gélida. Allí ha sometido a las tribus del lugar, que ya trabajan para él, sobre todo en la caza de dragones. Fehu Sangreblanca ha ejercido como un alcaide audaz en Zéndelbhork, al Sur. Domina el puerto entero y varias de las flotas mercantes. Krémbedh de Tésel controla la Isla Dorada y el resto del Archipiélago del Oeste como si hubiese vivido en ellos toda su vida. Y luego estás tú, aquí, en Maldivia. Sería un imbécil si os cambiara de lugar ahora que los cuatro estáis tan bien asentados.

—Entonces, ¿qué harás tú? ¿Te quedarás aquí para gobernar junto a mí? Así podrás controlar mejor mis sentencias de muerte.

En la sugerencia de Úlfur vivía un halo de esperanza. A pesar del sarcasmo, no deseaba nada más que tener a Runus cerca en aquella inmensa y desoladora ciudadela, pues este era el único capaz de devolverle la cordura en sus momentos de ofuscación.

—Amigo —anunció el Señor de Maldivia con el mismo sentimiento que su compañero—, sería afortunado si pudiera quedarme aquí, contigo. Pero yo tengo que continuar en Sarbhork. Mi madre me necesita cerca. La situación en el Continente del Sur es muy inestable. Esos *féeros* del demonio son imposibles de someter. Allí continúa la guerra.

—Runus, entonces, ¿qué hay de tu hermano? ¿No lo vas a nombrar Duque?

Las palabras de Úlfur hicieron brotar en el apacible rostro de Runus una chispa de rencor, y el alcaide dejó de tocar el laúd.

—Ese ingrato todavía no ha sangrado lo suficiente. Un ducado le queda demasiado grande.

Úlfur también lo sabía. Leviath Dembora era el hijo más pequeño del difunto Nuin: tres hermanas lo separaban de Runus en edad. Pero Leviath no era como Runus. No. No había heredado aquel carácter honrado y magnífico. Y eso sería un problema el día en que se enterase de que su hermano mayor no había contado con él. Un día que estaba cerca, por cierto.

—Leviath será enviado con las tropas a Léyrembhork, un territorio que está aún por conquistar, al Este de Sarbhork. Cuando lleve doce eras de guerra en el cuerpo, entonces hablaremos de ducados.

Runus apuró su copa y se acercó a la chimenea para calentarse las manos. Hablar de su hermano de sangre le había puesto nervioso. Pero la decisión ya estaba tomada. Ahora solo tenía que decírselo.

—Úlfur, amigo —se giró—, todo esto que acabo de contarte no lo sabe nadie más que tú. ¿Entiendes? No confiaría a otra persona un secreto como este.

No hacía falta que el alcaide le respondiese ni que le prometiese lealtad. Era obvio que guardaría silencio, sin más. La complicidad que existía entre ambos se había forjado durante muchas eras de batallas. Muchas eras durante las que lucharon espalda con espalda, protegiendo la vida del otro con más esmero que la propia.

Runus se sentó de nuevo. Todo aquel asunto de los ducados lo tenía un poco revuelto, así que alcanzó la botella de la mesilla y se sirvió otra copa. —¿Puedes seguir tocando, amigo mío?

Úlfur asintió. Comenzó a mover los dedos entre las cuerdas del laúd cuando Runus lo interrumpió.

—¿Podrías cantar para mí? Hace mucho tiempo que no oigo tu voz.

Lo pidió con tanta pasión que a Úlfur le fue imposible negarse. Su don para la música y el canto era algo muy poco usual en un guerrero de su rango. Era un regalo de su diosa, era casi un milagro.

—Está bien —accedió.

Bajo las grandes manos de Úlfur, las cuerdas del laúd comenzaron a vibrar para dar paso a una melodía que entrañaba tristeza. Y su voz, melancólica y doliente, entonó una canción trágica.

Las gestas pasadas

*Hay tantas batallas libradas.
Hay tantas dignas de mención.
Proezas y gestas que hicieron
a muchos probar su valor. Y otras tantas su honor.
Juglares y bardos las cuentan.
Historias de espada y carmín.
Para que las crea el que quiera
hay una que dice así.
En las tierras yermas
mora Zarkba el Viril.
Un infierno blanco,
una tumba en la que morir.
¿Los oyes bajando
dispuestos a atacar?
Sus ojos cegados*

*nos sienten en la oscuridad.
Yo te cubriré la espalda.
Es algo que no has de olvidar.
Los soldados emparejados
dan la vida por su igual. Estrategia militar.
Como hermanos luchan.
Saben que no han de ceder.
Las espadas chocan
por a los suyos defender.
Ya no sienten frío.
Se compenetran bien.
Uno es impulsivo
y el otro trae la sensatez.
Dejando al resto
y viendo a Zarkha el Viril,
un guerrero sale
para darle fin.
La bestia atraviesa
su pecho y él ve
a su diosa acudir junto a él.
De nuevo con vida no dudara en combatir
y dar muerte aquella alimaña:
Zarkha el Viril.*

Úlfur acabó. No recordaba en qué momento de su vida había compuesto esa estúpida canción. Se sintió como un adolescente buscando a una mujer que no existía. Entonces miró a Runus: su sonrisa era pura gratitud.
—Gracias, amigo mío. Gracias.

Las máscaras de cuero

De vez en cuando, a Dannu Mirto se le caía la cabeza sobre la bota que estaba remendando en el taller de los Buitre. Aquella maldita bota era gigantesca, no se terminaba jamás. “¿A quién pertenece? –rumiaba Dannu para sus adentros-. ¿A un gigante?”.

–Te ha dado mala noche el crío, ¿eh? –le preguntó Córigh Buitre, el cabeza de familia, que cortaba unos retales de cuero sobre un banco de trabajo. El hombre era alto y zancudo, de hombros caídos y cuello largo. Tenía la piel rojiza y sus diminutos ojos se adivinaban azules en contraste con su encendida tez.

–Sí –respondió Dannu frotándose los ojos–, se despertó muchas veces.

–Pues es extraño, porque no lo oí llorar.

–Eso es porque tus ronquidos no te lo permitieron, Córigh.

El veterano Córigh se rio. Dannu era para él como una hija más del clan, así que no se ofendió por su osadía. Era una más de la familia Buitre. Mientras tanto, cerca del fuego, Erk dormía plácido sobre unas mantas y el viejo Buitre lo miró enternecido. Le apetecía cogerlo en brazos, pero si lo hacía y lo despertaba, Dannu se enfadaría con él. Ya le había ocurrido en una ocasión.

–Míralo, qué pilluelo –dijo–. Toda la noche molestando a tu madre y ahora tú puedes dormir y ella no. Cuánto sabe este niño..

Dannu sonrió, resignada. De hecho, Erk dormía muchísimo. A veces hasta tenía que despertarlo para que comiera, porque le daba miedo que pudiera desnutrirse: tenían tan poco... De hecho, aquella noche Erk no se había despertado ni una vez. En absoluto. Si Dannu apenas había dormido era porque Kerión tenía fiebre y se quejaba del dolor de los latigazos. Cuando llegó después de haber sido torturado no quiso que ella se los curara, y ahora

llevaba tres días y tres noches tumbado en la cama, arriba en la buhardilla, casi sin poder moverse. Y Dannu, que lo amaba, se pasaba las noches en vela, preparándole bálsamos y dándole masajes.

—Anda, hija —sugirió Córigh—, termina con eso y márchate. Es casi mediodía y Adra y las niñas deben de estar recogiendo ya el puesto del mercado.

—No te preocupes por mí, Córigh. Te lo agradezco, de verdad. Pero me gusta hacer bien mi trabajo.

Córigh arqueó las cejas y ladeó la cabeza. Ni siquiera insistiría, pues Dannu era tozuda como una mula. Aquella continuó arreglando la bota de gigante. Aún le quedaba la pareja. Además, estaban duras como la piedra, pero pocos trabajos en aquel taller se resistían ya a la fuerza de sus manos.

Al fin y al cabo, no se estaba tan mal allí dentro. No hacía frío mientras el fuego estuviera encendido, pues este apaciguaba la sensación molesta de humedad que había en las plantas bajas de las casas de Maldivia. En el taller había tres bancos de trabajo y uno era el suyo. Allí, en una caja de madera, Dannu guardaba sus agujas, los dedales, las bobinas de hilo encebado y algunas tachuelas. También tenía, aunque menos, hilos de colores, los mismos con los que había trenzado los amuletos que aguardaban bajo su almohada.

De pronto se escucharon voces afuera, en la calle. Se reconocía el final de una conversación y luego siguió un par de despedidas sin demasiada trascendencia. Finalmente se abrió la puerta. Era Úrigh, el hijo mayor de los Buitre, la viva imagen de su padre solo que sin canas. Úrigh, que llevaba una máscara de piel grisácea rectilínea y poco llamativa, cargaba con enormes pedazos de cuero curtido, así que su padre corrió a ayudarlo. Tenían que colgarlos de las vigas, lejos del suelo, para que no se enmohecieran.

—Este es muy bonito, ya lo creo... —opinó el viejo Córigh sosteniendo un retal de piel vuelta. Antes de que nacieran sus hijos, el señor y la señora Buitre curtían su propio cuero en el taller, sin embargo, en cuanto ella se quedó embarazada por primera vez, suplicó a su marido que a partir de entonces comprasen los retales ya preparados porque no podía soportar su hedor.

—Hola, Dannu —la saludó Úrigh, con una sonrisa tímida y desviando la mirada para no encontrarse con la de ella.

—Hola, Úrigh —contestó Dannu con amabilidad.

Lo siguiente sería preguntar por el niño.

—¿Cómo está Erk?

Dannu siempre respondía lo mismo.

—Pues muy bien. Míralo, qué bien vive.

Entonces Úrigh se acercaba un poco y contemplaba al bebé. A Dannu le apenaba ese fugaz instante. Sabía que Úrigh la había pretendido desde que llegó a esa familia, pero jamás se atrevió a decírselo. Luego, como por arte de magia, Kerión apareció en su vida. Tenía diez eras más que Úrigh y que ella, pero Dannu no pudo resistirse a su encanto. El día que Kerión se fue a vivir con ella a la buhardilla, a Úrigh se le rompió el corazón en mil pedazos y se pasó tres lunas enteras casi sin hablar con nadie. Seguía soltero.

—Es un niño precioso —resolvió el joven curtidor cuando ya se levantaba—. Se nota que ha salido a su madre.

Esos breves arrebatos de osadía le hacían gracia a Dannu, que sonreía. Úrigh también lo hacía, pero sin dejar de mirar al suelo. A veces Dannu se preguntaba cómo habría sido todo si en lugar de elegir a Kerión se hubiera casado con Úrigh. Su vida sería más o menos igual que ahora, solo que podría pasar más tiempo con su marido porque ambos trabajarían de día. Con el paso de las eras se convertirían en algo muy parecido a los señores Buitre, llevarían una vida apacible y tendrían lo necesario para vivir. Nada más. Nada más podría darle el pobre Úrigh. Nada que se pareciera a lo que le daba Kerión. El mero hecho de pensar en su juglar ya encendía una brizna de pasión en su bajo vientre. Era una estúpida, ¿cómo podía haber pensado en otro hombre?

—Entonces ve a ayudar a tu madre y vámonos todos a comer —le indicó el viejo Buitre a su primogénito—. Me muero de hambre.

Úrigh ni siquiera se quitó la máscara porque, a continuación, salió del taller en dirección a la Plaza Porticada, tal y como le había indicado su padre. Allí estarían su madre y sus hermanas vendiendo artesanías de cuero a los acomodados habitantes del otro lado del puente. Se estaba haciendo tarde y era difícil transportar la mercancía por los canales de la ciudadela, aunque afortunadamente los Buitre poseían su propia barcaza para desplazarse.

—Ya está —anunció Dannu con tono triunfal—, terminé.

Remató bien el nudo con su aguja. Sabía hacerlos irrompibles aunque indetectables, para no estropear el aspecto de los zapatos. Luego cortó el hilo que le sobraba y lo guardó. En el taller de los Buitre siempre se guardaban todas las sobras.

—Estupendo, hija. Ahora coge a tu retoño y vámonos a poner la mesa. ¿Bajará tu marido a comer con nosotros?

—Pues... No lo sé. Tiene mucho trabajo. Está escribiendo un nuevo repertorio de cuentos y ayer llegó muy tarde.

—Ah... Lo suponía.

Córich no supo disimular la aversión que sentía hacia el juglar. El hombre procuraba no hacer demasiados comentarios al respecto, pero Dannu sabía que Kerión no le caía bien y no se lo reprochaba, pues con tantos secretos como tenía este, la gente no lo conocía realmente, así que era difícil tenerle en estima. Kerión era en secreto el profeta de los Ignanimae, el representante de una nueva fe, el anunciador de la llegada de los Eternos, el motor de un giro en las conciencias de los *efimeros*... Pero los Buitre solo veían de él al vividor nocturno que dormía de día. Así debía ser aún.

—Por cierto, Dannu. Toma esto, ya lo he terminado.

Córich fue a su banco de trabajo y cogió lo que a primera vista parecía un pedazo de cuero granate doblado y arrugado. Pero cuando levantó aquel objeto y se lo puso delante de la cara, Dannu comprendió: era una máscara nueva. Un antifaz de cuero en tonos rojos y negros, fantasmagórico, elegante, casi sensual, exactamente como lo quería Kerión. Y el viejo Buitre lo había diseñado con sus propias y humildes manos.

—¡Es preciosa! —se asombró Dannu—. No pensaba que la fueras a terminar tan pronto. A Kerión le encantará.

Le encantara o no, Kerión no tenía más remedio que ocultar su rostro la próxima vez que se marchara a cantar de noche, pues Úlfur Cara de Hierro le había quitado la última máscara de un tirón y la había arrojado a las aguas hediondas de los canales.

—¿Cuánto dinero tengo que darte? —le preguntó Dannu. Ella siempre era justa pagando sus deudas, aunque le fastidiaba tener que invertir parte de su jornal en otra máscara para su marido. Porque Erk necesitaba fruta. Porque Erk necesitaba ropa. Porque Erk necesitaba ese dinero. Sin embargo, el bueno de Córich negó con la cabeza y se encogió de hombros. —¡Bah! Cógela, Dannu, y ya está.

—¡Oh! De eso nada, quiero pagar mi encargo.

—Hija, hablo en serio. Solo es un trozo de cuero que sobró. Con él no podría haber confeccionado nada de provecho.

—Pero has pasado horas trabajando para hacerla. Por favor, Córich, acepta mi dinero.

Córich se dio la vuelta. Lo hizo para no hablar más de lo necesario porque estaba molesto desde que se había mencionado a Kerión. Aunque, acto seguido, se giró de nuevo hacia Dannu y esa vez no fue capaz de contener su lengua.

—Si quieres pagármelo, pon a tu marido un día a trabajar para mí. Y tú cuida de ese niño. Tienes suerte de que sea tan tranquilo, pero en menos de seis lunas tendrás que perseguirlo todo el rato para que no se quemé, ni se

pinche, ni se corte una mano, ni eche a perder algún retal. ¿Quién coserá los zapatos entonces? ¿Lo hará Kerión?

Los ojos almendrados de Dannu se humedecieron. Córigh tenía toda la razón, aunque en ocasiones era bruto hablándole. El viejo curtidor se dio cuenta y se acercó a ella para ponerle, con cariño, las manos sobre los hombros.

—No he querido decir que no te quiera en mi taller, hija. No. Eso nunca. Aunque tengas que pasar más tiempo detrás de tu hijo que cosiendo zapatos, jamás te echaremos de esta casa, Dannu. No te preocupes, mis hijas podrán llevárselo al mercado y cuidar de él. Por favor, Dannu, perdona si me he metido donde no debía.

Dannu ahogó un sollozo. Era un sollozo de rabia. Ella también estaba desbordada por su trabajo, por su maternidad, por su pasado... Y Kerión nunca la ayudaba. Él siempre llegaba a casa para recibir, ya fuera alimento que Dannu compraba, ya fuera su amor, ya fueran sus palabras de ánimo o su boca y sus caricias. En cambio, nunca estaba cuando ella necesitaba algo.

—Él era músico. Trabajaba para una de las mejores familias de Zéndelbhorck, antes de la guerra. No conoce otro oficio.

—¡Pues que lo aprenda, demonio! A esas blancas manos de marqués les hace falta uso, y también unos callos.

Erk se despertó. Sus enormes y vivos ojos negros buscaron en seguida a su madre y esta se acercó para cogerlo en brazos. Todavía con el rostro cruzado por las lágrimas, se sentó en su lugar de trabajo para amamantarlo.

—Perdóname, hija, perdóname otra vez. He vuelto a meterme donde no me llaman.

—No te preocupes, Córigh. No tengo nada que perdonar. Tú siempre has sido bueno conmigo, sé que lo haces por mi bien.

Ahora Córigh se sentía culpable, pues amaba a Dannu como a una hija y no le gustaba Kerión para ella. Al fin y al cabo, puede que su hijo Úrigh no fuera tan mal partido. De pronto observó a Dannu y a Erk. El niño se veía lozano, la madre se veía marchita. Entonces recordó que Adra le había echado un trozo de tocino al caldo y se le ocurrió que se lo serviría a Dannu. Poco más que eso podía hacer para purgar su culpa.

—Dannu, querida. Voy a la cocina para ir poniendo la mesa. Ya verás lo que te voy a preparar. Ahora cuando vengas me dices si te gusta.

Y Dannu le sonrió. No le guardaba ningún rencor. Los Buitre habían sido un regalo de los dioses en medio de su miserable vida. Eso, si es que los dioses seguían existiendo.

Castigad a los blasfemos

Al día siguiente, Dannu Mirto corría hacia el mercado de la Plaza Porticada antes de que los vendedores recogieran sus mercancías. Llevaba el rostro cubierto por una máscara no muy voluminosa. Era de color verde oliva y se la habían comprado sus primeros amos cuando empezó a trabajar para ellos. Desde entonces, Córigh se la arreglaba de vez en cuando, incluso la había restaurado dándole al contorno una graciosa forma felina. Erk llevaba la cara al descubierto. En los niños era así hasta que alcanzaban la pubertad. Después la máscara se convertía en algo obligatorio, en un deber que, si se incumplía, reportaba buenos castigos.

La jornada anterior había sido espléndida para los Buitre, así que Adra, la mujer de Córigh, le dio una espada de cobre para que le comprara uva a Erk. “Este niño necesita fruta”, le había dicho con el ceño fruncido. Lo que Adra en realidad quería decirle a Dannu era que no se gastara esa espada de cobre en Kerión, sino en su hijo. Y la joven, muy agradecida, la obedeció. Así que en cuanto terminó sus tareas esa mañana, se colocó a Erk dentro del jirón de tela vieja y se lo llevó al mercado.

Era difícil acceder a la otra parte del puente sin una barcaza y, como era de esperar, Dannu ni siquiera tenía lo suficiente para pagarle a un barquero. Pero conocía una ruta alternativa. Se trataba de ir por las callejuelas más estrechas, aquellas en donde los canales se podían saltar sin demasiada dificultad. Era muy importante no mojarse los zapatos, en primer lugar porque el agua del pantano apestaba, y en segundo lugar porque el cuero se estropeaba y tardaba mucho en secar. Sin embargo, Dannu ya era toda una experta en recorrer aquellos caminos, incluso con el niño a cuestas. Pronto llegó al muelle y cruzó el puente flotante en línea recta. A pesar de su dudosa

estabilidad, era tan ancho que cabían dos calesas a la vez. Poco después entró en la plaza.

El olor a carne asada revolvió sus entrañas con un retorcijón de hambre, aunque de esa carne ya no quedaban ni los restos, tan solo las brasas que los asadores estaban dejando apagarse. El mercado comenzaba a vaciarse y algunos tenderos habían recompuesto sus carros para marcharse a sus casas. Pero Dannu encontró muy cerca el puesto de unos campesinos. Y sí, tenían uva.

Un hombre de aspecto tosco se adelantó al verla llegar para atenderla, aunque ni siquiera la saludó.

—Quiero un racimo de uva —pidió Dannu.

El campesino, con poco interés, cogió el primer puñado de uva que había sobre una montaña de ellas, en una cesta de rafia.

—Quiero un solo racimo de uva —se reafirmó Dannu—, por eso es muy importante que esté en buen estado. No la quiero con moho. Es para mi hijo.

El campesino se percató de repente de la presencia de Erk, quien lo miraba todo desde su pequeño refugio pegado al cuerpo de su madre. Entonces, el hombre escrutó el racimo que había escogido y, efectivamente, descubrió que algunas uvas tenían la piel manchada de moho. Así que las apartó a un lado porque sabía que podrían estropear a todas las demás. Luego cogió otro racimo y, cuando comprobó que estaba en perfectas condiciones, lo pesó y se lo entregó a Dannu. Los ojos de Erk se iluminaron cuando aquellas frutas de apetecible color morado desfilaban ante ellos.

—Ahora te lo doy, mi cielo —le susurró Dannu. La joven entregó al campesino la espada de cobre y este le devolvió tres pequeñas monedas de hierro. Dannu le dio las gracias, pero no obtuvo respuesta. Sin que le importara demasiado, se marchó de allí.

Erk tenía mucha hambre, así que comenzó a ponerse nervioso. Pero parecía estar a punto de llover, por lo que no podían detenerse allí en medio.

—Espera, mi cielo, espera...

Por poco no se chocó con una mujer que perseguía a una rata, dando escobazos a ciegas sobre el pavimento sucio de la plaza. Mientras buscaba un lugar con la mirada, Dannu agarraba aquellas uvas como si le fuera la vida en ello. Sabía que las pequeñas comadrejas del mercado ya habrían pensado en robárselas. Eso le indignaba. Ella había sido pobre, más pobre que las ratas, sin embargo nunca había robado.

—¡Oh! Aquí mejor no... —decidió Dannu al percatarse de que había dos cadáveres colgando de la horca. Se giró rápidamente para que Erk no los viera y caminó hacia los pórticos de la plaza. En el mercado la paja del suelo y

el estiércol comenzaban a empaparse con la lluvia. Había una gallina muerta sobre el pavimento y Dannu la esquivó para no tropezarse con ella. Tuvo que reprimir una arcada cuando vio una marea de gusanos blancos sobre aquel despojo. Había unos gatos cerca, olisqueando otros restos. Ellos no se comerían a la gallina podrida, pero tal vez algún perro sí lo hiciera. Entonces enfermaría y moriría.

Por otro lado, los tenderos se apresuraban a recoger sus últimas cestas, toneles, vasijas, tinajas y longanizas. La mayoría de los carros ya se había puesto en marcha para salir por la puerta Norte de la plaza, el acceso que cruzaba por delante del castillo de Maldivia y del viejo templo de la diosa. Dannu, sin saber por qué, se dirigió hacia allí. La última vez que pasó por aquellas calles todavía no estaba embarazada, así que le pareció interesante pasear a su hijo por esa zona que era, con diferencia, mucho menos peligrosa que la parte pantanosa de Maldivia.

Se detuvo en la puerta de la plaza para esperar a que salieran varios carros. Detrás de ella dos soldados habían prendido a un ladrón y lo zarandaban con violencia. El ladrón era cojo y estaba todo manchado de lodo. “Si yo fuera coja –pensó–, jamás me haría ladrona”. Luego miró de nuevo a la horca, como si sus ojos no pudieran evitarlo. Aquellos dos cuerpos colgantes atraían su mirada de una forma hipnótica. Vio sus muecas desencajadas, sus mandíbulas abiertas, el par de charcos que había debajo de ellos... Y su endiablada y ávida mente le hizo imaginarse que uno era Kerión. Pero no. La suerte de Kerión había querido que este se librara de la horca otra vez. Ahora yacía en casa, recuperándose todavía de la paliza. “Saldré esta noche, mujer. Ya tengo una máscara nueva”, había dicho. Y lo haría. Por mucho que Dannu se enfadara. Pues Kerión no iba por libre, a pesar de lo que pudiera parecer. Kerión obedecía a alguien. Alguien a quien Dannu no conocía, pero que siempre estaba presente en sus discusiones conyugales.

Erk comenzó a llorar. Quería sus uvas y no entendía por qué motivo su madre todavía no había comenzado a desgranar el racimo para dárselas. Por eso Dannu caminó deprisa. Necesitaba un pequeño techado para que el niño pudiera comer sin mojarse con la lluvia. Y ese techado, de repente, se apareció ante sus ojos: era el gran templo, la inmensa construcción que pronto se abriría a los fieles. Por un instante, Dannu observó la impresionante fachada con la boca abierta. Aquel edificio ilustraba como ningún otro la grandeza del Señor de Maldivia y de su imperio de fe. Kerión lo quemaría, si pudiera.

—Sí, mi cielo, ya voy —volvió a prometerle a su hijo. Esta vez no lo haría esperar más. Subió las escaleras de la portada principal y se sentó bajo el pórtico. Entonces se sacó a Erk del jirón de tela donde lo llevaba y se lo sentó en la falda. En seguida comenzó a desgranar el racimo y le dio una primera uva al niño. Mientras observaba la cara de satisfacción de aquél, el aroma dulzón de la uva ascendió hasta su pequeña y rectilínea nariz, su nariz de pajarillo, como decía Kerión. Pocas veces en su vida se había podido comer un racimo de uvas entero. Cuando era pequeña y trabajaba como esclava con su abuela en el caserón de los Furkh, normalmente para ellas dos tan solo quedaban las pieles y los granos de uva con moho.

—Está buena, ¿eh? —le decía a Erk, quien reclamaba más fruta. Dannu le separó otros dos granos y les sacó los huesecillos con los dientes antes de dárselos al niño. Le resultaba difícil pasear por sus labios la uva sin desear comérsela. Así que, para no perder las viejas costumbres, se conformó con las cáscaras que Erk era incapaz de masticar. Su antiguo amo le decía que comerlas era muy saludable. Claro, para que no protestara.

—Toma, ¿quieres más?

Erk asentía con la cabeza. Tenía la barbilla toda manchada de jugo de uva, pero Dannu prefirió no limpiarle hasta que acabase de comérsela toda. El niño pidió más, pues *más* era una de las pocas palabras que sabía decir.

—Sí, cariño, nos quedan dos, mira.

Pero, de pronto, una mano recia como el acero le tiró del brazo para levantarla de allí. Dannu, por instinto, agarró a Erk con el brazo que le quedó libre, impidiendo que se precipitara por las escaleras. En cambio, los dos granos de uva sufrieron peor suerte y cayeron desperdigados por el suelo.

—¿Cómo te atreves, bastardo? —gritó Dannu, enfurecida, mientras se giraba para ver la cara del desgraciado que había echado a perder las uvas de su hijo. Y fue en ese momento, al descubrir al culpable, cuando se arrepintió profundamente por su falta de prudencia.

Úlfur Cara de Hierro, el alcaide de Maldivia, la sujetaba con la expresión severa. Al menos así pudo apreciarlo Dannu a través del antifaz de plata que llevaba puesto aquél. Iba vestido de negro y portaba un elegante sombrero del mismo color, aunque ni toda aquella elaborada ropa de noble atenuaba su dureza. Dannu tuvo miedo por un instante, mas no quiso darle muestras de ello. Cuando se trataba de su hijo, era capaz de pelearse contra un dragón.

—¿Cómo te atreves tú, pordiosera, a ensuciar el templo de nuestra diosa con tu basura?

Un relámpago deshizo el cielo en trozos de luz incandescente y, acto seguido, comenzó a llover en abundancia.

–Solo me he refugiado un momento –se defendió Dannu, menos desafiante aunque sin perder la firmeza–, ¿es que no lo veis? Voy con un bebé. No estoy haciendo nada malo.

Al menos Erk no se puso a llorar. En las peores circunstancias solía permanecer sereno, como si fuera un adulto muy consciente de la gravedad de la situación. Algo que a Dannu le parecía inexplicable.

De repente Úlfur le arrancó la máscara de un tirón y Dannu emitió un grito ahogado, como si la acabasen de desnudar en público. Entonces el alcaide vio su vergonzosa marca, la pequeña herradura en su mejilla izquierda, y casi se relamió como una fiera a punto de devorar a su presa.

–Así que eres una esclava, ¿dónde está tu amo? Si no responde por ti, lo pagarás con varios azotes.

–¡No soy ninguna esclava! ¡Soy una *liberta*!

Úlfur dudó. Aquella mujer en verdad debía de ser muy osada si le estaba mintiendo. Pero Dannu se mostraba muy segura de sus palabras.

–Ah, ¿sí? Demuéstralo, mujer.

La soltó con brusquedad y Dannu casi se cayó al suelo. Cuando dejó de tambalearse y recuperó el equilibrio, su rostro se enrojeció. Aquella petición era humillante, sí, mas era lo único que podía hacer para librarse de los calabozos.

Se arrodilló, puso a Erk sentado entre sus muslos y se quitó la capa de lana. Luego, con los brazos se levantó la camisa para que Úlfur pudiera ver su espalda: allí, sobre su tersa piel oscura, a la altura de su omóplato derecho, permanecería por siempre la garantía de su apreciada libertad, la silueta de una llave que había sido impresa sobre ella a fuego vivo. Le había dolido muchísimo más que la herradura de la mejilla, sobre todo porque la llave de los *libertos* era cuatro veces más grande que la herradura de los esclavos. En Maldivia se creía que, si un esclavo realmente estaba preparado para ser libre, sería capaz de soportarlo. Dannu, en cambio, pensaba que era la última perrería que le habían hecho antes de concederle la libertad.

Pasaban minutos. Erk se impacientaba. Dannu seguía allí, postrada ante aquel tirano con la camisa levantada. Y a pesar de la lluvia, los viandantes habían comenzado a detenerse alrededor de las escaleras para ver qué pasaba. Se oyeron cascos de caballos. Eran soldados, sin duda. Dannu tenía ganas de llorar de vergüenza mientras Úlfur continuaba observándola sin tomar ninguna decisión.

—Compré mi libertad, señor —le explicó. Su tono ahora se escuchaba suplicante.

Úlfur se irritó aún más. La ley de los *libertos* había sido promulgada y aprobada por su fiel amigo, Runus Dembora, hacía tan solo doce eras. ¿Quién si no lo habría hecho? A Cara de Hierro le ponía de los nervios que los esclavos cambiasen de estatus, pues para él, quien era esclavo, debía morir siéndolo.

—¿Con qué dinero compraste tu libertad? —le preguntó a Dannu con cinismo—. Eres demasiado joven. ¿Cuántas eras sumas?

—Veinte, señor —balbució ella, tratando de disimular el tono pastoso que las lágrimas dan a la voz.

—Entonces es imposible que hayas comprado tu propia libertad. Eso es muy caro. Una joven esclava de tu edad apenas ha ganado una espada de plata por cada año de trabajo. No me lo creo. Robaste el dinero, ¿verdad?

Dannu no pudo contestarle. La muchedumbre comenzaba a murmurar. Algunos ciudadanos la señalaban con el dedo. Odió a Úlfur en lo más hondo de sus entrañas por ponerla en ridículo delante de su único hijo, y deseaba vengarse de él. Pero eso era imposible.

—¿Lo robaste? —rugió el alcaide, violentándose. Dannu nunca se había cruzado con él hasta ese día. Solo en un par de ocasiones lo había visto de lejos, en las celebraciones de la ciudadela. Ahora comprendía el miedo que el alcaide podía llegar a infundir sin necesidad de sacar su espada.

—No, señor. La compré con mis ahorros y con los de mi abuela.

—¿Cómo dices? ¿Te burlas de mí, pordiosera?

—¡No, señor! —rogó ella—. Os digo la verdad. Mi abuela y yo éramos esclavas en la casa de los Furkh. Mi abuela, antes de morir, me entregó todo el dinero que había guardado tras largas eras de servidumbre. Me lo dio para que yo pudiera comprar mi libertad. Y así lo hice, señor. El juez de esclavos aceptó mi petición y luego me marcaron con la llave de los *libertos*.

Era una historia convincente. La familia Furkh era conocida en Maldivia. Bastaba con preguntarles a ellos o al juez para comprobar la inocencia de Dannu. Pero, hasta entonces, tal vez tuviera que pasar algunas noches en los calabozos con Erk. Y no quería. No quería ir a los calabozos. Ese lugar era el infierno.

—Cúbrete, mujer —le concedió Úlfur con evidente desprecio.

Dannu se bajó la camisa, se recompuso la ropa y volvió a echarse la capa por encima de los hombros. Luego cogió a Erk en brazos y se levantó, observando a los curiosos con gesto desafiante. Algunos bajaron la

mirada y otros simplemente se marcharon, decepcionados por la benevolencia de su alcaide. De repente, la ruda manaza de Úlfur volvió a sujetarla por el brazo. Dannu bajó la cabeza, tragándose las lágrimas y apretando las mandíbulas por si recibía alguna bofetada de castigo. Aunque la bofetada no llegó, así que alzó la barbilla para mirar a Úlfur: no sabía que tenía los ojos de color gris oscuro, casi negro. En cualquier caso, eran monstruosos y estaban hinchados de resentimiento. Aunque ella también le guardaba rencor: aquel hombre abominable casi había matado a su marido de una paliza.

–Hasta que compruebe tu inocencia –sentenció él–, permanecerás arrestada.

–¡No! –gimió Dannu–. ¡No, por favor! ¡Mi señor!

–¡Deja de suplicar, maldita perra!

Para una mujer de la estatura de Dannu y de su rango social no había escapatoria posible tratándose de Úlfur Cara de Hierro. Con toda razón era el alcaide más temido que había gobernado Maldivia, más incluso que su aborrecible padre, Eléus.

–¿Qué es este jaleo, Cara de Hierro? –intervino de pronto una voz masculina y gélida, con un matiz mustio. Dannu reconoció una túnica de sacerdote portentosa, de color morado oscuro, en el hombre encapuchado que acababa de salir del templo. La máscara metálica que cubría su rostro no permitía conocer sobre él más que su alto estatus religioso. A juzgar por su forma de caminar y por el aspecto de sus manos, en cambio, se adivinaba un hombre joven, aunque Dannu tuvo sus dudas al respecto cuando vio que Úlfur le guardaba tanto respeto, como si estuviera por debajo de él en la escala social.

–Excelencia, disculpadme –se afaná a excusarse Úlfur, un poco menos altivo, aunque igual de severo–. Esta plebeya pretendía refugiarse en el templo de nuestra diosa y debo castigarla por ello.

Entonces le sostuvo el brazo a Dannu, todavía con más fuerza, y con su otra mano el alcaide la obligó a arrodillarse, tirándole del cabello. Ella gimió.

–¡Arrodíllate ante tu sumo sacerdote, descarada!

Dannu, sin dejar de sujetar a Erk en sus brazos, obedeció a la fuerza, y a continuación el propio alcaide se arrodilló también ante el religioso, al lado de ella y sin soltarla. El sacerdote se acercó. Su máscara le cubría absolutamente todo el rostro. Además, se veía especialmente inexpressiva.

–Excelencia, este es el reino de la diosa. Y vos lo regentáis. Sed, pues, quien elija el castigo para esta insolente y su hijo.

Ahora, Dannu ya sabía quién era. Se trataba de Niethdor, el sumo sacerdote. Mabon Demhora era su verdadero nombre, aunque antaño todo el mundo lo conocía como El Caballero del Miedo. Según decían, la crueldad de Niethdor era tanta y su magia tenebrosa tan aterradora que él mismo se había colocado con orgullo aquel sobrenombre. También se decía de él que no había envejecido nada tras más de treinta eras de servicio a la diosa, pues era conocida la historia sobre cómo esta le concedió la vida eterna a cambio de su lealtad y, por lo tanto, lo convirtió en Regio.

En esos momentos, Dannu comprendió que su suerte solo había empeorado y que, si antes había temido al castigo de Úlfur, ahora en cambio sí que estaba perdida. Le temblaban las piernas y un escalofrío repentino le sacudió la columna vertebral. Entendió de primera mano por qué a Niethdor se le había llamado en otra era Caballero del Miedo, pues miedo, pavor y horror era lo que infundía su mera presencia.

—¿Ese niño es tu hijo, mujer? —le preguntó el sumo sacerdote, sin apenas modulación en su mortecino tono de voz.

Dannu no levantó la cabeza. Sabía que estaba prohibido que una plebeya mirase a un sacerdote a los ojos.

—Sí, mi señor —pronunció con dificultad. Sentía la mirada de Niethdor clavada en ella y en Erk. Miró de soslayo hacia las escaleras y comprobó que todos los curiosos se habían arrodillado como ella y como Úlfur en presencia del sacerdote. Era como si el aire de la calle se hubiese vuelto más frío y desolador en cuanto él había salido del templo.

—Levántate y llévate al niño contigo —sentenció al final el maestro religioso. Y Dannu no cupo en sí de asombro. Tampoco Úlfur.

—¿Qué? —dijo el alcaide, comenzando a indignarse. Niethdor no le contestó. Por el contrario, volvió a dirigirse a Dannu.

—Vete con tu hijo.

No es que hubiera amabilidad en sus palabras, ni calidez, ni cercanía. Dannu seguía percibiendo la desoladora frialdad de Niethdor, tanto en su voz como en sus gestos. Pero, al parecer, ese día en el sacerdote se había prendido una brizna de piedad. Y no pensaba desaprovecharla.

Se levantó muy despacio, sin levantar la cabeza. A su lado vio que Úlfur hervía de rabia, y por un instante se regodeó en su pequeña victoria. No sabía si tenía que besarle las manos al sacerdote, o los pies, o la túnica. No tenía ni idea de qué marcaban las leyes y los protocolos, porque ella nunca antes había estado ante el sumo sacerdote. Porque ella solo era una zapatera remendona.

Hizo un cauto acercamiento a Niethdor, pero en seguida intuyó que debía detenerse, como si él mismo se lo hubiera dicho. Al parecer el sumo sacerdote ya había tomado su decisión. No deseaba nada más. Un hombre como él no se mezclaba con los plebeyos, y menos con una blasfema como ella que jamás había entrado a rezar en su templo. De pronto Dannu se sobresaltó. Una sensación rara la inquietó: la sensación de que Niethdor había entrado en su mente y había averiguado eso último. Se arrepintió de haber tenido esos pensamientos, ¿y si el sacerdote cambiaba de opinión? De la misma manera, supo que al religioso no le gustaba ella, lo supo como si este en persona se lo hubiera dicho. Pero existía algo, una especie de código de honor, que haría que él la respetara.

—Gracias, mi señor —acertó Dannu a decir con torpeza—, que la diosa os bendiga.

Jamás le deseaba eso a nadie porque ella no creía en aquella diosa. Y en su boca aquella bendición tan solo sonó cargada de farsa. Aun así, Dannu sabía que el sacerdote ya había deliberado. La dejaba en paz. Y cuanto antes se fuera, menos posibilidades le quedarían de meter la pata.

Se giró para bajar las escaleras y descubrió que los dos granos de uva habían sido aplastados por las toscas botas de Úlfur. Ahora solo eran una mancha morada sobre los impolutos escalones de la portada del nuevo templo. Una vez más, odió al alcaide con todas sus fuerzas por haber pisoteado la comida de su hijo.

Cuando terminó de bajar los escalones, algunos de los viandantes que seguían allí arrodillados la observaron con desaprobación a través de sus antifaces.

—¿Qué miráis? —los retó Dannu. Todos bajaron la cabeza. Una vieja estiró un brazo, despacio. En su mano atrofiada por la vejez sostenía la máscara verde oliva de Dannu, que había caído a la calzada al ser arrojada por Úlfur. Dannu, entre tantas emociones, la había olvidado por completo. La arrancó con desdén de la mano de la vieja y le dio las gracias de mala manera. Después de cubrirse otra vez el rostro, se colocó a Erk dentro del jirón de tela y se marchó de allí sin que sus pies casi rozaran el suelo.

En el pórtico del templo, sin embargo, Úlfur seguía arrodillado, esperando que el sumo sacerdote lo autorizase a levantarse. Este abrió los brazos hacia los lados y extendió las manos. Acto seguido, todos los ciudadanos que se habían detenido a reverenciarle se levantaron y se fueron.

—Álzate, Úlfur —le concedió por fin al alcaide. Úlfur obedeció, despacio, con actitud sumisa, aunque habrían salido sapos y culebras por su

boca si hubiera tenido la posibilidad de expresar todo lo que sentía en esos momentos.

–Excelencia –comenzó, tratando de ser lo más diplomático posible–, no deseo cuestionar vuestro veredicto, pero creo que hay que educar al pueblo en el respeto a vos y a nuestra diosa.

Niethdor permanecía impassible. El tipo de máscara que llevaba ni siquiera permitía que se vieran sus ojos, así que su rostro se percibía como una imagen de metal por completo deshumanizada.

–El Señor de Maldivia desea que el nuevo templo sea la casa de los fieles –explicó sin entusiasmo–. Dice que así será más sencillo iniciarlos en la fe, dice también que hay que educar al pueblo en el respeto y la devoción hacia nuestra diosa.

A Úlfur se le revolvió el estómago. La generosidad de Runus lo sacaba de quicio. ¿Dónde quedarían pues la autoridad del alcaide, el sentimiento de respeto hacia los mandatarios, la disciplina y las normas? Supuso que aquel asunto le reportaría una nueva discusión con su amado amigo Runus. Pero es que él no quería ver en el templo de su diosa a *libertos* descarados, como esa mujer a la que hacía menos de cinco minutos tenía arrestada. El vulgo no hacía ningún bien en el templo. Si Maldivia había invertido tanto oro y esfuerzo en aquel ingente edificio para celebrar su fe, no era para que los mendigos y las ramera lo colonizasen hasta destrozarlo.

–Entonces, supongo que yo tampoco tengo nada que decir –asintió resignado. Aun así, le asombró la docilidad de Niethdor ante aquella última propuesta de Runus, descabellada como tantas otras. ¿Cómo podía ser? Si Niethdor tenía el rango de un señor feudal en cuanto a los asuntos religiosos del imperio... Realmente, no se creía que el sumo sacerdote estuviera de acuerdo con aquello que él mismo había explicado. Tenía que haber algo más. Le había parecido percibir en él un desliz compasivo, algo insólito tratándose del sacerdote que a más herejes había ejecutado con sus propias manos, de los modos más crueles.

De pronto, una repentina sensación de miedo lo abrazó, como una advertencia de que no debía buscar más razones. Niethdor, delante de él, ni siquiera había abierto la boca, aunque Úlfur comprendió que sería mejor poner fin a los desvaríos de su mente y a sus elucubraciones sobre él, pues el sumo sacerdote podía ver más allá de lo que pensaba.

–Excelencia –se limitó a decir–, antes de encontrarme con esa pecadora me dirigía hacia aquí para visitar a nuestra señora. Hace mucho tiempo que...

—Mi diosa sigue indispuesta —le negó el maestro religioso, tajante—. Tiene que descansar.

Y Úlfur se sintió decepcionado. Su diosa era la luz en las tinieblas, lo único que daba algo de sentido a su patética vida, vacía de fortuna y colmada de dolor. Aunque hacía eras que la diosa no se dejaba ver. Solo Niethdor tenía contacto con ella, solo él tenía permiso para visitar sus aposentos privados. Todo lo que la diosa y su leal sacerdote tramaban era un completo secreto, incluso para Runus y para Úlfur.

—Excelencia —se disculpó, dispuesto a despedirse ya—, perdonad mis modales. Ha sido una mañana difícil.

—La diosa os perdona, hijo fiel. Ella os acompaña, en todas vuestras acciones. Ella premiará vuestra lealtad.

Y Úlfur, tras escucharle, se sintió algo más reconfortado. Se arrodilló por última vez ante Niethdor y le besó el dorso de ambas manos, flacas y frías, con restos de sangre seca entre las uñas de tantos sacrificios como solía officiar.

El sumo sacerdote regresó al templo, sin decirle nada. Abrió el portón y Úlfur sintió la tentación de mirar hacia dentro, por si veía a su diosa al menos una vez, o también para observar cómo estaba quedando todo. Pero no miró. Su voluntad era tan férrea como todos sus actos. Luego escuchó que Niethdor cerraba el portón desde el interior, con un candado.

Seguía lloviendo y ahora estaba solo. Aún se sentía irritado porque no había podido imponer su autoridad como habría querido. Desde que Runus había regresado a Maldivia, había muchas cosas que estaban girando en una dirección que a él no le agradaba. Así que lo buscaría en cuanto llegara al castillo. La hora de comer se acercaba y sería un buen momento para volver a discutir.

El juglar de la noche

– Pero... ¿a ti no te habían roto la cara, Almafuego? –se sorprendió el joven cocinero de El Candado, mirando a Kerión como si hubiese visto a un fantasma. El joven Marbium Candado, que era tuerto de un ojo por culpa de una pelea, llevaba un cazo en la mano y estaba echándole una cucharada de mantequilla para dorar unas cebollas.

–¿Nunca has escuchado eso de “mala hierba nunca muere”? –respondió el juglar quitándose su nueva máscara de color rojo y negro. Su rostro estaba prácticamente recuperado gracias a los esmerados cuidados de Dannu. No era el de un hombre guapo ni apuesto, sin embargo poseía un ingrediente especial. Un ingrediente inexplicable que despertaba no solo la pasión de muchas mujeres, sino también la admiración de los demás, su cariño, su respeto y, sobre todo, un impulso irracional por seguirle. Quizás era el efecto de su hermosa voz, o de su elegante discurso, de su “lengua de serpiente”, como le decía Dannu. En sus ojos negros se reflejaba el candor amarillo del fuego de la cocina, ¿o tal vez era su propio fuego interno, ese fuego que casi logró someter al duro Úlfur Cara de Hierro?

–¡Almafuego! –se alegró otro hombre al verlo. Era el tabernero, el dueño de El Candado y tío de aquel joven cocinero atolondrado–. Siéntate, Almafuego. Cena con nosotros antes de que se llene el salón.

–¡Oh, Groeg! Que los dioses te paguen con muchos hijos tanta generosidad.

–Si es así, me volveré un tacaño, pelirrojo –respondió aquél, arrugando la frente. Groeg Candado tenía la cara ancha y la barba abundante. Su bigote negruzco parecía un puente bajo su nariz aguileña.

–Yo pensaba que esta vez te habían matado, si quieres que sea sincero –comentó el tabernero sirviéndole a Kerión una fuente de pato asado recién

horneado. El juglar observó con deseo la piel tostada y crujiente del pato, y hasta salivó.

–No me molesta tu sinceridad –respondió mientras esperaba a que los otros dos se sentaran–, yo también creí que esta vez no lo contaba.

En ese momento, el joven cocinero sacó un jarro de vino tinto de uno de los armarios de la cocina y lo puso sobre la mesa, que estaba manchada de grasa.

–Marbium, muchacho –lo llamó su tío–. Marbium, acércame un trapo para limpiar esta porquería. Anda.

Marbium obedeció al tabernero en seguida, y apenas pusieron las copas y el pan sobre la mesa Kerión alcanzó un buen trozo de pato y se lo llevó a la boca.

–¿Es que tu esposa no te da de comer, Almafuego? –le preguntó Groeg, jocosamente. Kerión era consciente de la pobreza en que Dannu, Erk y él vivían, pero eso cambiaría. Muy pronto.

–Mi mujer me da de todo –respondió, pícaro, sin sentirse ofendido–, pero llevo una semana sin poder comer nada sólido. No te imaginas cómo me dejó nuestro alabado alcaide.

–Cuéntame, Almafuego. ¿Cómo pudo pillarte? No sabía que los marquesones como él conocían El Puente.

–Yo tampoco me lo esperaba. Pero, al parecer, desde que nos quitamos de en medio a su padre nos ha seguido la pista muy de cerca.

De repente, la sopa de huesos se desbordó del puchero en donde hervía y el fuego que se encargaba de calentarla crepitó, enfurecido. Groeg se levantó rápido y se protegió las manos con un trapo para apartar el puchero de las llamas. Una mujer con el cabello recogido en un moño entró a la cocina llevando dos jarras de barro vacías. Otras dos bastante más jóvenes la secundaban mientras aquella les indicaba constantemente qué tenían que hacer. Era Miriak Cantarela, la esposa de Groeg. Cuando vio a Kerión, su áspera expresión de hembra dominante se suavizó.

–Hola, Almafuego –sonrió. Tenía la nariz de punta y los labios rosados.

Kerión la saludó con la mano mientras terminaba de masticar otro poco de piel y grasa tostados. Quiso limpiarse la boca con algo que no fuera la manga de su camisa para ir a saludarla, pero Miriak hizo un ademán con el brazo para indicarle que después podrían hablar con más calma. Así que Kerión continuó cenando y la matriarca de El Candado se marchó a seguir sirviendo mesas.

–Bueno, sigue, sigue –lo instó Groeg, muy impaciente. Al otro lado de la mesa, el joven Marbium era todo oídos.

—No sé cómo me encontró. Yo comencé a hablar de los Eternos, como he hecho otras veces. Mucha gente cree que solo son cuentos. Ese día, además, conté la historia de la caída de los umbros. Justo al final, cuando mencioné al legendario Jórak de Anshuz y relaté cómo fue convertido en dios para luchar contra la diosa del Égregor, un tipo se levantó de su mesa, desenvainó su espada y, antes de que pudiera darme cuenta, clamó “¡Quedas detenido, maldito hereje! ¡En nombre de la diosa!”.

» Se produjo un revuelo atroz en El Puente. Comenzaron a entrar guardias. La gente se agolpaba por salir de allí, pero los soldados bloqueaban las puertas. El viejo Uirk Carnero estaba atacado, en realidad temí más por su vida que por la mía, parecía que le iba a dar un ataque. Pobre hombre. Los guardias destrozaban su taberna mientras el tipo de la espada me arrastraba a la fuerza. Era Cara de Hierro. Yo sabía que era peor resistirme, así que le dejé hacer.

—¡Pardiez, Almafuego! Te metiste en la boca del lobo, ¿eh?

Kerión se bebió lo que quedaba de vino en su copa. Por suerte había encontrado un trapo con que limpiarse la boca. A Groeg no le hacía gracia que le ensuciara los trapos así. “¿Es que no puedes limpiarte con la manga, como todo el mundo?”, le reprochaba a veces, desquiciado por sus refinadas costumbres. Pero Kerión se defendía arguyendo que no podía dar un espectáculo con la camisa sucia, y menos aún con la boca grasienta. —En fin —resolvió el juglar—, dejaré pasar un tiempo antes de volver a blasfemar en El Puente. Hasta entonces, cuentos para niños, villancicos y algún chascarrillo. Nada más. Tenemos que lograr que Úlfur se olvide un poco de nosotros.

—Úlfur es un asqueroso zorro —farfulló Groeg con la boca llena—, no te fíes.

—Úlfur es un maldito hijo de perra —masculló Kerión, ferviente de rabia. No por lo que le había hecho a él, sino por lo que le había hecho a su mujer, a su Dannu. Si él hubiera estado con ella en ese momento, el alcaide no le habría puesto un dedo encima. Tal vez se habrían enzarzado en una pelea como dos animales salvajes. Tal vez habría podido matar de una vez al odioso alcaide de Maldivia. Y luego a él lo habrían colgado, pero al menos habría defendido a su mujer. Kerión se sentía muy culpable por ello, porque Dannu siempre tenía que ir sola con Erk a todas partes. Desde que Úlfur la había humillado en público, la notaba rara. Ella lo negaba, aunque Kerión sabía que le guardaba un poco de rencor por no estar cuando tenía que estar. “Eso se va a acabar —se dijo, como consuelo—. Ya queda menos para que abandonemos Maldivia”.

–Por cierto, Almafuego. Ha llegado un mensaje para ti, de Perthro.

–¿De Perthro? –se sorprendió Kerión. Dejó de comer y palideció–. ¿Quién lo ha traído?

Groeg miró a todas partes antes de responder. Comprobó que los postigos de las ventanas estuvieran echados y la puerta trasera de la cocina bien cerrada. Luego miró a Marbium para indicarle que se fuera, pero el joven comía distraído, sin darse por aludido.

–Remueve las judías, muchacho –le ordenó su tío. Fue un modo de decirle que se alejase un poco. Aunque Groeg y Kerión confiaran en él, el patriarca todavía no. Y no podían desobedecerle.

Después de que Marbium se levantara de la mesa, Groeg y Kerión se acercaron un poco más el uno al otro, aproximaron sus cabezas y el tabernero bajó el tono de voz.

–Vino un Zénit.

Kerión volvió a sobresaltarse en su silla. Aquello parecía muy serio.

–¿Un Zénit? ¿Quién?

–Phoen Zénit. Hasta ahora siempre habían enviado a sus emisarios. Pero esta vez se personó él mismo. Preguntó por ti y le dije que llevabas varios días sin dar señales de vida. Creo que no le gustó.

Kerión estaba visiblemente preocupado. Aunque en ese momento le hubieran servido el pato más grasiento y jugoso del mundo, ni siquiera lo habría probado. Cuando Perthro enviaba mensajes, toda su vida se complicaba aún más, pues solía pedirle cosas imposibles.

–¿Qué quieren ahora? –preguntó en tono parco.

Groeg se giró frunciendo el ceño porque a Marbium se le había caído una taza de hojalata, pero no le reprendió.

–Quieren hablar contigo, sobre tus progresos. Perthro considera que estás tardando demasiado, y ha pedido que vayas a verle.

–¿Que vaya a verle? –bramó Kerión dando un puñetazo en la mesa. Groeg lamentó tener que ser el intermediario.

–Baja la voz, Almafuego.

–¿Cómo quiere que vaya a verle? –continuó protestando el juglar–. Tengo una mujer y un hijo. No puedo abandonarlos durante varias semanas por ir a ver a Perthro. Yo no tengo la culpa de que todo esté saliendo mal. No es tan sencillo encontrar a un Eterno en esta ciudadela del infierno.

Kerión dio un segundo puñetazo en la mesa. Se arrepintió de ello según comenzó a treparle un punzante calambre por la mano. Además, tenía que tocar el laúd esa noche.

–Ojalá pudiéramos ayudarte –se compadeció Groeg.

–Ya hacéis suficiente, tú y toda tu familia. Pero encontrar al Eterno es solo una misión para mí, el patriarca lo dijo muy claro. ¿Sabes una cosa, Groeg? No tengo ni idea de dónde está.

Groeg se sorprendió. Cuando Kerión afirmó que todo estaba saliendo mal, no se imaginaba que estuviera tan en lo cierto. Kerión llevaba casi tres eras viviendo en Maldivia. ¿Cómo podía estar tan perdido todavía?

–Yo no soy adivino, Groeg. Perthro me prometió que sería mucho más fácil, que los dioses me enviarían señales. Pero yo no veo nada. Puede que ese Eterno se haya cruzado conmigo por la calle mil veces, puede incluso que haya compartido mesa conmigo.

Al escucharle, Groeg sonrió con fingido engreimiento y Kerión liberó una carcajada.

–¡Oh, Groeg! ¿Por qué me haces esto? –bromeó–. Llevo tres eras buscándote. ¿Por qué no me dijiste que eras tú el Eterno?

En ese momento, el joven Marbium se giró a curiosear, aunque tenía demasiado trabajo como para distraerse y arriesgar su paga de ese día.

–Estoy agotado, Groeg. Mi mujer y mi hijo son infelices por mi culpa.

–Ya. Y supongo que el patriarca no contaba con que te casaras y tuvieras un hijo. Él no entiende nada de la vida, Almafuego. Es solo un gurú, un sacerdote que solo piensa en la fe, la fe y la fe. Y la fe no da de comer, amigo.

–Sí. Pero es nuestro líder. El líder del cambio. El líder de los Ignanimae.

Ese era el nombre de su clan. Y ambos, al escucharlo, se dirigieron una mirada de complicidad, orgullosos de pertenecer a dicha orden. De pronto, Kerión desechó todos los atisbos de rebeldía. En el fondo sabía que Perthro tan solo velaba por el bien de Onhyria, por desterrar del mundo a esa diosa de la destrucción que había tomado Maldivia como sede de su abominable poder. Como respuesta a la tiranía de aquella falsa diosa y de sus secuaces, habían nacido los Ignanimae. Y él era uno de ellos, el más osado de todos.

–Dentro de unos días –concluyó el juglar–, cuando deje de dolerme la nariz, lo veré todo con otros ojos. Encontraré al dichoso Eterno y me largaré de aquí con mi familia por fin.

–Ojalá sea tan fácil, amigo. En cuanto al viaje a Gálbhork, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a ir al final? Podrías llevarte ya a Dannu y a Erk y dejarlos allí. Estarán mejor que en esa buhardilla apestosa.

En cambio, a Kerión no le parecía todo tan perfecto. Había demasiadas cosas que aún debía dejar atadas y otras tantas que contar a Dannu antes de tomar una decisión.

—Ahora no quiero pensar, Groeg. Se me están empezando a olvidar los cuentos de esta noche, ¿sabes?

—Entonces termínate la cena y sal al escenario. La gente ya está llegando.

Kerión y Groeg se levantaron de la mesa y se sacudieron las migajas de pan de la ropa. El tabernero acudió junto a su sobrino para ayudarlo a asar un poco más de carne.

—Ya estoy muchacho —le dijo—. Gracias por encargarte.

Kerión, por su parte, se acercó a donde había dejado su bolsa de cuero. Pero, antes de nada, utilizó una sartén grande de metal que colgaba de una viga para poder mirarse la cara en ella y darse unos últimos retoques antes de salir a actuar. Se ajustó bien el cinturón. La camisa que llevaba no era tan llamativa como la que Úlfur le había roto, pero le sentaban bien sus colores otoñales. Su labio roto ya casi había vuelto a su tamaño original y, por suerte, se le habían secado las costras. Si no fuera por Dannu...

—Almafuego, oye —lo llamó Miriak Cantarela, que acababa de entrar en la cocina. La mujer del tabernero se había situado junto a la mesa sucia y señalaba uno de los trozos de pato que les habían sobrado a Kerión y a los otros—. Te lo voy a envolver, para el niño, ¿vale?

—Gracias, preciosa —le respondió Kerión con aire zalamero. Entonces, Miriak lo miró con cierta desaprobación.

—No hay de qué, Almafuego. Pero hay dos trapos que todavía no me has devuelto.

—Cuánta razón tienes, Miriak. Le pediré a Dannu que los eche en mi faldriquera.

Mientras hablaban, la tabernera había envuelto con toda pulcritud el trozo de carne más grande que pudo coger de la fuente. Luego, se lo acercó a Kerión y este lo guardó con sus cosas.

—¿Dannu es tu mujer? —le preguntó Miriak.

—Sí. Dannu Mirto. Eses su nombre completo.

Kerión se puso su nuevo antifaz de cuero y se lo anudó detrás de la cabeza. Realmente el viejo Córigh Buitre tenía un talento especial para trabajar las pieles. Aquel antifaz tenía varias puntas salientes a cada lado de las aberturas de los ojos, puntas que se ondulaban en una y otra dirección pareciendo que estaban en constante movimiento. Su rostro ahora parecía una estrella de fuego.

—Pues debe de ser una buena mujer, la tuya —prosiguió Miriak—. Por lo menos, valiente: a otra ya la habrías matado de un disgusto.

Kerión pensó en Dannu, en su sensatez, en su autonomía. Ella siempre lo solucionaba todo, ella se encargaba de poner cada cosa en su lugar. Y él no la acompañaba nunca. Un latigazo de añoranza sacudió sus entrañas de pronto porque verla solo para meterse con ella en la cama no era lo que él deseaba. Ni tampoco la clase de vida que quería darle a Dannu. La echaba tanto de menos...

—Es fuerte y valiente como una dragona. Te la puedes imaginar enfadada: un día hasta echó fuego por la boca.

Miriak se rio a carcajadas. Sus modales distaban mucho de los de cualquier dama del otro lado del puente, aunque a Kerión le gustaban sus bromas, sobre todo las más soeces.

—Yo te habría echado el fuego a ti, pelirrojo, pero en la cara.

Kerión sonrió. A veces se admiraba a sí mismo por su capacidad para disimular sus padecimientos mediante la frivolidad de sus chistes. Se colocó el sombrero de juglar. Se lo había hecho Dannu, hacía tiempo, antes de casarse con él. Era verde y ocre, con cuatro brazos que parecían los tentáculos de un pulpo, y Dannu los había rematado todos con un cascabel en la punta. De vez en cuando los volvía a coser para que no se cayeran.

—¿Cuál vas a contar hoy? —le preguntó Miriak mientras Kerión terminaba de acicalarse. Ahora parecía un completo desconocido. Solo su desgreñado pelo naranja y su barba de igual color lo delataban.

—El de la caperuza blanca.

—¡Oh, qué tierno! —se mofó la tabernera—. ¿Estás seguro de que al cerdo de Úlfur le gustará si te espía otra vez? Conste que es de mis preferidos, pero tiene un mensaje descarado...

—Pues si no le gusta, que levante su asqueroso trasero y que se vaya a un burdel para ricos.

—Bueno, bueno... Deja ya a ese idiota y dime, ¿pongo la escoba en la puerta?

El juglar negó con la cabeza, resignado.

—No será necesario hasta que dejemos pasar un tiempo. Por el momento, tenemos que ser discretos.

Kerión ya estaba abriendo la puerta que conducía al salón cuando, de repente, Miriak lo llamó de nuevo.

—Te olvidas de algo, Almafuego.

La tabernera tenía en la mano el laúd de Kerión.

—Menos mal, Miriak —se lo agradeció el juglar—, no sé qué haría sin ti...

Miriak, con las manos en jarras, arqueó una ceja. Y el juglar, sintiendo que la potente llama de la inspiración se prendía una vez más en sus vísceras, dejó a Kerión en la cocina y salió al salón convertido en Nox. Luego comenzó a contar historias y se ganó de nuevo la veneración de quienes le escucharon.

Los ojos de la lumbre

Los bancos de bruma entre los robledales se habían vuelto espesos con el paso de las horas. Cuando en los bosques sucede esto, los destinos de quienes jamás tendrían que haberse cruzado pueden llegar a enredarse de pronto, formando una maraña de hilos complicada de deshacer. Una maraña molesta de cuyos cabos no merece la pena tirar, a menos que se quieran empeorar los acontecimientos.

Era poco después del mediodía y Lora llevaba las manos ocupadas con un cesto de pleita, así que no podía estar demasiado pendiente de nada más que de los troncos de los robles, pues no quería chocarse con ninguno. No quería que se le derramaran las uvas por el suelo porque, si eso ocurría, sería imposible encontrarlas. A Thot le gustarían. Comerían algunas a media tarde y las sobrantes las colgarían de alguna viga, cerca de la chimenea, para que se hicieran pasas.

Pensaba en las conversaciones que había tenido con sus hermanas. Habían hablado de cosas triviales, de asuntos del poblado. Con aquellos pensamientos en la cabeza jamás habría sospechado que, en una tarde taciturna como aquella en un bosque tan extenso, los hados la conducirían hasta el único *efímero* que lo transitaba en esos momentos. Un *efímero* de pelo naranja que, por cierto, cantaba como un dios.

Lora se sobresaltó. Parecía como si los Bosques Fatuos hubieran decidido guardar silencio para que solo pudiera escucharse la voz de aquel músico solitario. O quizás fuera el músico quien, por obra de alguna magia curiosa, había acallado al resto de criaturas para que su melodiosa voz se oyese tras cada enebro y tras cada roca.

Su canción sonaba cada vez más cerca y Lora experimentó un fugaz deseo de poseerla, de que su dueño cantara solo para ella. Al menos esa tarde. Movida por un impulso irracional, se aproximó más y más, olvidando la prudencia que solía caracterizar todas sus acciones. Aquella melodía le abría un único camino entre la niebla empujándola bajo su influjo hipnótico. Y casi sin saber ni cómo, Lora se halló frente al desconocido.

El músico no por verla allí dejó de tocar su laúd ni cerró la boca. Tan solo la miró como si la reconociese de otras veces, haciendo un guiño simpático para indicarle que su canción estaba llegando al final y que en seguida se levantaría a saludarla.

Lora, todavía anonadada, dejó la cesta de pleita apoyada sobre las hojarascas y se sentó. No le importaba esperar mientras observaba a aquel músico. Era un joven humano, de tez blanquinosa y todavía lampiña. Algunas pecas indómitas poblaban el tabique de su nariz, un poco respingona. Nadie en el mundo *efímero* habría pensado que era guapo ni apuesto, pero a Lora le pareció un ser bellissimo. Su voz, sus manos, sus gestos... En ellos existía algo que la atraía sin remedio. Y sus ojos, que apenas ocupaban espacio en su joven rostro, eran negros, pero un fuego profundo ardía en su interior, como si un espíritu de las llamas anduviera escondido allí dentro. Tal vez, después de todo, no fuese un humano corriente.

—Siento si mi música ha perturbado la quietud de vuestro paseo —se disculpó el *efímero* cuando terminó su canción. Su voz al hablar sonaba tan elegante como cuando cantaba, bella, casi seductora. Y a Lora la recorrió un escalofrío.

Él se levantó. Se movía como un caballero. Dejó el laúd apoyado contra un tocón y se acercó al hada para saludarla. Le cogió una mano con suavidad y se la besó en el dorso, inclinándose levemente.

—Me llamo Kerión Lugh —se presentó—. Me dirigía a Zéndelbork, aunque ahora no estoy muy seguro de dónde me encuentro. Quizás esta vez sí me he perdido de verdad.

Lora no sabía qué responderle. Tan solo quería que el tiempo se detuviese para poder observarlo con atención, porque a cada minuto que pasaba se le hacía más difícil no adorarle. Luego intentó resistirse a esa sensación porque ella era un hada adulta. Un humano de dieciocho años de edad era como una criatura de pecho para un hada experimentada como ella. Sí, trató de convencerse unas cuantas veces. Aunque no le funcionó. Entonces volvió a dudar de que aquel ser fuera realmente un humano.

—¿Necesitáis que os ayude a encontrar la senda? —le ofreció, manteniendo su pose con arrogancia—. Conozco este bosque casi tan bien como sus árboles más longevos. Además, por aquí cerca hay un poblado. Mis hermanas podrán acogeros en su casa al menos durante una noche.

Kerión sonrió, con aires de suficiencia.

—No os preocupéis por mí —resolvió con mucha naturalidad—, no es la primera ni la última vez que tengo que pasar una noche solo en el bosque. Las ciudades humanas son, con diferencia, mucho más hostiles, creedme. Además, estos robledales son muy bellos. Bueno, no tan bellos como las hadas que los protegen.

Lora se relajó al escuchar de nuevo su armoniosa voz y se ruborizó al escuchar aquel elogio dirigido a ella. Sin saber por qué, le excitó de una manera especial que viniese del humano, aquel extraño humano de los ojos ardientes.

—Aún no me habéis dicho vuestro nombre —le dijo Kerión sacándola de sus pensamientos. Su pelo naranja irradiaba un brillo especial en medio de la bruma pesada y grisácea de aquella tarde húmeda.

—Me llamo Lora —titubeó ella, no demasiado segura de que fuese lo correcto—. Lora Nenúfar.

Él levantó una ceja y articuló una mueca rebosante de picardía.

—Ya veo. También vuestro nombre es hermoso. ¿Existe algo en vos que no lo sea?

Kerión profirió una carcajada. Hasta su risa resultaba agradable al oído. Y no solo eso, sino que contagió a Lora de inmediato. El hada ya no sabía cómo hacer para disimular el rubor de sus mejillas. La cara entera le ardía. —Quizás os venga bien comer un poco de uva recién recogida, puedo compartirla con vos —le ofreció finalmente, abandonando su inicial desconfianza.

Y el joven humano estuvo de acuerdo.

—Eso sí que ha sido un descuido por mi parte... —apreció.

—¿Cuál? ¿No lleváis en vuestra faldriquera nada para cenar?

—Solo un poco de pan duro. Pero no es eso lo que me apena.

—¿Y qué es?

Los ojos negros del humano se encendieron con un par de fognazos y recorrió al hada con ellos. De haberlo hecho cualquier otro, habría sido un gesto descarado. En cambio, viniendo de Kerión, a Lora le gustó sentirse deseada por él.

—Resulta que esta noche no tendré a nadie con quien compartir mi cena.

La maestría de sus palabras podría haber convencido a cualquiera para que se quedara a cenar con él. Y Lora no era ninguna excepción a su encanto hechizador. Le había prometido a Thot que llegaría para después de comer, pero supuso que al viejo duende no le molestaría que esa noche no pasara por casa a cenar. Se sintió un poco culpable, sin embargo ella era una hembra libre. Podía cenar con quien quisiera.

Se acercó a Kerión, le enseñó el cesto lleno de uvas y aquel sonrió. Tenía una gracia especial para hacerlo, aunque no parecía una sonrisa ensayada, sino tan natural como él en sí mismo y su maravilloso embrujo. Dirigió una de sus manos a los racimos. Las tenía blancas y finas. Luego acarició aquellas frutas del color del vino, con mucha suavidad, tratando de escoger con acierto la primera que iba a comerse.

—¿Os he dicho que me encanta la uva? —dijo, llevándose una a los labios. Lora se quedó abstraída mientras le miraba la boca al masticar.

—Pues, entonces, comed cuanta queráis.

—¿En serio? —le preguntó Kerión antes de coger más—. ¿Puedo comérmela toda?

Un ligero brote erótico perfumó su voz y el hada tuvo que apartar sus ojos de él para no seguir sucumbiendo a su infalible juego de seducción. Jamás nadie la había cortejado con tanto talento. No se reconocía a sí misma, pues nunca ninguno de sus eventuales amantes había desatado en ella aquella voracidad.

—Kerión —pronunció al fin, con la esperanza de frenar sus instintos al utilizar el lenguaje verbal.

—¿Sí?

—Tengo que volver a casa. Le prometí a mi padre que llegaría a estas horas, y la verdad es que debe de estar preocupado.

Y un leve atisbo de pena nubló la radiante cara de Kerión, aunque no por ello dejó de comportarse como un caballero.

—Entiendo —asintió—, será mejor que cumpláis vuestra palabra. Vuestro padre ya debe de estar preguntándose dónde estará su tierna hija. Y, además, no creo que le agrade que habléis con desconocidos, sobre todo en una tarde de niebla como esta.

Lora habría esperado quedarse satisfecha con la reacción del juglar, con la reacción de un joven comprensivo, decente y respetuoso. Pero le sucedió todo lo contrario: en esos momentos lo maldijo por no intentar retenerla a su lado un poco más, por no seguir seduciéndola con sus delicados halagos. Y se contrarió.

—¿Es que ni siquiera vais a acompañarme? Si las tardes de niebla, como vos decís, son tan inquietantes, ¿por qué no me acompañáis hasta mi guarida?

En ese momento, Kerión supo que acababa de avanzar otro paso hasta su objetivo: el hada le enseñaría dónde estaba su hogar. Las comisuras de sus labios se izaron acentuando su simpatía desbordante. Luego emuló una pequeña reverencia ante Lora y esta volvió a quedarse deslumbrada por su gallardía.

—A donde digáis, mi dulce dama —prometió el juglar—, como si es el propio Éggor. Os seguiré hasta que os hartéis de mí.

Lora no tuvo más remedio que regalarle una mirada agradecida. Estaba completamente atrapada por su carisma, y cada vez que intercambiaban otra palabra se enredaba aún más y más en su galantería.

Antes de que pudiera darse cuenta, Kerión ya estaba a su lado de nuevo, cargado con su faldriquera y con su laúd a la espalda. Sin dudarlo un instante, el juglar le quitó el cesto de uvas de las manos para que ella no tuviera que cargar con él.

—Gracias —dijo ella.

—Faltaba más —respondió aquél—. Y ahora, ¿hacia dónde nos dirigimos?

Lora giró sobre sí misma. Entre la bruma y la marea de pasiones que sacudía sus entrañas, había perdido un poco la noción del espacio en donde se hallaba. Tras concentrarse, empeñando toda su voluntad para ignorar al juglar durante unos segundos, en seguida encontró el camino de vuelta al tejo de Thot.

—Por aquí —indicó—, seguidme.

Acto seguido, caminaron el uno al lado del otro durante un buen rato. A medida que se alejaban del punto en donde se habían encontrado, Lora se iba sintiendo cada vez más joven. No solo en su aspecto, pues era un truco sencillo para algunas hadas aparentar mucha menos edad de la que tenían. Pero esa vez era distinto: en su interior reinaba una sensación parecida a la de cuando cumplió las dieciséis eras de edad, la misma despreocupación, las mismas ganas de disfrutar sin más de los placeres de la vida...

Mientras conversaba con Kerión, se descubrió a sí misma arrojándole sugerentes gestos, pidiéndole con su cuerpo lo que tanta vergüenza le daba pedir con su voz. Sin embargo, Kerión respetaba su distancia y su honra, y eso, sin duda, lo convertía aún más en un hombre irresistible.

De pronto, el tejo milenario apareció detrás de la bruma. Ni seis hombres juntos habrían podido rodearlo cogidos de las manos. Viéndolo desde

fuera, Kerión ni siquiera podía sospechar que en su interior un dios había construido su hogar. ¿O quizás sí lo sospechaba?

–Dadme la cesta, Kerión –concluyó Lora, decepcionada porque el juglar no había luchado por ella lo suficiente, defraudada porque no le había tirado de un brazo para acorralarla contra un árbol y besarla. Por el contrario, Kerión la obedeció, sin más. Le entregó de nuevo las uvas y se encogió de hombros, conforme.

–¿Vives aquí? –le preguntó, asombrado. Ella asintió. No sabía si podía contárselo a alguien. Hasta entonces, nunca nadie había visto el tejo de Thot, ni siquiera por fuera. Pero, al fin y al cabo, no podía ocurrir nada malo. Tan solo se lo estaba enseñando. Kerión no podía entrar allí aunque la siguiera, así que no existía ningún riesgo para su pacto de lealtad con Thot.

–Bueno, dulce Lora –se dispuso a despedirse–. Ha sido un placer.

Lora sabía que tenía que responder algo así como “El placer ha sido mío”. Mas no lo hizo. Seguía expectante, seguía convencida de que Kerión le debía algo, tal vez un beso, o un susurro al oído. Tal vez la promesa de que se volverían a ver, aunque fuera otro día, un día que no hubiese bruma. –Está bien, Kerión. Aquí se separan nuestros caminos.

El juglar le cogió la mano y se la besó, otra vez. Lora se regodeó en el breve instante durante el que los labios del joven rozaron su piel. Cuando él se separó de ella, el hada se giró hacia el árbol. Apoyó sus dedos sobre su corteza, preparada para susurrar el sortilegio que, como todos los días, le permitiría entrar en él. En cambio, notaba los ojos de fuego de Kerión quemándole la espalda de un modo placentero.

–Esperadme un momento, ¿vale? –le propuso de repente. Kerión no comprendía, o tal vez sí...

–¿Cómo decís? ¿Que os espere? Creía que esto era una despedida. Vuestro padre os aguarda.

–Esperadme, por favor. Tan solo entraré un momento. Voy a dejar toda esta uva en casa y luego cenaré con vos.

–Pero...

–No quiero que cenéis solo, aquí en medio del bosque, durante una noche tan fría.

Kerión esbozó una sonrisa bondadosa y grata a la vez.

–Gracias, hada. Será un honor que cenéis a mi lado. Está oscureciendo y sería conveniente ir preparando un fuego. ¿Tenéis un poco de fuego en vuestro hogar?

Lora dudó. Claro que había fuego en su hogar: el fuego sagrado del Guardián del Destino, un fuego que jamás se apagaba pero que, como todos los espíritus del fuego, a veces reclamaba ser alimentado, por simple gula.

Antes de que el hada contestara, Kerión ya sostenía en una de sus manos una rama seca de castaño. La frotó con sus dedos para limpiarla de barro húmedo y, cuando ya estuvo lista, se la entregó a Lora.

—Por favor: prended un poco de vuestro fuego aquí y traédmelo después, para la fogata.

Parecía una petición inofensiva, carente de toda maldad, pues ¿qué peligro podría haber en tomar una chispa del fuego sagrado para poder calentarse en la noche?

Lora se deleitaba observando los ojos negros de Kerión, bordeados de cortas y rubias pestañas.

—Descuidad —le confirmó—, volveré en seguida y os traeré el fuego.

—Gracias, Lora.

Kerión había vuelto a ganar terreno. Ya casi tenía lo que había ido a buscar, pues a esas alturas Lora solo estaba pensando en sus labios.

Cuando el hada entró en el interior del tejo de Thot, el Guardián del Destino no se encontraba allí. Su escritorio seguía tan desordenado como siempre, aunque no había muestras de que hubiera probado la sopa de borrajas que ella había dejado cociendo desde la mañana. No había cuencos sucios ni cucharillas amontonadas. Nada de eso. La casa de Thot se sentía silenciosa y expectante, como si cada una de sus tortuosas paredes observara a Lora con más atención que nunca.

El hada supuso que el viejo duende había salido. No era extraño que lo hiciera, sobre todo ahora que estaba empezando a escribir los destinos de los nuevos Eternos. “Los Eternos”, se dijo. El Libro de los Eternos continuaba sobre el escritorio de Thot, tan bien encuadernado. A Lora, por un momento, le habría gustado enseñarle a Kerión lo bonito que le había quedado. Acto seguido, fue consciente de su locura. Ese libro no podía salir de allí. Si caía en las manos equivocadas, todos lo lamentarían. Todos. “¿Cómo se me ha podido ocurrir?”, pensó. Sin darse ni cuenta, se había situado junto al escritorio del Guardián del Destino. Entonces notó unos ojos clavados sobre su espalda, o más bien una caricia ardiente, como si las llamas de la lumbre la estuvieran masajeando con sus dedos flamígeros.

Se giró rápidamente, pero no había nadie allí. Seguía estando sola. Dejó la cesta de las uvas en un rincón y luego se aproximó al fuego, con la rama que le había dado Kerión en la mano. Se agachó para prenderla, para robar

una pizca del fuego sagrado de Thot y, para su sorpresa, las llamas no protestaron. Solían replicar cuando se las molestaba, emitiendo algún chasquido y crepitando irritadas. Sin embargo, esa vez fulguraban tranquilas, atenuadas por una extraña paz casi hipnótica, como si alguien las hubiese domado con suavidad. Así que Lora tan solo tuvo que acercarse a ellas aquella rama seca y, cuando obtuvo un poco de fuego, se marchó al exterior, para llevárselo a Kerión.

Fuera del tejo, el juglar la esperaba tranquilo, arpegiando y tarareando alguna sonata liviana, brillando entre los espesos bancos de niebla que rodeaban su figura como si no se atreviesen a tocarlo. Kerión de pronto dejó de cantar y levantó la mirada. Sonrió.

—¿Qué es eso, Lora? ¿Un libro?

Lora se sobresaltó. No recordaba en qué momento lo había robado del escritorio de Thot. En cualquier caso, había cometido una imprudencia muy grave y tenía que correr adentro, a devolverlo. Después, suplicaría a los hados que Kerión se olvidara de todo.

—No puedo enseñártelo —determinó con firmeza, casi molesta. Luego, se arrepintió. Kerión, al fin y al cabo, no tenía culpa de su negligencia. Además, el humano desconocía la importancia de aquel libro, así que todo quedaría en una anécdota si lo devolvía ya a su lugar de origen.

—¿Por qué estáis tan nerviosa, Lora? Tan solo es un libro. Así que sois poetisa... Sois increíble, sabia y hermosa.

El hada estaba contrariada. Las palabras de Kerión, una vez más, habían engordado su caprichoso ego, y era difícil no ceder a su adulación.

—Pero no lo leeré, si no queréis —se disculpó el juglar—. Nunca hay que leer una obra hasta que su autor la termina.

—No la he escrito yo. Solo la he encuadernado. Supongo que eso no tiene tanto mérito para vos, que sois un contador de historias.

En cambio, la explicación de Lora no causó ninguna decepción en Kerión.

—Entonces, sois artesana... —concluyó—. Me lo podría imaginar mirando vuestras espléndidas manos. Feliz aquel que pueda gozar de una caricia otorgada por vuestros dedos de cristal.

Lora volvió a sobrecogerse al escuchar su voz varonil colmándola de elogios. Kerión era adorable, era tierno y caballeroso, pícaro y sensual... Y parecía sensato. Tal vez podría confiar en él. ¿Por qué no? Solo le enseñaría el libro a él, a un simple humano incapaz de utilizarlo para ningún interés personal. Después lo devolvería al escritorio de Thot y no sucedería nada.

Quizás el Guardián del Destino ni siquiera se diera cuenta: era tan desordenado que resultaría sencillo convencerle de que él mismo había cambiado el libro de lugar, eso si llegaba a sospechar algo.

—Acercaos, Kerión —decidió al fin—, me gustaría enseñaros este libro. Es muy especial, sé que alguien como vos sabrá valorarlo.

El juglar arqueó las cejas y abrió sus pequeños ojos, sorprendido.

—¡Oh, Lora! No, no lo hagáis si no estáis segura. Yo no soy digno...

Pero Lora había avanzado hasta encontrarse frente a él. Entonces, le colocó el libro en las manos. Y la mirada de Kerión refulgió con un candor anaranjado por encima de su sonrisa audaz.

Elébora de Tésel

En el puerto de Sarbhork hacía un frío que helaba los huesos, un día de fiesta por la mañana. Aunque la ciudad estaba tranquila y sus habitantes recogidos en sus hogares, en el puerto, sin embargo, se palpaba una agitada actividad. Una portentosa coca mercante, la segunda mejor del varadero, estaba siendo preparada para navegar. Un ir y venir de hombres cargados con todo tipo de fardos se había desplegado desde las primeras horas de la mañana. Hablaban entre ellos y algunos protestaban por tener que trabajar durante aquel día festivo, aunque cabe decir que bajaban la voz a conciencia cuando pasaban junto a otro hombre que, a diferencia de ellos, no tenía que cargar el barco. Un hombre de cabello negro, ondulado, que se cubría los hombros con una capa nueva de color rojo burdeos, de porte caballeresco y con la barba muy bien recortada. Su antifaz era de plata y sus ojos desiguales: el izquierdo de color azul cielo, el derecho, negro como la noche. Dos soldados lo acompañaban, erguidos y firmes a su lado, callados como el mar, que se había despertado tranquilo. Era por ese preciso motivo por el que los marineros tendrían que trabajar esa jornada, aunque fuera un día festivo, pues era muy importante que ese barco zarpara cuanto antes, rumbo a Maldivia. Al menos les quedaba el consuelo de que se les pagaría bien, el doble, o el triple, quizás.

De pronto, una comitiva formada por nueve soldados a caballo apareció en el puerto, nueve soldados enmascarados al estilo militar, con máscaras rectilíneas de metal que les cubrían todo el rostro. Iban vestidos de un modo que evidenciaba su vasallaje con algún señor poderoso, pues sus caballos estaban sanos, sus ropas, impolutas, y las piezas de sus armaduras no tenían óxido.

Detrás de ellos llegaba un carruaje. Tal vez algún arriero había sacado brillo a las ruedas aquella misma mañana, porque estas lucían como el nácar. El cochero detuvo a los caballos cuando el carruaje ya estaba lo bastante cerca del muelle y, acto seguido, el noble de los ojos enigmáticos se acercó hasta allí mostrando una sonrisa de verdadera alegría. Él mismo se ocupó de abrir la puerta del carruaje y también sus brazos cuando una dama con un antifaz de plata fina se dispuso a bajar.

—¡Elébora! —exclamó con entrega. Ella corrió a abrazarlo, sin perder la compostura, eso sí. Era una mujer alta y atlética que se movía como si estuviese acostumbrada al esfuerzo físico, a diferencia de muchas damas de su condición. Pero no por ello gozaba de menos elegancia, pues con lo que costaba un solo retal de su vestido habrían comido por una semana cinco de sus vasallos. El color gris azulado de su ropa acentuaba lo claro de su limpieza, que asomaba bajo su antifaz de plata con gracilidad, mostrando unos labios bien perfilados del color de las grosellas.

—¡Oh, Krémbedh! ¡Mi hermano querido! —contestó, deshaciéndose de su abrazo muy despacio, como si quisiera prolongarlo más en el tiempo—. Han pasado catorce eras desde la última vez que te vi, solo eras un muchacho cuando te marchaste al frente. Y ahora, mírate: la batalla te ha devuelto convertido en un hombre.

Elébora le acarició a su hermano menor el cabello, que le caía por encima de los hombros. Era exactamente igual que el suyo. En cambio, aquello que evidenciaba más que nada su parentesco era el color de sus ojos, pues ella también tenía el izquierdo azul y el derecho negro. Ambos lo habían heredado de su padre a diferencia de sus hermanas mayores, Iskra y Moira de Tésel.

—Pues tú, en cambio, sigues igual de hermosa y joven que la última vez que te vi, hermana. Es curioso, pero ahora parece que sea yo el hermano mayor, ¿no crees?

Elébora lo miró con cierto aire reprobatorio mientras Krémbedh articulaba una sonrisa burlona. Entonces, ella se llevó las manos al escote. Justo allí, reposando sobre sus bien torneados pechos, brillaba un extraño colgante de plata: era una flor ancha y de cinco pétalos. Un eléboro, sin duda. La dama se lo guardó rápidamente debajo de la ropa y su hermano se volvió a reír.

—La abuela te advirtió que no lo malgastaras, hermana —le recordó aquél, que aparentemente conocía bien las cualidades de aquella joya.

–Eso no es asunto tuyo, Krémbedh –espetó ella, tajante–. Ningún hombre tiene derecho a opinar sobre lo que una mujer haga para mantenerse hermosa.

–¿Aunque sea tu hermano pequeño? –sugirió él. Y Elébora no pudo continuar enfadándose. Cuando Krémbedh nació, ella sumaba diez eras de edad. Tal vez fuera el recuerdo más dulce de su infancia, pues con la llegada de su hermano, Elébora había sustituido a sus muñecas por un bebé de carne y hueso al que cuidó y mimó hasta la saciedad. Prácticamente, y aprovechando las prolongadas ausencias de su madre, lo crio ella con ayuda de las nodrizas. Incluso cuando Krémbedh llegó a la adolescencia, Elébora seguía siendo su máxima confidente. Ella conocía todos sus secretos y él, los de ella. Finalmente, enternecida por la sonrisa granuja de su apuesto hermano, Elébora terminó por reírse y no se enfadó por el asunto del colgante de plata, su talismán.

–Hermana, estás helada. Cúbrete ahora mismo o enfermarás.

Krémbedh, sin dudarlo ni un momento, se quitó la capa al ver que Elébora tenía la piel de los antebrazos erizada. Se la echó por encima de los hombros y ella le dio las gracias. De pronto, llegó otro grupo de soldados tan elegantes como los primeros. Krémbedh se sorprendió y observó a su hermana, aguardando una explicación.

–No me mires así –se excusó ella–, una señora feudal de mi estatus debe ir siempre muy bien acompañada.

–No lo dudo, hermana. Pero juraría que en esa coca mercante están metidos una mitad de tu caserón y un tercio de tus criados. ¿Por qué llevas tantas cosas?

En ese momento, un militar vestido aún mejor que el resto se detuvo ante Elébora, saludándola con una cortesía intachable. Era Creontus Colmillo, su capitán. Ella lo miró y asintió con la cabeza para indicarle que podía hablar.

–Vuestro caballo, mi señora. Como nos indicasteis.

Acto seguido, un *shire* negro de la mejor raza era conducido por otro soldado con sumo cuidado. El animal había sido cepillado con mucho esmero aquella misma mañana.

–Excelente trabajo, Creontus –aprobó ella–, procurad que el viaje le resulte lo más cómodo posible.

–Sí, mi señora.

El militar se marchó y se dirigió hacia el caballo mientras Krémbedh los escrutaba con los ojos desorbitados.

–Hermana, ¿también te llevas a tu caballo?

Ella torció los labios, con un deje despota.

—Una amazona como yo puede necesitar a su caballo en cualquier momento. No olvides que estas faldas se deben solo al protocolo.

Elébora se cogió las faldas con un gesto de desdén. Desde luego, ella no era la típica mujer pasiva que ejercía como estandarte de un hombre. Ella era la dueña del condado de los Tésel, la terrateniente, la heredera de la casa de su familia y, como tal, se había tenido que acostumbrar a comportarse como un varón para ganarse el respeto de sus vasallos, sobre todo el de los soldados. Elébora solía vestirse con pantalón, montaba a caballo, salía de caza, negociaba con los embajadores y recibía a los grandes señores cuando había que pactar alianzas con tal de resistir a los ataques de los rebeldes. Sus vasallos se sentían protegidos por ella, y aunque no era poco severa con las normas de su casa, era apreciada por aquellos que se hallaban bajo su protección, pues Elébora no solía levantar la voz ni empleaba la violencia. Aunque de ella se contaba también que, cuando tenía que castigar a alguien, lo hacía con otros métodos más oscuros y sobrenaturales, peores quizás que la horca o los latigazos.

—Cualquiera diría que pretendes pasar una larga temporada en Maldivia, hermana.

—Y así es, Krémbedh —afirmó ella—. No sé para qué demonios nos ha convocado nuestro sobrino Runus. Pero, como puedes sospechar, deseo alojarme por un tiempo en la ciudadela. Quiero ver cómo andan las cosas allí. Además: el castillo de Maldivia es enorme y las cámaras para invitados son espaciaosas. Runus nos habrá asignado las mejores, sin duda.

—Eso espero, hermana. Recuerda que la última vez no había espacio para todos los huéspedes.

—Lo recuerdo bien, Krémbedh. Menos mal que a Úlfur no le importó compartir sus aposentos privados conmigo.

En la boca de Elébora se dibujó una sonrisa de satisfacción mientras su hermano miraba hacia todos los lados, preocupado por si alguien los había escuchado.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, sin ningún reparo.

—Hermana, no es de buen gusto que una dama hable de esas cosas en público.

Elébora ladeó la cabeza, resignada, divirtiéndose al ver a su hermano escandalizado por su atrevimiento. En efecto, era lo bastante educada como para no hablar de su desatada sexualidad, aunque no por ello pensaba cambiar su forma de vivirla.

—¿Cómo está él? —inquirió ella, algo más solemne.

—¿Úlfur? La última vez que lo vi estaba bien. Luchaba como una fiera en el campo de batalla. Su voz bramaba cada vez que un enemigo probaba el mordisco de su acero y eso nos llenaba a todos de euforia y de ganas de continuar. Úlfur es un guerrero impresionante, de los pocos que ha salido ileso de las contiendas, y eso que hasta lo atravesaron con una espada, en la batalla de Árida. Lo más grave que se ha llevado han sido vanos rasguños. Es obvio que nuestra diosa siempre lo protegía.

La señora de Tésel entrecerró un poco sus ojos de dos colores. Por un momento se imaginó a Úlfur cargando contra otros guerreros, con el pecho semidesnudo y sudoroso, manchado de sangre. Y ardió en deseos de volver a yacer debajo de aquel cuerpo musculado y caliente que ahora, además, sería el de un hombre adulto. Pronto estaría de nuevo en sus sábanas.

—¿Es que no vas a preguntarme por los demás, hermana?

Elébora liberó una carcajada tan elegante como ella misma.

—Ya sabes que tengo prioridades. Pero, bien, si insistes... ¿A ti qué tal te ha ido, Krémbedh? Llevas diez lunas ejerciendo como alcaide en Anira, en la Isla Dorada. Debo reconocer que me entristeció que no volvieras a casa después de la guerra, aunque Runus tenía planes para ti, claro, uno de sus mejores hombres. Te he echado mucho de menos, hermano. He rezado por ti cada día durante las doce eras que duró la guerra. Hice todo lo que estaba en mi mano para proteger tu vida.

Elébora amaba a su hermano. En verdad había sufrido mucho por él recibiendo angustiosas noticias de vez en cuando de algún mensajero que pisaba sus tierras. Sin embargo, para su consuelo, siempre supo que él seguía vivo. Estaba segura de que la guerra no lo iba a matar porque ella ya se había encargado de protegerlo con su hechicería.

—Yo también hice caso a tus consejos, hermana. Y que nadie más que tú me oiga, pero incluso puse en práctica algunas de esas brujerías que me enseñaste.

—¿En serio? —se sorprendió Elébora—. Siempre creí que mis sortilegios te parecían una vulgar superstición.

—No es eso, Elébora. Descendemos de hechiceros poderosos, no puedo negar nuestro legado. Pero, si te soy sincero, siempre dudé de mi capacidad para la magia.

—Tonterías, Krémbedh. Sabes que posees un gran potencial, tienes sangre de brujo. Solo es que no le has dedicado el tiempo suficiente.

Krémbedh se encogió de hombros. Su camisa ocre los definía anchos y trabajados.

—¿Cómo querías que se lo dedicara? Me reclutaron cuando solo tenía dieciocho eras. Cuando estás en la guerra, gastas la mitad de tu tiempo en sobrevivir y la otra mitad en planear cómo vas a sobrevivir al día siguiente.

Tras escucharle, una lágrima brotó del ojo negro de Elébora. Entonces volvió a abrazar a su hermano.

—¡Oh, Krémbedh! Has debido de sufrir tanto...

Mientras la noble dama se enjugaba los ojos por debajo de su antifaz, Creontus, el militar, volvió a acercarse a ellos. Elébora, al verlo, se separó de su hermano con sutileza y le indicó que hablara.

—Mi señora, el navío está listo para zarpar.

—Muy bien, Creontus. Ahora conducidnos a mi hermano y a mí hasta nuestro camarote, por favor.

Creontus asintió con suma educación y, a continuación, guio a su señora y a Krémbedh hacia el barco. Elébora se recogió las faldas para poder subir mientras su hermano menor la seguía, cuidando que no se tropezara. Una vez subieron a la cubierta, un hombre de barba cana y áspera se adelantó para saludarles. Era el capitán del barco. Llevaba un sombrero distintivo acabado en azul cian y una camisa de igual color, ajustada con un cinturón ancho de cuero.

—Señora —saludó a Elébora haciendo una ligera reverencia y besándole la mano—, bienvenida a bordo. Si tenéis cualquier necesidad durante el viaje, tan solo hacédselo saber a los miembros de mi tripulación. Estarán encantados de satisfacerla.

El capitán gozaba de un aspecto lustroso a pesar de sus canas y de su vida dura en alta mar. Tenía las manos recias, ásperas y llenas de venas.

—Gracias, capitán —respondió Elébora—. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

El hombre, que llevaba la mitad superior del rostro cubierta por una máscara en tono terracota y de formas redondeadas, se giró para otear el horizonte. Luego, se dirigió de nuevo a la señora de Tésel.

—Si todo va bien, mañana por la mañana atracaremos en el puerto de Zéndelbhork, mi señora.

A Elébora no le hacía ninguna gracia tener que pasar una noche en medio del mar. Le era molesto el vaivén de los barcos, a veces le producía náuseas, y no había cosa que más le avergonzara que ponerse a vomitar por la borda en presencia de todos aquellos plebeyos. No obstante, sonrió al capitán y le dio las gracias.

Después, un muchacho los llevó hasta el camarote. Teniendo en cuenta el dinero que habían pagado por viajar allí, a Elébora le pareció un rincón lamentable, pero se conformó. Dio las gracias al muchacho y le pidió que les llevaran un poco de achicoria caliente, para apaciguar el mareo. Cuando el chico se retiró y cerró la puerta del camarote, Elébora se sentó junto a la ventana. Incluso el olor a salitre le era aborrecible, aunque al menos allí dentro ya no hacía frío. Se quitó la capa de Krémbedh y se la devolvió a este para que la colgara de algún lugar y no se le arrugara. Había varias esteras de juncos sobre el suelo y una mesilla que olía a licor de las nieves. Quizás algún viajero, durante un día de fuerte marejada, lo habría derramado allí encima, pues la bebida se había filtrado en la madera a través de las grietas y piquetes de su superficie.

Cuando Krémbedh terminó de colocar sus enseres personales cerca de los camastros, se acercó a donde estaba su hermana, cuya mirada bicolor continuaba perdida en el horizonte gris y blanco de aquella mañana de niebla. Había dos lamparillas encendidas y toda la estancia olía a aceite de gaviota.

—¿Y qué tal está Daurana? —inquirió él—. ¿Por qué no la has traído? Debe de estar preciosa, ¿cuántas eras suma ya? En Anira tengo un regalo para ella que le va a gustar.

Elébora se turbó cuando su hermano le preguntó acerca de su hija. Desde hacía algún tiempo no la llevaba a ningún lugar y, además, hablaba poco de ella, solo si le preguntaban de un modo directo, como era ahora el caso. —Está enferma —concluyó, tajante. Pero Krémbedh, que conocía a su hermana tan bien como ella a él, no se rindió. No se lo creyó, en absoluto. —¿Qué sucede, hermana? ¿Temes que tu hija te robe a los pretendientes?

La señora de Tésel enrojeció súbitamente. Su pulcra tez se encendió con ira y sus ojos fulguraron de rabia mientras su rostro adoptaba una expresión castigadora. Habría zanjado aquella conversación del modo menos cortés de no ser porque se trataba de su hermano pequeño, con quien compartía sus tormentos y preocupaciones. A decir verdad, había esperado durante mucho tiempo que llegara el momento de poder confesarle aquellas angustias tan íntimas.

—Pues sí, Krémbedh. Esa es una de mis mayores preocupaciones ahora mismo. Daurana florece mientras yo me marchito. Y todavía no tengo al hombre que quiero a mi lado. Si la hubiera traído ten por seguro que todos los nobles de Maldivia se acercarían a mí, pero para pedirme su mano.

—¿En serio? ¿Se ha hecho tan hermosa como tú?

Elébora irguió la barbilla, con soberbia, y suspiró.

—Es más hermosa que yo. Ni siquiera el eléboro que me regaló la abuela está impidiendo que me supere en lozanía y belleza. Esa niña es muy apetible. Y además, es descarada. Pero no posee el don de la familia.

Krémbedh se quitó el antifaz, y su hermana, que todavía no le había visto desde que era prácticamente un muchacho, se enorgulleció de encontrárselo convertido en un hombre tan atractivo, a pesar de los achaques de la guerra.

Krémbedh suspiró: era un descanso para él poder separar el frío metal de la piel de su cara. Se levantó de la mesa y depositó la máscara sobre una balda que salía de la pared de madera. Entonces recordó a la hija de Elébora: hasta donde abarcaba su memoria, Daurana era todavía una criatura de pañales con el cabello abundante y ensortijado, de color castaño. No tenía la mirada de los Tésel y, por lo visto, tampoco poseía el don para las malas artes, un detalle que consolaba a su madre. Krémbedh se acordó también de la máscara que había comprado para su sobrina, una máscara de oro fino con piedras ensartadas que, sin duda, realzaría su feminidad y el vigor de su juventud. Sería mejor no decírselo a Elébora o esta reventaría de envidia.

—Si abusas del amuleto de la abuela, lo pagarás caro, hermana. Ella te lo advirtió antes de morir.

—Me da igual. Atraparé a Úlfur antes de que eso ocurra. Luego, cuando consiga que me pida matrimonio, me resignaré a envejecer, aunque al menos ya lo habré puesto a mi lado.

—¿Cuantos pétalos has utilizado ya? —le preguntó Krémbedh—. Anda: quítate la máscara.

Cierto sentimiento de culpa abordó la mirada de dos colores de Elébora mientras obedecía a su hermano. Cuando dejó su rostro al descubierto, aquel confirmó sus sospechas: su hermana mayor parecía una doncella. Después, Krémbedh tomó entre las yemas de sus dedos la flor de plata que pendía del cuello de Elébora y la observó: tres de sus anchos y lobulados pétalos se veían algo más apagados que los demás si se los observaba de cerca. Luego la miró, resignado.

—Me quedan dos —anunció ella en voz baja, avergonzada.

—¿Dos? —se sorprendió aquél—. ¿Solo dos? Elébora, ¿en qué estás pensando? ¡La abuela te dijo que te los reservaras para cuando tuvieras una necesidad seria! ¡No para volver a ser una doncella cada vez que te veas una cana, insensata! Recuerda que por cada pétalo que consumes...

—¡Ya lo sé, Krémbedh! ¡Ya lo sé!

Elébora siguió mirando al mar mientras otra lágrima silenciosa se desprendía de su ojo. Esta vez era el ojo azul el que languidecía. La dama extrajo un pañuelo blanco de un bolsillo interno de su incómoda falda y se limpió las mejillas con delicadeza. Se sentía como una niña reprendida. —Tienes que madurar de una vez, hermana. O lo lamentarás.

—¿Crees que Úlfur la preferiría a ella? —gimió Elébora. Krémbedh no daba crédito a sus oídos. La pregunta de su hermana era descabellada, era una locura. Tal vez lo más razonable sería quitarle el eléboro durante una temporada y devolvérselo cuando lo necesitase de verdad, cuando el tiempo hiciese mella en su salud y comenzase a sufrir en sus carnes los golpes reales de la vejez. Elébora no se lo permitiría ni muerta.

—Daurana solo suma catorce eras, hermana. Es una niña. Ninguno de los guerreros de mi generación te pediría su mano.

—En cualquier caso —declaró la señora de Tésel, recuperando la entereza—, ya he decidido lo que voy a hacer con ella. La voy a mandar con su padre. —¿Con su padre? —se escandalizó de nuevo Krémbedh—. ¡Elébora, solo es una niña! Ánkork es una isla inhóspita, fría, y allí siempre es de noche. Además, está llena de rufianes, de mercenarios, de bárbaros.

—Pero su padre está bien posicionado, recuerda que desciende de los Futhark. Trueno la mantendrá a salvo en su castillo. Además, ¿qué demonios? A esa niña le hace falta aprender lo dura que es la vida. Que se las apañe.

La voz de Elébora sonaba frívola y cruel. Se sentía como una hembra luchando contra otra por el territorio, y no pensaba aceptar una derrota. No, mientras tuviese la fuerza y la juventud suficientes.

—Trueno Futhark ha venido a verla un par de veces —explicó Elébora un poco más tranquila—. Solo tú sabes que él es su padre. Y Daurana también, por supuesto. A ella no le disgusta Trueno. Ya te he dicho que no ha salido a nosotros. No es una Tésel.

De pronto, el muchacho que los había conducido hasta el camarote pidió permiso para entrar. Con tal de que no viese a su hermana llorando, Krémbedh tomó la iniciativa de levantarse y acudir hasta la puerta para abrirla él mismo. Entonces, cogió de las manos del muchacho una bandeja con dos pocillos y una tetera y luego los llevó hasta la mesa. Fue en ese momento más que en ningún otro cuando acusó los movimientos del barco, mientras se esforzaba por que ningún cacharro se le cayera al suelo.

Una vez en la mesa, sirvió en primer lugar a su hermana y esta le dio las gracias, pero no bebió ni un sorbo hasta que él llenó su pocillo. Cuando aca-

bó de hacerlo, Elébora tomó el recipiente entre sus manos para calentárselas, pues la humedad del mar y su propia desazón la habían dejado congelada.

—¿Daurana ya lo sabe? —prosiguió Krémbedh, abordado por una profunda compasión hacia su sobrina. En cambio, Elébora continuaba impasible, vengativa, gélida.

—No todavía —dijo, y bebió un poco—. Cuando llegue el invierno tenue Trueno vendrá para llevársela. Hasta entonces, aún me queda tiempo para contárselo y que se vaya haciendo a la idea.

Krémbedh estaba acongojado. Tésel o Futhark, Daurana era un miembro de su familia. Llevaba su sangre.

—El viaje hasta Ánkork es muy largo y peligroso. El Océano Frío es bravo, traicionero, está lleno de criaturas voraces y de islas de hielo que parten a los navíos por la mitad. ¿Por qué no me la envías a mí, Elébora? —propuso, con la esperanza de virar la hermética decisión de su hermana—. Anira es una región muy próspera y yo soy su alcaide, mientras Runus no me destituya, por supuesto.

Pero Elébora no quería que nadie le discutiera, ni siquiera su hermano predilecto. Al escuchar su estúpida sugerencia, hirvió de celos, y temió que su pérfida hija también fuera capaz de robarle el amor de Krémbedh.

—Yo soy la madre de esa pequeña víbora y, por lo tanto, yo decido qué se ha de hacer con ella. ¿Está claro?

Y Krémbedh asintió. No merecía la pena insistir. Las olas continuaron batiendo por debajo de la coca mercante y su incómodo movimiento de oscilo tan solo agravó más el ánimo de Elébora.

Durante el tiempo que tardaron en beberse la amarga achicoria, no volvieron a cruzar una sola palabra ni una sola mirada. Cuando Krémbedh se terminó su bebida, se levantó, se colocó la capa sobre los hombros y se puso la máscara sobre el rostro.

—Saldré a charlar con el capitán —resolvió—. Hasta que llegue la hora de comer, te recomiendo que intentes dormir un poco. Te vendrá bien para el mareo.

Luego, Krémbedh abandonó el camarote y Elébora se quedó algunos minutos mirando la puerta, abstraída en sus propios pensamientos, mientras acariciaba uno por uno los pétalos de plata de su preciado talismán.

El sabor de la sangre

Úlfur soñaba. Lo sabía porque tenía un molesto sabor a sangre en la boca, un conocido sabor a hierro que untaba su lengua, como si estuviera masticando la muerte antes de tragársela. Siempre que soñaba ocurría así.

Runus lo había llamado. Estaban en la Llanura de Árida, en una de las regiones más frías de Onhyria, y al parecer sus enemigos habían planeado asaltarles en medio de la noche. La nieve sobre la que dormían de la peor de las maneras se había vuelto de un blanco impensable bajo el reflejo de una luna menguante y esquiva. Luchar de noche era difícil para cualquier humano. Pero, claro: los habitantes de Árida no eran humanos. Sus ojos casi ciegos se habían acostumbrado a vivir en penumbra, en una parte del mundo donde el sol no asomaba jamás, y por ese motivo jugaban con ventaja.

—¡Vamos! —gritaba Runus para avivar el ánimo de sus hombres—. ¡Bajan por esas gargantas! ¡Vamos a enseñarles lo que es morir sufriendo!

Úlfur echó a correr junto a Runus, a la cabeza del grupo. Todos los hombres de Maldivia luchaban dispuestos por parejas y él siempre lo había hecho junto a Runus. Cuando estaban juntos, nada podía detenerles. El ímpetu brutal de Úlfur era compensado por la cabeza fría y la sensatez de su compañero inseparable, y así, sin tener siquiera que mediar palabra alguna, salían victoriosos de todos los combates.

Los nativos de Árida se encontraban mucho más cerca ahora. Iban vestidos con pieles de bisonte y de lobo, untados con pigmentos de colores y cargados con hachas de hierro más pesadas que veinte espadas juntas. Sus ojos nublados brillaban en la oscuridad con un matiz siniestro, sus andares eran burdos y estaban decididos a aniquilarlos. Pero los guerreros de Runus iban protegidos por armaduras de acero, dominaban el arte de la lucha y habían estudiado estrategia militar.

—¡Ahora, ahora! —gritó Runus. Para quienes solo lo conocían en la vida cotidiana, era difícil imaginar al benévolo Señor de Maldivia embebido en aquella violencia brutal. En el momento en que ambos ejércitos chocaron como dos olas embravecidas en direcciones opuestas, mil gritos de dolor, de muerte, de triunfo y de ferocidad poblaron el aire helado de aquellas llanuras. Los nativos seguían adelante mientras los hombres de Maldivia sucumbían a su avance, porque aquella vez la balanza de los hados no se había inclinado a favor de los invasores. Runus y Úlfur resistían valientemente. Cada uno ponía todo su empeño en que el otro no cayera. Esa era la máxima, y si no se podía cumplir significaba que todo estaba perdido.

Úlfur le atravesó con su espada el estómago a un aborígen. Luego le cortó el cuello a otro. A un tercero lo dejó sin el brazo con el que portaba el hacha de hierro para defenderse. La sangre de otros hombres le caía por encima, caliente y líquida, ensuciándole la ropa y la armadura, hasta el rostro en ocasiones. Era ese olor, el olor a sangre, algo que despertaba en él una rara excitación animal, como la de una bestia que está a punto de comer. Cuando estaba en medio de una batalla, tan solo veía presas que devorar con su espada. Se sentía incapaz de detenerse porque el aroma de los holocaustos le producía una adicción desbocada, y tanto era el placer que experimentaba que, mientras luchaba, se delineaba una sonrisa perversa en su severa cara de lobo, sin que él se diese ni cuenta.

El griterío y el clamor de la guerra aceleraban su corazón y vertían en su cuerpo auténticos regueros de adrenalina. Mientras él lo destruía todo, Runus le guardaba las espaldas, cuidando la estrategia, procurando que nada saliese de un modo inesperado. Cuando luchaban juntos, nadie podía destruirlos. Nunca había ocurrido antes. Al menos hasta esa noche.

Pero cuando un lobo fiero se encuentra con otro igual o peor, puede suceder que muera cualquiera de los dos. Y Úlfur esa vez se topó con el líder de los nativos, Zarkha el Viril, una criatura que parecía arrancada del vientre de las propias montañas de Árida, un ser abominable y sediento de almas, de piel escamosa, que incluso desconocía el lenguaje humano. Úlfur no dudó en desafiarlo porque él no temía a ninguna bestia que habitase Onhyria, sin embargo detrás de él Runus gritaba.

—¡No! ¡Úlfur, no!

Era demasiado tarde para separar a aquellos dos lobos furiosos, y también demasiado difícil hacerlo. Úlfur se había alejado de Runus, ya no tenía tras su espalda. Ahora contaba con solo la mitad de las cualidades que juntos podían llegar a desarrollar. Zarkha el Viril manejaba dos hachas de

hierro con la facilidad de quien levanta un par de espigas secas con sus manos, pero Úlfur solo tenía una espada. Su espada Tenebra.

—¡Te mata, te mata! —gritaba Runus desesperado, corriendo a ayudarlo—. ¡Suéltalo, Úlfur, que te mata!

Sus advertencias llegaban tarde. Zarkha sacudía ambas hachas a la vez sobre el ancho torso de Úlfur. El alcaide de Maldivia supo que había cometido un craso error al separarse del lado de Runus, pero ya no había vuelta atrás. El hacha de esa bestia ensartada en sus costillas, la boca le sabía a sangre como nunca. Mientras el tiempo se detenía a su alrededor y el jaleo del campo de batalla cesaba, tan solo rogaba para que Runus saliera ileso de allí. Pues todo había sido culpa suya. “Por favor, mi diosa, protege a Runus. Que nada pueda pasarle en mi ausencia”, rezaba.

Entonces, una mujer de cabello negro y piel marmórea se interpuso entre él y su enemigo. Tenía dos enormes alas de libélula, de color oscuro, desplegadas sobre su espalda. Era ella, sin duda. La diosa. Su diosa.

—A mis fieles, no —susurró ella transmitiendo su voz a los vientos de la llanura, que comenzaron a bramar con un eco atronador para repetir su mensaje. Entonces Úlfur, mientras su pecho dejaba de sangrar y su herida se cerraba, se resarcía. Presionó la empuñadura de su espada entre sus avezadas manos de guerrero y clavó su hoja en el corazón de aquella maldita alimaña a quien por allí se conocía como Zarkha el Viril.

Úlfur se despertó en su alcoba. Estaba sudoroso y tenía ansiedad. Le costó un tiempo recuperar el aliento hasta que comprendió que, una vez más, todo había sido un sueño. Su sueño: el sueño en que su diosa lo salvaba. Alabada fuera por siempre. Si seguía vivo era gracias a ella, que siempre aparecía para salvarlo en los momentos en que realmente creía que estaba todo perdido.

Fue a levantarse de la cama cuando un ligero desvanecimiento lo devolvió a su colchón. La noche anterior se había quedado dormido mientras componía alguna nueva canción con su laúd, así que su instrumento permanecía allí, descansando hasta el siguiente anochecer.

Úlfur se hallaba desnudo y se reflejaba en un espejo circular que pendía del muro más próximo. En él observó su cuerpo de guerrero, la enorme cicatriz que cruzaba sus pectorales de lado a lado, un mordisco de hacha. Esta lo acompañaría de por vida, pero no le importaba. Era otro recuerdo de la ayuda de su amada diosa, pues tampoco esa herida lo había matado. Ahora estaba curada, tenía la textura lisa y un color más rosado que el resto de su piel. A su alrededor jamás volvería a crecerle vello.

Cuando se sintió algo más repuesto, se levantó y se acercó a la cómoda. Allí todas las noches las siervas dejaban una jofaina llena de agua limpia. Se lavó la cara y después se la secó con una toalla mientras pensaba en la batalla de Árida. Todo había sucedido al igual que en su sueño. La nieve y la presencia ocasional de los dragones había convertido aquella campaña en la más complicada de todas. En un momento dado, Runus y él tuvieron que vagar solos por los páramos nevados durante semanas porque el resto de sus compañeros de tropa no logró resistir la dureza de aquellas regiones. Podían sentir el odio de esas tierras hacia ellos, cómo manaba desde la profundidad bajo sus pies enviándoles todo tipo de inclemencias para que no pudieran marcharse sin entregar su vida a cambio de toda la sangre que habían derramado. En cambio, ellos dos lo consiguieron, pues ninguno de los dos podía permitirse morir y abandonar al otro. Cuando estaban al límite de sus fuerzas, Sailurk el Voraz apareció con sus hombres para socorrerles.

Úlfur se asomó a la ventana. Se acercaba una tormenta que rompería sobre Maldivia recién comenzada la jornada. El fuego de su chimenea estaba apagado y su cuerpo desnudo comenzaba a acusar el sólido frío de la estancia. Entonces se dirigió a su armario. Tenía que vestirse elegante ese día, pues todos los alcaides llegarían de un momento a otro. Como era habitual, y para no faltar a sus costumbres, eligió prendas oscuras. Una camisa de color marrón como la tierra desfiló por sus manos como una posible opción. Se detuvo a observarla y la acarició, como si tocara la piel de alguien a quien amaba: le recordaba tanto a los ojos de ella, la muchacha de la buhardilla... Soltó la camisa. La nostalgia acababa de hacerse un hueco bajo los altos techos de sus aposentos para más tarde estorbarle en la enorme cama, cuando volviese a tumbarse solo en ella, al caer la noche.

Al final recurrió otra vez al color negro. Se entretuvo poco en aderezarse porque no era un hombre narcisista. Le bastaba con asearse y ponerse ropa buena, como le había enseñado su padre. Además, se estaba dejando crecer el cabello y llevaba días sin afeitarse la barba. Luego se colocó el antifaz de plata y, cuando consideró que no tenía nada más que hacer allí, salió de su cámara. Su chambelán lo esperaba afuera, pero antes de que pudiera hacerle ningún ofrecimiento Úlfur lo mandó callar haciendo un gesto sutil con un brazo.

—Deseo desayunar con el Señor Dembora —expresó, con la voz todavía enronquecida.

—El Señor Dembora ha bajado al salón a desayunar con sus parientes recién llegados —explicó el cortesano con toda corrección.

—¿Sus parientes? ¿Qué hacen aquí, tan pronto?

Aquel hombre trató de improvisar alguna explicación sin importancia, aunque Úlfur, en lugar de escucharle, se acercó a las escaleras más cercanas porque podía oír a lo lejos la carismática voz de Runus. Reconoció también la de Krémbedh de Tésel, que poseía un punto engréido durante las celebraciones, y luego la de una mujer. Una mujer temperamental. “Elébora”, pensó, no demasiado feliz por su descubrimiento.

Se dio la vuelta. Si había algo que detestaba más que a las Llanuras de Árida era tener que seguir protocolos de presentación con la boca pastosa, el estómago vacío y recién levantado. Por ese motivo, regresó a su cámara mientras cambiaba de opinión.

—Deseo desayunar solo, por favor —ordenó al chambelán. Y este, asintiendo, se dispuso a bajar a las cocinas mientras Úlfur se refugiaba de las conversaciones estúpidas de los reencuentros. Al menos hasta sentirse más despierto.

Un buen rato después, ya decidido a dejarse ver, acudió al salón porque allí Runus todavía estaba sentado a la mesa con los Tésel. La gran chimenea había sido alimentada sin escatimar, y en los candelabros que iluminaban la gran tabla de roble habían sido encendidas todas las velas, dorando la luz de la estancia y los cubiertos de plata. Los siervos acudían desde las cocinas portando bandejas cubiertas de panecillos blancos y dulces. La mejor loza se había desplegado para los huéspedes: lecheras, tazas y platos a los que las doncellas del comedor sacaban brillo con esmero antes de ofrecerlos a los comensales. El aire olía a leña y a mantequilla caliente.

Pero lo que a Úlfur le llamó más la atención fue que ninguno llevara su máscara puesta. Aunque, claro, tratándose de un anfitrión como Runus, seguramente este habría deseado que sus invitados se sintieran tan cómodos como fuera posible. Además, se habían sumado otros huéspedes importantes: a un lado de la larga y robusta mesa del salón se sentaba el alcaide de Zéndelbhork, Fehu Sangreblanca. Era barbárico, rubio y de rasgos afilados, y tenía los ojos de un color amarillo felino. Junto a él ocupaba un lugar su madre, Belgriadh Sangreblanca, la bruja de Morka que sirvió a la diosa fielmente llevándole la sangre de Jórak el Mestizo y ofreciéndole el cuerpo espléndido de un hada virgen para su nueva encarnación. Habían pasado ya treinta eras y la diosa había premiado a la hechicera posicionando bien a su único hijo. Por su parte Belgriadh, que ya estaba entrada en edad, tenía el cabello canoso y seguía siendo una mujer grande y rolliza, poco refinada en sus gestos. Pero su astucia era envidiable y sus habilidades, temibles.

A continuación había sentados tres hombres más que Úlfur recordaba poco, y luego estaba Sailurk el Voraz, el más siniestro de todos, llamado así por su conocida costumbre de devorar a los jefes enemigos tras vencerlos en la batalla. Sailurk el Voraz se había asentado en las Cordilleras de Gélida desde que terminó la guerra. Tal vez por aquel motivo su mirada tenía una opacidad extraña, como la de las criaturas que jamás ven el sol. Su piel mostraba un color grisáceo parecido al de la roca y una textura gruesa y reseca. El aspecto de sus manos, de sus uñas ennegrecidas, el color oscuro de sus encías cuando las mostraba al reír, su pelo ralo y grasiento... Eran detalles que evidenciaban su escaso cuidado personal. Pues, como era obvio, Gélida quedaba muy lejos de la civilización, y Sailurk no había tardado poco en asimilar las costumbres de los nativos que ahora lo obedecían como si fuera un dios.

Úlfur se mostró por fin ante todos los demás. Encontró con la mirada a Krémbedh de Tésel sentado a la derecha de Runus. Un gran compañero de campañas, desde luego, tenaz y diligente. A su lado, como cabía esperar, Elébora permanecía en silencio, mirándolo con disimulo, aunque haciéndose de rogar. Algo típico de ella. A Úlfur le sorprendió encontrarla tanto o más joven que la última vez que estuvieron juntos, como si la senectud no se hubiera atrevido a rozarla.

—¡Úlfur, amigo mío! —lo recibió Runus, levantándose a darle un abrazo afectuoso—. Ya pensábamos que te habías quedado dormido.

Su carisma seducía a todo el mundo. A Úlfur siempre le había sorprendido esa rara habilidad que Runus tenía para derrochar su simpatía y cariño por los demás, aunque debía reconocer que le agradaba, pues aquel siempre sería lo más parecido que tendría a un hermano.

—Escuché vuestras voces —le respondió tratando de bromear—, pero no me atrevía a bajar de mi alcoba sin antes adecentarme como era debido.

—¡Oh, Úlfur! ¡Quítate la máscara! —lo instó Runus—. Hoy es un día para celebrar y, además, estamos en familia.

Úlfur no tuvo más remedio que obedecerle. Habría sido muy poco amable por su parte ser el único que escondiera su rostro a los demás, quienes charlaban y comían con el ánimo distendido.

—Cara de Hierro —lo llamó de pronto Krémbedh, abandonando su silla para saludarlo con un abrazo fraternal—, estaba ansioso por volver a verte.

Cuando se separó de él, Krémbedh bajó un poco la voz y adoptó un tono más solemne.

—Oye. He sabido lo de tu padre. Quería transmitirte en persona mis condolencias.

Krémbedh le puso una mano en el hombro. Hablaba con sinceridad. Aunque no tuviese una relación tan cercana con Úlfur como la de Runus, también podía considerarlo su amigo.

—Agradezco tus palabras —se limitó a decir Úlfur, con el corazón sellado como una tumba. Él mismo había procurado ocultar su dolor incluso de sí mismo. Porque los Cara de Hierro no lloraban. Su padre, Eléus, se lo había inculcado con mano dura. Por ese motivo, Úlfur todavía no había derramado una sola lágrima por él, ni lo haría jamás.

Trató de rehuir aquella conversación para hablar de otros temas menos trascendentes, pero antes de que tuviera tiempo de pensar cuáles serían, Elébor se había levantado y se había acercado a él. Solo un ciego no la habría confundido con una diosa de la pasión. Aquella mañana, la Señora de Tésel rebosaba sensualidad ataviada con un ostentoso vestido de color crema. Sin su máscara de plata fina, su rostro parecía el de una joven belleza de apenas veinte eras de edad, aunque Úlfur recordó que, a esas alturas, debía de rebasar las cuarenta. Sí, diez más que él, diez más que Krémbedh y que Runus, pues ellos tres habían nacido durante la misma era.

Elébor también se llevó una grata sorpresa. Durante el molesto viaje en barco no se había imaginado hasta qué punto la madurez había favorecido el aspecto de Úlfur, que ahora tenía la espalda más ancha, la piel más curtida y el gesto más duro. Elébor había adoptado una actitud recatada al escuchar cómo su hermano daba al alcaide de Maldivia su más sentido pésame. Ahora, era su turno. Extendió la mano con mucha elegancia y Úlfur comprendió que no debía besársela, sino estrechársela. Una manera poco habitual de saludar a una mujer, aunque no a Elébor, que tenía el rango de un varón poderoso y en sociedad se comportaba como tal.

—Mis condolencias, Cara de Hierro —le dijo, impregnando sus palabras de majestuosidad—. Debéis de haber sufrido mucho a causa de ese hecho fatídico. Rezaré por el alma de vuestro venerable padre.

Elébor soltó la mano de Úlfur muy despacio. Aquella mujer sabía muy bien cómo comportarse en cada situación, por eso al alcaide no le resultó invasiva, ni entrometida, defectos que a menudo le molestaban en los demás.

—Quienes defendemos el honor de la patria nos exponemos a ese tipo de peligros —se explicó sin más, sonando de lo más aséptico—, sin embargo, ya estoy tomando medidas para castigar a los culpables.

—¿Os referís a los Ignanimae?

El alcaide se revolvió por dentro al escuchar el nombre de aquel maldito clan que se dedicaba a alborotar a las pequeñas resistencias de las grandes

ciudadelas. Con tal de no ser descortés, se limitó a asentir con la cabeza ante la pregunta de Elébora. Ella prosiguió:

—Calaña como esa amenazó los territorios de mi padre durante mucho tiempo. Ahora los mantenemos a raya, sus blasfemias no merecen ninguna piedad.

Elébora imbuía en sus frases la severidad de un cacique autoritario, y Úlful no dudaba que poseyera tanto poder. Precisamente por eso no era una mujer que le interesara: demasiado tiránica y difícil de amansar. En cambio, era divertido gozar de sus atenciones. Así que le sonrió, con mucha discreción.

—Veo que gobernáis bien vuestro condado —expresó aquél.

Krémbedh se sentía un poco fuera de lugar, como interrumpiendo un acto de cortejo, pero continuó allí, formando parte de aquel triángulo mientras estudiaba con atención en qué parte de su hermana se posaba la mirada gris oscuro del alcaide Cara de Hierro.

—Hacéis que me sienta halagada —respondió Elébora con falsa modestia, comenzando a utilizar sus armas de seducción mediante un armónico guiño—. Hacemos lo que podemos. Mi condado es humilde. No es una gran ciudadela como la de vos.

—La de nuestro señor, querréis decir. No olvidéis, Elébora, que la ciudadela de Maldivia pertenece a Runus.

Elébora no esperaba esa respuesta. A pesar de todo, no se avergonzó por su atrevimiento, pero fingió sentirse tímida. Sí... Úlful se daba cuenta de esas cosas. Ella fingía muy bien para conseguir sus objetivos.

—Lo sé, Cara de Hierro. Por supuesto que pertenece a los Dembora. Aunque no podéis negar que, en parte, es como si también fuera vuestra, al menos por la pasión que demostráis en vuestro gobierno. Es más: me parece haber entendido que Runus quiere premiar vuestra lealtad otorgándoos algún cargo, ¿me equivoco?

La picardía de Elébora no conocía límites, pero Úlful era más rápido que ella. El alcaide supuso que Runus se había ido un poco de la lengua esa mañana, antes de que él bajase de su cámara. Era algo que solía pasarle al Señor de Maldivia, aunque también consideró que no era grave teniendo en cuenta que, durante esos días, él y todos los alcaides serían convocados para recibir la noticia de Runus, la noticia de su decisión de nombrarlos Duques. Aun así, prefirió desentenderse delante de Elébora por el simple hecho de no darle la satisfacción que ella buscaba.

—No estoy enterado de ese premio que decís, señora.

—Llámame Elébora —lo interrumpió ella, algo molesta.

—Está bien. Elébora, sinceramente no sé de qué me habláis.

Ella sabía que él mentía. Sabía que Úlfur se divertía con su propio cinismo. Pero era precisamente la naturaleza indómita de aquel hombre lo que le hacía desearlo con desenfreno. En lugar de mostrarse ofendida, se rio con la misma clase con que hacía todo.

—Entonces sois más ingenuo de lo que pensaba. Mas os lo perdonaré: por las doce eras de guerra.

Elébora lo habría devorado allí mismo de no ser porque estaban rodeados de gente. De hecho, casi había olvidado que su hermano menor se encontraba entre ellos dos y se mostraba más serio de lo normal, observándolos con el ceño fruncido. A pesar de que ya no era un muchacho, le violentaba ser testigo de los flirteos de Elébora, sobre todo porque Úlfur era amigo suyo. Los tres percibieron que el ambiente comenzaba a enrarecerse, así que Krémbedh, para romper aquella tensión, invitó a Úlfur a sentarse entre Runus y él mientras su soberbia hermana lo fulminaba con la mirada.

Úlfur en su interior agradeció a Krémbedh que pusiera distancia entre él y la Señora de Tésel, y luego los tres caballeros comenzaron a hablar entre ellos sobre todo lo que habían pasado en las contiendas. No pasó mucho tiempo hasta que Sailurk el Voraz y Fehu Sangreblanca se sumaron a la conversación. Aquella guerra larga y atroz había quedado en historias de triunfo, en anécdotas que los henchían de orgullo, en cicatrices que se enseñaban los unos a los otros para presumir de su hombría.

—¡Ábrete la camisa, Úlfur! —lo animó Runus, jocosamente—. Que todos vean el corte que atraviesa tu pecho de lado a lado.

—¡Sí! —clamó Fehu alzando un cáliz lleno de cerveza negra—. Esa vez casi no lo cuentas, Cara de Hierro. Sangrabas como un cordero degollado.

Hubo una carcajada colectiva, masculina, como de taberna. Aquellos ya no parecían nobles caballeros en la mesa de un castillo. Tras varias copas, los alcaides se habían desinhibido más de lo esperado. Excepto Úlfur, que era un hombre serio. Resopló ante la insistencia de sus compañeros y negó varias veces con la cabeza. No haría tal cosa, pues le parecía irreverente. Aunque Elébora, que llevaba un buen rato sin intervenir en sus conversaciones, ahora se encontraba especialmente atenta por si podía ver un poco de aquel pecho musculado, aunque estuviera cruzado por una grotesca cicatriz. A ella le agradaban los hombres con cicatrices.

Cuando sus compañeros de batallas se cansaron de insistirle, se produjo un momento de quietud y silencio. Entonces, Krémbedh bebió otro poco y

luego se limpió la boca antes de preguntar por un huésped que todavía no había llegado.

—¿Leviath, dices? —le respondió Runus, dejando a un lado el buen humor que hasta entonces había acompañado la mañana. Era inevitable que todos se percataran de la aversión que sentía hacia su hermano de sangre—. Se suponía que llegaba hoy. No sé dónde diablos está.

De pronto se escucharon fuertes voces en el patio de armas. Parecía estar gestándose lo que sería una pelea sangrienta, de las que solo se producían en las peores callejuelas de la parte pantanosa de Maldivia. Rápidamente, todos los presentes se levantaron y se acercaron al ventanal del gran salón. Afuera, dos centinelas discutían acaloradamente con un hombre que acababa de llegar a caballo acompañado por varios soldados. La máscara de aquel hombre era de oro, y su voz sonaba rasgada y amenazante. Entonces Runus lo miró, ceñudo: allí estaba Leviath, vestido casi como un rey y con la espada desenvainada, a punto de cometer una locura. Lo más deprisa que pudo, Runus abrió una de las ventanas que daban al patio de armas y se asomó, hecho una furia.

—¡Detente, Leviath! —ordenó a su hermano desde lo alto, bramando como una fiera—. ¡Detén tu mano ahora mismo o lo pagarás caro!

A Úlfur le impresionó. A él y a todos los que había allí en ese momento. Jamás había visto a Runus tan colérico, ni siquiera en presencia de los enemigos más atroces con que se habían topado durante la guerra.

Leviath se sobresaltó al escuchar los bramidos de su hermano sin saber de dónde procedían, pero no por ello envainó su espada. Hizo piafar a su caballo para intimidar a los centinelas y luego buscó en la fachada del castillo el lugar desde donde le hablaba Runus. Entonces sus ojos coincidieron. No era necesario verle el rostro a Leviath para adivinar el gesto de asco con que en esos momentos estaba observando a su hermano mayor.

—¡Leviath! ¡Enfunda tu espada ahora mismo!

Pero el menor de los Demhora no le obedeció. Se resistía, firme, sacando pecho sin apearse de su caballo.

—¡Tus soldados de mierda me han ordenado que me quite la máscara, hermano! —protestó.

—¡Entonces los recompensaré por ello! —le respondió Runus—. ¡Por su prudencia! ¡Por no dejar pasar a los desconocidos sin antes saber quiénes son!

—¿Antepones el bienestar de tus vasallos a la dignidad de tu propio hermano? —lo retó Leviath.

—Qué educación... —susurró Elébora, cerca de Úlful.

Úlful se estaba poniendo nervioso. Si aquel idiota le faltaba al respeto a

Runus, no tendría más remedio que intervenir. Tampoco a Krémbedh le gustaba demasiado aquel sobrino suyo. Leviath no había heredado el carácter amable de los Dembora, pero tampoco el saber estar de los Tésel. Sin duda, era el niño pequeño de la casa, un niño mimado criado por su ingenua madre y sus tres hermanas que había terminado por convertirse en un joven ruin y cruel.

—Jamás pondré por encima de mis vasallos a alguien que incumple las leyes de mi feudo! —declaró Runus muy seguro de lo que decía. A pesar de su carácter prudente, al Señor de Maldivia no le temblaba la mano cuando se trataba de mantener el orden en sus territorios.

Ahora Leviath se encontraba en una situación difícil de equilibrar. Decepcionaría a sus hombres si cedía ante la voluntad de su hermano, mas no estaba en posición de desobedecerle. Si lo retaba a un duelo, saldría perdiendo, pues Runus lo ganaba en edad, en experiencia, en destreza con las armas y en honor. Pero, sobre todo, sería muy torpe por su parte solicitar su propia muerte el primer día que había pisado Maldivia. Todavía tenía que investigar el modo de beneficiarse de su parentesco con Runus antes de jugar todas sus cartas.

—¡Enfunda tu espada ahora mismo, Leviath! —volvió a exigirle su hermano mayor, exasperado—. ¡O bajaré yo mismo a darte la disciplina que te falta!

A Úlful le dio la sensación de que, en cualquier momento, Runus se lanzaría por aquella ventana para matar a su hermano, así que lo contuvo cogiéndolo suavemente por el codo, sin que nadie se diera cuenta.

Finalmente, y después de unos minutos de tensión, Leviath accedió a regañadientes y guardó su arma. Abrió los brazos mirando a su hermano, para demostrarle que llevaba las manos vacías. Pero Runus, no contento aún, le exigió algo más.

—¡Levántate la máscara!

—¡Demonio, Runus! —se enfureció Leviath—. ¡No pienso levantarme la máscara delante de todos estos plebeyos!

—¡No me importan tus excusas, Leviath! ¡Te quitarás la máscara porque yo lo digo, y mis soldados conocerán el rostro de un Dembora al que no tienen que obedecer!

A Leviath le hervían de odio las entrañas. Su hermano mayor le estaba haciendo pasar una de las humillaciones más grandes de su vida, aunque al parecer no existía un modo mejor de resolver aquel entuerto que acatar

sus órdenes. Así que, para zanjar de una vez el asunto, Leviath se retiró la máscara del rostro. La sostuvo con una mano mientras observaba a Runus, jurándole venganza.

Úlfur, por su parte, se quedó impresionado: la última vez que vio a Leviath este era solo un niño de unas ocho eras de edad y, por aquel entonces, incluso veía en él cierto parecido con Runus. En cambio, Leviath había crecido asemejándose cada vez más a su madre, Moira de Tésel. Por debajo de su yelmo se apreciaban unas cejas de tono rubio blanquinoso, fruncidas en una mueca de odio incontenible sobre sus ojos grandes y negruzcos. Su tez era aún inmadura y la barba le raleaba a la altura de las quijadas. Parecía que toda la envidia que un *efímero* pudiera albergar se hallaba en esos instantes en el alma de Leviath, amenazando a su radiante hermano Runus, a quien todos veneraban.

—¡Cúbrete el rostro, hermano! ¡Ya puedes pasar!

Leviath no lo hizo de inmediato. Aproximó muy despacio la máscara a su cara y, antes de volver a colocársela, sonrió a Runus con perversidad. Su mueca resultaba sobrecogedora, casi grotesca, pero el Señor de Maldivia no vaciló y continuó esperando allí, entero como una montaña, hasta que vio a su hermano bajarse del caballo y acceder al castillo por el portón.

Después, Runus cerró la ventana y todos los huéspedes se alejaron del ventanal. No se intercambió una sola palabra, solo se cruzaban miradas de incredulidad.

La mesa seguía colmada de manjares, sin embargo, a juzgar por la expresión de los presentes, probablemente no quedaba nadie con hambre más que los perros de caza que dormían cerca de la lumbre.

Úlfur permanecía cerca de Runus sin atreverse a hacer un solo comentario. Él mismo le habría cruzado la cara al insolente de Leviath si hubiese sido su hermano. Pero debía respetar la voluntad de su señor, que siempre trataba de solucionarlo todo del modo más racional.

—Sé que me apoyas —murmuró Runus acercándose a él, como si le hubiera leído el pensamiento—, te lo agradezco, amigo. En cambio, esto es asunto mío.

Era una manera de pedirle que no interviniera, como si quisiera protegerlo al mantenerlo alejado de Leviath. Úlfur asintió cuando, de pronto, el chasquido de unas botas metálicas se fue acercando cada vez más por el corredor que llevaba al gran salón. Todos lo escuchaban con algo de nerviosismo al no saber cómo debían reaccionar cuando Leviath entrase allí. Krémbedh se colocó también cerca de Runus. Eléhora, en cambio, prefirió

acercarse al ventanal para dar la espalda a la puerta de la estancia, sin dejar de acariciar como por inercia su apreciado éleboro de plata.

Los pasos se escucharon más cerca y Úlfur se llevó la mano a su espada, Tenebra, la espada de sus batallas, por lo que pudiera suceder. De pronto miró a los demás y descubrió que ninguno de los otros caballeros iba armado. ¿Cómo habían podido cometer un descuido semejante? Quizás se habían sentido tan cómodos en el castillo que habían dejado sus armas en las alcobas que les habían sido asignadas. “Idiotas...”, pensó Úlfur con aire reprobatorio. Así que él era el único que iba armado...

Leviath estaba ya muy cerca y caminaba rápido y nervioso. Úlfur adelantó con disimulo a Runus para situarse justo al lado de la puerta, por si Leviath desenvainaba su espada y la sacudía contra su hermano. Tenía que ser rápido para impedirlo.

Los pasos provocaron un eco estridente en el último recodo del pasillo y, entonces, Leviath llegó al salón. Úlfur todavía tenía la mano derecha apoyada en la empuñadura de Tenebra, aunque por suerte comprobó que no sería necesario utilizarla. Al menos esa vez.

Leviath llevaba su arma enfundada y no se movía con ninguna actitud beligerante. Muy al contrario de lo que todos habrían esperado, se arrodilló delante de su hermano, se quitó la máscara y el yelmo y una cabellera blanquinosa se desparramó sobre su espalda. Luego besó las manos de su hermano y lo miró, arrepentido. De su cara angulosa se había desvanecido todo gesto desafiante y ya no quedaba en ella ni una brizna de su arrogancia.

–¡Perdóname, hermano! –suplicó–. ¡Perdóname, por la diosa!

A Úlfur su voz rasgada le pareció falsa, sobreactuada, pero Runus por un momento se conmovió. “No lo hagas”, pensó Úlfur sospechando lo que iba a ocurrir, “Es un mentiroso. Castígale, Runus. Que aprenda una lección”.

Pero, como cabía esperar, el Señor de Maldivia se serenó. Cogió a su hermano menor de las manos para ayudarlo a levantarse y lo situó en frente de él, a su altura. Entonces, aún con poca simpatía, resolvió:

–No padezcas ya por eso, Leviath. Ahora, siéntate en mi mesa. Imagino que has tenido un viaje muy duro.

Y Leviath, abandonando de repente aquella imagen lastimera, siguió a su hermano hasta la mesa y se sentó junto a él para servirse una copa de vino caliente.